PRÁCTICA

DEL AMOR

Á JESUCRISTO,

SACADA DE LAS PALABRAS DE S. PABLO:

Charitas patiens est, benigna est, etc.

dedicada

Á LAS ALMAS QUE DESEAN ASEGURAR SU SALUD ETERNA Y CAMINAR Á LA PERFECCION;

POR S. ALFONSO LIGUORI,

Traducido

Por D. Joaquin Roca y Cornet,

Redactor del antiguo periódico LA RELIGION.

Si alguno no ama á Ntro. Señor Jesucristo, sea anatema.

Tercera Edicion.

CON LICENCIA.

BARCELONA:

A. PONS Y C.ª LIBREROS-EDITORES.

1845.

Los Editores

—

Habiendo observado en las ediciones anteriores que ingeridas en el texto las citas de las autoridades interrumpian la lectura, nos ha parecido conveniente mejorar esta edicion dando vertidas al español todas las mencionadas autoridades, y colocando al pié de las páginas el texto latino, proporcionando así la ventaja de que las lean en español los

no instruidos en la lengua latina, y que los inteligentes tengan á la vista las palabras originales, conforme á los deseos del santo Autor.



ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Entre las obras del sabio y santo autor, cuya coleccion forma una parte principal de la série de libros ascéticos que damos al público, ocupa un lugar eminente la Práctica del amor á Jesucristo. *Échase de ver desde luego que estas breves y preciosas páginas abrazan en compendio toda la parte mas sublime de la moral cristiana, por cuanto toda la ley de Jesucristo se reduce á la* Caridad. *El Apóstol S. Pablo, inspirado y profundo intérprete de la doctrina Evangélica, así como el mas ardiente y zeloso propagador de la Fé y del amor de Jesucristo, supo compendiar en*

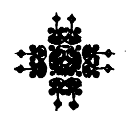
pocas palabras los verdaderos caracteres de la caridad cristiana cuando dijo, escribiendo á los fieles de Corinto: (Cor. XIII. 4.) La caridad es paciente, es benigna, no conoce la envidia ni la tibieza, no se hincha ni ambiciona, no busca sus propios intereses ni se enfurece, ni piensa mal, ni se complace en la iniquidad. *He aquí negativamente lo que es la caridad en oposicion á los vicios de orgullo, de ódio y de egoismo, que corroen y corrompen el corazon humano; y cuya raiz maligna nace de su inclinacion al mal. ¿Qué es pues la Caridad? Todo lo contrario, el compendio de todas las virtudes de rectitud, de mansedumbre, de candor, de amor, de esperanza.* La Caridad, *continua el Apóstol*, se complace en la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sostiene. *Es aquel* todo para todos, *aquel desprendimiento generoso, aquella humildad*

profunda, aquella agradable dulzura y suavidad, aquella paciencia inalterable, aquel ardiente deseo de hacer bien por el amor de Dios, que hace del hombre un ángel con carne, imágen viva de Jesucristo, y diseño en la tierra de los pre destinados. Es por fin el Amor, *aquel fuego que el Hijo de Dios vino á encender en el mundo, que une la tierra con el cielo, el tiempo con la eternidad, la criatura con el Criador.*

Estas palabras, pues, del grande Apóstol, resúmen de toda la moral evangélica, se admiran en esta obrita comentadas por el santo autor, con una dulzura, con una exactitud y precision de las sublimes doctrinas que encierran y del alma que supo tan altamente practicarlas com̮ maravillosamente esprimirlas. Las verdades mas elevadas se enlazan, y se acumulan con sencillez, con órden y con armonía. En todas estas páginas brillan con toda su belleza

la pura doctrina del Evangelio, y las máximas de los santos y almas escogidas, que mas ingeniosa y suavemente supieron practicar el dulcísimo amor de Ntro. Señor Jesucristo. I a teología sublime de Sto. Tomás, la sentenciosa sabiduría de Agustino, los afectuosos himnos de David, las máximas sagradas de los Evangelistas, los documentos de aquellas almas que mas ardieron en divino amor, de un Kempis, de un maestro Avila, de un S. Francisco de Sales, de un S. Juan de la Cruz, las espresiones llenas del fuego de la caridad de una Magdalena de Pazzi y de una Teresa de Jesus, de esta grande alma cuyo amor á Jesucristo asombra y confunde á un mismo tiempo, todo presenta un cuadro precioso y embelesante que cautiva el corazon, y le vá inflamando insensiblemente en los ardores de la Caridad. Por fin, el santo autor aparece en este librito con toda la fuerza de su raciocinio y con todo

el atractivo de su santidad, para despegar el alma de lo terreno, y unirla con su único centro, que es Dios, por medio del amor á Jesucristo, que nos hace una dulce violencia, y es para nosotros en este valle de amargura y de pecado una apremiante necesidad: Charitas Christi urget nos. *Las almas piadosas y sensibles reconocerán sin duda, despues de haber leido y meditado este librito, que aun nos hemos quedado cortos en su elogio.*





INDULGENCIA PLENARIA

Y sacar un alma del purgatorio, concedido al que, despues de haber confesado y comulgado, rezare esta oracion delante de un Crucifijo, por N. S. P. el Papa Pio VII.

ORACION.

¡O bondadoso y dulcísimo Jesus! yo me postro á vuestra presencia y os rue-

go y os conjuro con todo el fervor de mi alma, que os digneis grabar en mi corazon vivos sentimientos de esperanza y de caridad, y verdadero arrepentimiento de mis estravíos, y una firmísima voluntad de corregirme de ellos, mientras que considero en mí mismo y contemplo en espíritu vuestras cinco llagas con un grande afecto y un grande dolor, teniendo presentes aquellas palabras proféticas que pronunció ya el santo rey David: *Han taladrado mis manos y mis pies, y contado han todos mis huesos.*

ORACION DE S. IGNACIO

para ofrecerse á Dios, recibiendo el Santísimo Sacramento.

Recibid, Señor, toda mi libertad, recibid mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad, todo cuanto soy, todo lo que tengo, todo lo que poseo: vos me lo disteis, yo os lo vuelvo, dejándolo á entera disposicion de vuestra voluntad. Dadme solamente vuestro amor, que ya seré bastante rico, y nada mas os pediré. Así sea.

ORACION DE S. BERNARDO

á la SS. Vírgen.

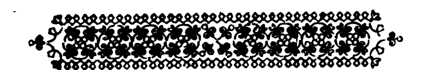
Acordaos, ¡ó piadosísima Vírgen María! que nunca se oyó decir de cuantos han recurrido á vuestra proteccion, implorado vuestro socorro y pedido vuestros auxilios, que hayan sido abandonados: animado con esta confianza, ¡ó Vírgen, madre de las vírgenes! corro y vengo á vos, y gimiendo bajo el peso de mis pecados, me postro á vuestros pies.

¡O Madre del Verbo! no desatendais mis oraciones, antes bien escuchadlas favorablemente y dignaos acceder á ellas. Así sea.

OTRA ORACION Á LA SS. VÍRGEN

para conservar la santa virtud de la pureza.

Por vuestra santísima virginidad, y por vuestra inmaculada Concepcion, ó Vírgen purísima, alcanzadme que mi cuerpo y mi alma sean purificados. En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.



PRÁCTICA

DEL AMOR

Á JESUCRISTO.

CAPÍTULO I.

Cuanto merece ser amado Jesucristo por el amor que nos manifestó en su Pasion.

1. Toda la santidad y toda la perfeccion consiste en amar á Jesucristo nuestro Dios, nuestro soberano bien y nuestro Salvador. El que me ama, dice Jesucristo, será ama-

do de mi Padre: *Mi Padre os ama porque vosotros me amasteis* [1]. Unos, dice S. Francisco de Sales, hacen consistir la perfeccion en la austeridad, otros en la oracion; éstos en la frecuencia de sacramentos, aquéllos en las limosnas; pero todos ellos se engañan: la perfeccion consiste en amar á Dios de todo corazon. La caridad, escribe el Apóstol, une y conserva todas las virtudes que hacen al hombre perfecto [2]. Amad á Dios, añade S. Agustin, y haced lo que querais [3], porque el amor os enseñará á no obrar nada que le disguste, y por lo contrario, á hacer todo lo que le place.

2. ¿Y como puede Dios dejar de merecer todo nuestro amor? Él nos ha amado desde toda la eternidad [4]. Hijos de los hombres, dice

1 Ipse enim Pater amat vos, quia vos me amastis. *Jo.* 16, 27.
2 Super omnia... charitatem habete, quod est vinculum perfectionis. *Coloss.* 3, 14.
3 Ama, et fac quod vis.
4 In charitate perpetua dilexi te. *Jer.* 31, 3.

el Señor, reconoced que soy yo quien os ha amado primero. Todavía no habiais salido al mundo, aun el mundo no existia, y yo ya os amaba. Desde que soy Dios os amo, y el amor que os tengo es tan antiguo como el que me tengo á mí mismo. Mucha razon tenia, pues, santa Inés, cuando al proponérsele un esposo respondia: No tiene la criatura derecho alguno sobre mi corazon; á Dios únicamente que me amó el primero y desde toda la eternidad pertenecen mis afecciones.

3. Viendo Dios que el hombre se deja ganar por los beneficios, quiso colmarle de tantos favores que lograsen atraerle á su amor. Por esto dice[1]: Yo encadenaré al hombre con lazos de amor; y estos lazos son otros tantos dones que Dios ha derramado sobre el hombre. Él le ha dado un alma criada á su semejanza, dotada de memoria, de en-

[1] In funiculis Adam traham eos in vinculis charitatis. *Oseæ.* 11, 4.

tendimiento y de voluntad; un cuerpo provisto de sentidos; por amor al hombre ha criado el cielo, la tierra, el mar, las montañas, los valles, y las llanuras, los minerales, los vegetales, animales de tantas especies, en una palabra, toda la naturaleza; y por reconocimiento á tantos beneficios no pide al hombre sino su amor. Señor y Dios mio, decia S. Agustin [1], todo lo que veo sobre la tierra y mas elevado que ella, todo me habla y me exhorta á amaros, porque todo me dice que ha sido criado por el amor que me teneis. El abate de Rancé, fundador de la Trapa, ni una sola vez paseaba sus ojos por las colinas, las fuentes, la aves, las flores, los planetas y los cielos, sin que se sintiese inflamado de amor hácia Dios.

4. Cuando Sta. María Magdalena de Pazzi consideraba una flor, ardia toda en amor á Dios y escla-

[1] Cœlum et terra, et omnia mihi dicunt, ut amem te.

maba: ¡Con que por el amor que me tiene Dios pensó en criar esta flor desde toda la eternidad! Este pensamiento era para ella un incentivo de amor, que penetraba muy profundamente su corazon, y la unia siempre mas á su Dios. Sta. Teresa, al ver un árbol, un arroyo, un prado, una fuente se reprendia á sí misma su poco amor para un Dios, que habia criado todos estos objetos hermosos para ser de ella amado. Un piadoso solitario, creyendo escuchar que lo mismo le reprochaban las yerbas y las flores que encontraba por el camino, les decia: Callad, vosotras me llamais ingrato; me decis que Dios os ha criado por el amor que me tiene, y que no obstante yo no le amo; ya os entiendo, callad, no me echeis mas en rostro mi ingratitud.

5. Para atraerse Dios todo nuestro amor, aun hizo mas: se nos dió á nosotros todo enteramente. El eterno Padre nos dió á su propio

Hijo [1]. Muertos éramos todos nosotros y privados de su gracia por el pecado : un esceso de amor, en espresion del Apóstol, movió á Dios á enviarnos su muy amado Hijo para satisfacer por nuestras deudas y volvernos la vida de la gracia, que el pecado nos habia hecho perder [2]; y dándonos á su Hijo, es decir, no perdonando á su Hijo para perdonarnos á nosotros, con este divino Hijo todo nos lo ha dado, su gracia, su amor, el paraiso [3]. Porque todos estos bienes son incomparablemente menores que su Hijo.

6. El Hijo de Dios se nos dió tambien todo entero por amor [4]; y para rescatarnos de la muerte eter-

1 Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. *S. Jo.* 3, 16.

2 Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos : et cum essemus mortui peccatis, convivificavit nos in Christo. *Ephes.* 2, 4. *et* 5.

3 Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum : quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit? *Rom.* 8, 32.

4 Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis. *Galat* 2, 20.

na y hacernos recobrar la gracia y el paraiso perdido, se hizo hombre[1], se anonadó[2], el dueño del universo se humilló hasta tomar la forma de esclavo y sujetarse á todas las miserias humanas.

7. Y lo que mas sorprende es, que podia él salvarnos sin morir y sin sufrir; escogió sin embargo las penas, los desprecios, una muerte cruel é ignominiosa, el suplicio de la cruz, suplicio infame destinado á los malhechores[3]. Mas ¿porqué quiso sin necesidad alguna entregarse á todos estos tormentos? Porque nos amaba, y queria mostrarnos toda la estension de su amor, sufriendo por nosotros lo que ningun hombre ha padecido jamás.

8. Santamente ébrio S. Pablo de amor á Jesucristo, esclamaba:

1 Et verbum caro factum est. *S. Jo.* 1, 14.

2 Exinanivit semetipsum, formam accipiens, et habitu inventus ut homo. *Philip.* 2, 8.

3 Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. *Philip.* 2, 8.

La caridad de Jesucristo nos urge, nos hace fuerza [1]; dándonos con esto á entender que es menos aun lo mucho que sufrió por nosotros Jesucristo que el amor que nos ha manifestado por medio de sus sufrimientos, el cual nos obliga y nos fuerza casi á amarle. A este propósito decia S. Francisco de Sales: Sabed que Jesucristo nuestro Dios nos ha amado hasta morir por nosotros en una cruz; ¿no es tener nuestros corazones estrechados bajo una prensa que esprime fuertemente su amor con una violencia tanto mas poderosa cuanto mas amable? Abrazemos pues la cruz, y perseveremos en ella hasta la muerte, para morir con el que tuvo á bien dar su vida por nuestro amor. Sí, yo la abrazaré, yo la estrecharé, decir debiera cada uno de nosotros, y no abandonaré jamás esta cruz; en ella moriré con mi Dios y arderé en el fuego

1 Charitas Christi urget nos. 2. *Cor.* 5, 14.

de su divino amor. Este fuego sagrado consumirá el Criador y su miserable criatura. Mi Salvador se me da todo entero y yo me doy todo entero á él: vivir y morir quiero sobre su corazon: nada jamás me separará de él. ¡Amor divino! mi alma os desea, y os toma para siempre por su esposo; venid, Espíritu Santo, inflamad mi corazon con vuestros puros y santos ardores. O amar, ó morir. Morir á todo otro amor para vivir en el de Jesus. ¡O Salvador de nuestras almas! haced que yo cante eternamente: Viva Jesus, á quien amo! viva Jesus, mi amor! sí, yo amo á Jesus, que vive por los siglos de los siglos.

9. Tan inmenso era el amor que tenia Jesucristo á los hombres, que le hacia desear la hora de su muerte para darles de él un testimonio. Durante su vida solia decir: Yo debo ser bautizado con mi propia sangre, y ¡cuanto me tarda el ver llegar la hora de mi muerte para ma-

nifestar al hombre cuan grande es el amor que le tengo! [1] Por esto san Juan, hablando de la noche en que dió principio la pasion del Salvador, dice que el Salvador llamaba esta hora *hora suya*, [2] porque nada deseaba tanto como el momento de su muerte, en la cual queria dar á los hombres la última prueba de su amor, muriendo por ellos en una cruz consumido de dolores.

10. ¿Quien pudo pues, mover á un Dios á morir en un patíbulo infame en medio de dos malvados, de un modo tan ignominioso á su magestad divina? *El amor*, responde S. Bernardo, el cual sin atender á la dignidad del que ama no busca sino como manifestarse á la persona amada. Mucha razon tenia, pues, de esclamar á menudo S. Francisco de Paula, á la vista de un Crucifijo:

1 Baptismo habeo baptizari : et quomodo coarctor, usquedum perficietur. *Luc.* 12, 50.

2 Sciens Jesus, quia venit hora ejus, ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos, in finem dilexit eos. *Jo.* 13, 1.

¡O amor! ó amor! ó amor! Animados nosotros de su mismo espíritu, deberíamos todos á su ejemplo esclamar viendo á Jesucristo crucificado: ¡O amor! ó infinito amor!

11. ¿Quién creer pudiera sino nos lo asegurase la fé, que un Dios omnipotente, felicísimo y árbitro de todo haya querido amar tanto al hombre, que ha como salido fuera de sí mismo por el amor del hombre? Nosotros hemos visto la sabiduría misma, el Verbo eterno, hecho un insensato por el esceso de amor que ha tenido á los hombres, segun san Lorenzo Justiniano. [1] Lo mismo decia Sta. María Magdalena de Pazzi un dia que estando en éstasis, tomó en sus manos el crucifijo y esclamó: Vuestro amor hácia nosotros llega hasta la locura, ¡ó Jesus mio! sí, lo digo y lo diré siempre; el amor os hace insensato. Pero nó, responde S. Dionisio Areopagita, no es

[1] Vidimus Sapientem præ nimietate amoris infatuatum!



locura, sino que es propio del amor divino el llevar al que ama á entregarse enteramente al objeto de su amor.

12. ¡Oh! si se parasen los hombres á considerar á Jesus crucificado, y el amor que ha tenido á cada uno de ellos, *¿no se abrasarian*, decia S. Francisco de Sales, *á la vista de las llamas que consumen el corazon del Redentor? ¡Que dicha para ellos el poder arder con el fuego mismo en que arde nuestro Dios! que alegría el verse unidos á Dios por los lazos del amor!* S. Buenaventura llamaba á las llagas de Jesus flechas que hieren los corazones mas insensibles, y que encienden las almas mas heladas. [1] ¡Oh! que dardos de amor salen de esas llagas para herir los mas endurecidos corazones! que llamas para abrasar los corazones mas frios! que cadenas, en fin, parten de este costado abierto para en-

1 Vulnera dura corda vulnerantia, et mentes congelatas inflammantia.

cadenar los corazones mas rebeldes!

13. El venerable Juan de Avila, el cual amaba tan tiernamente á Jesucristo que en todos sus sermones no dejaba nunca de hablar del amor que Jesucristo nos tiene, nos dejó en su tratado del amor del Redentor algunos rasgos tan vivos y tan preciosos, que no puedo menos de reproducirlos aquí.

14. Mi divino Redentor, vos habeis de tal manera amado al hombre, que no podemos pensar en ello sin amaros; vuestro amor hace violencia á los corazones, como dice el Apóstol: *La caridad de Jesucristo nos urge* [1]. Este amor que tiene Jesucristo hácia los hombres nace de su amor hácia Dios. Por esto dijo despues de la Cena: *A fin de que el mundo conozca que yo amo á mi Padre, levantémonos, vamos* [2]. Y

1 Charitas Christi urget nos.

2 Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, surgite, eamus.

¿á donde? Á morir por los hombres en la cruz.

15. No es posible concebir cuan ardiente es este fuego del amor en el corazon de Jesucristo. Si en vez de una muerte se le hubiese mandado sufrir mil, amor tenia para cumplirlo. Si en vez de morir por todos los hombres en general, se le hubiese ordenado morir por la salud de uno solo, lo hubiera hecho tan voluntariamente por cada uno como lo hizo por todos. En fin, si en vez de estar tres horas en cruz hubiera debido permanecer en ella hasta el dia del juicio, no le faltaba amor para consentir en ello: por manera que Jesucristo amó mucho mas de lo que sufrió. ¡Amor divino! cuanto mas ardiente sois de lo que pareceis esteriormente! En efecto, la sangre y las llagas nos muestran realmente un grande amor, pero no nos descubren todo el que hay; estas señales esteriores son muy débiles en comparacion de aquel fuego

inmenso de amor que por dentro os consumia. La mayor señal de amor es dar la vida por sus amigos : pero esta señal no bastó á Jesucristo para espresar todo su amor.

16. Este amor es el que transporta las almas cristianas y las pone fuera de sí mismas. De él nacen los vivos ardores, el deseo del martirio, la alegría en los sufrimientos, la sed de tormentos y de todo cuanto el mundo teme y aborrece. Dice S. Ambrosio, que el verdadero fiel cifra toda su gloria en llevar impresas sobre sí las marcas de la cruz.

17. ¿Como podré, ó mi Dios, pagaros un amor tan inmenso? Justo es, que la sangre se recompense con la sangre. ¡ Pueda pues yo derramar mi sangre sobre la cruz que tengo abrazada! ¡O Cruz santa! recíbeme en tus brazos. Corona, estiéndete para que pueda yo colocar mi cabeza junto con la de mi Salvador. Y vosotros, ó clavos demasiado crueles, salid de las manos inocentes

de mi Dios, venid á penetrar mi corazon de compuncion y de amor. Vos habeis muerto, ó Salvador mio, dice S. Pablo, para reinar sobre los vivos y sobre los muertos, no por los castigos, sino por el amor [1].

18. La fuerza de vuestro amor, que arrebata los corazones, ha roto tambien la dureza de los nuestros, ¡ó mi Dios! Abrasado habeis todo el mundo de vuestro amor. Embriagad tambien nuestros corazones con tan precioso vino, inflamadlos con este sagrado fuego, traspasadlos con este dardo saludable de vuestro amor. Vuestra cruz es la señora de los corazones; sepa todo el mundo que el mio le está sujeto enteramente. ¡Ó mi Jesus! ¡Ó amor mio! ¿qué habeis hecho? ¡Vos venisteis para curarme, y me habeis herido! ¡Venisteis para enseñarme á bien vivir, y me habeis hecho volver como un insensato! ¡Feliz y sensatísima lo-

1 In hoc Christus mortuus est, resurrexit, ut mortuorum et vivorum dominetur. *Rom.* 14, 9.

cura! pueda yo conservarte toda mi vida. Señor, todo cuanto veo sobre la cruz me invita á amaros; la madera, la figura, las llagas de vuestro cuerpo, y sobre todo vuestro amor. Todo me convida á amaros, y á no olvidaros jamás.

19. Mas para llegar al verdadero y perfecto amor de Jesucristo es menester emplear los medios; he aquí como nos lo enseña Sto. Tomás [1]: 1.° Tener de contínuo presentes en el pensamiento sus beneficios, tanto generales como particulares. 2.° Considerar la bondad infinita de Dios, siempre ocupado en hacernos bien, que nos ama sin cesar y quiere de nosotros ser amado. 3.° Evitar con el mayor cuidado las cosas mas pequeñas que pueden disgustarle. 4.° Renunciar á todos los bienes temporales, tales como las riquezas, los honores y los placeres de los sentidos. Añade

1 Op. de dilect. Dei, §. 1.

el P. Taulerio que la meditacion de la Pasion es un grande medio para conseguir el amor de Jesucristo.

20. La devocion de la pasion de Jesucristo es la mas útil y la mas afectuosa de todas las devociones; es la mas agradable á Dios, la que consuela mas á los pecadores, la que inspira mas amor. ¿De que fuente recibimos todos los bienes sino de la pasion del Salvador? ¿De donde nos viene la esperanza del perdon, la fuerza contra las tentaciones, la confianza de ir al paraiso, tantas luces, tantas invitaciones llenas de amor, de deseos de conversion, sino de la pasion del Salvador? Mucha razon tenia, pues, el Apóstol para declarar escomulgado á cualquiera que no ama á Jesucristo. [1]

21. S. Buenaventura dice, que no hay devocion mas propia para santificar un alma que la meditacion de la Pasion de Jesucristo, y nos

[1] Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema. 1. *Cor.* 16, 22.

aconseja meditarla todos los dias, si queremos hacer progresos en el amor de Dios.[1] Asegura S. Agustin, que mas mérito se contrae derramando una sola lágrima con el recuerdo de la pasion, que ayunando contínuamente á pan y agua.[2] Por esto los santos se han ocupado tanto en la Pasion del Salvador. Por este medio S. Francisco de Asis llegó á ser un serafin en carne. Lloraba un dia á lágrima viva, y preguntándole alguno el motivo: *Lloro*, respondió el santo, *los padecimientos y las ignominias de mi Salvador; y lo que mas me aflige es que los hombres por quienes tanto ha sufrido, ni siquiera piensen en ello.* A estas palabras aumentaron sus lágrimas de manera, que aquel que le habia preguntado se puso tambien á llo-

1 Si vis proficere, quotidie mediteris Domini passionem; nihil enim in anima ita operatur universalem sanctimoniam, sicut meditatio passionis Christi.

2 Magis meretur vel unam lacrymam emittere ob memoriam passionis Christi, quam si qualibet hebdomada in pane jejunaret.

rar. El balido de un cordero, ó cualquier otra cosa que le recordase la pasion, bastaba á este santo para hacerle llorar. Un dia, estando enfermo, le aconsejaban que se hiciese leer un libro de piedad. ***Mi*** *libro*, respondió, ***es Jesus crucificado***. Y así exhortaba sin cesar á sus religiosos que pensasen siempre en la pasion. Cualquiera que contemplando á Jesus crucificado no se enciende en el amor de Dios, no le amará jamás.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Verbo eterno, divino Jesus, vos pasasteis treinta y tres años en los trabajos y en las penas; vos disteis vuestra sangre y vuestra vida para salvar á todos los hombres; en una palabra, vos nada habeis perdonado para haceros amar de ellos; ¿como puede ser que haya hombres que lo saben y que no os amen? Los hay, y yo soy uno de estos ingratos. De

ello me arrepiento, ¡Jesus mio! tened piedad de mí, y recibid mi corazon en reparacion de la injuria que os he hecho; yo os lo ofrezco, ¡ó mi Dios! ingrato ha sido, mas ahora se arrepiente! Sí: yo me arrepiento sobre todas las cosas de haberos menospreciado; yo me arrepiento, y os amo con toda mi alma. ¡O alma mia! ama á un Dios encadenado como culpable; á un Dios azotado, escarnecido, clavado en cruz por tu salud! Sí, mi Salvador y Dios mio, yo os amo, y quiero para siempre amaros. Recordadme siempre todo lo que por mí habeis sufrido, á fin de que no olvide nunca el amaros. Lazos sagrados que encadenasteis á Jesus mi Salvador, unidme estrechamente á Jesus: espinas que coronasteis su adorable cabeza, heridme de amor por mi Jesus; clavos venerables que traspasasteis á Jesus, clavadme en la cruz, á fin de que viva y muera unido con mi Redentor. Sangre pre-

ciosa de Jesus, embriágame del amor divino; muerte de Jesus, hazme morir á todo afecto terrestre. Pies de mi Salvador, yo os abrazo; libradme del infierno que he merecido; en el infierno ya no podria amaros, ¡ó mi dulce Jesus! y no obstante, yo quiero amaros para siempre. Salvadme, ó amable Redentor mio, unidme estrechamente á vos, y no permitais que me separe jamás de vos. Y vos, refugio de pecadores, ó María, madre de mi Salvador, ayudad á un pecador que quiere amar á su Dios y que á vos se recomienda; socorredme por el amor que teneis á Jesus vuestro divino Hijo.



CAPÍTULO II.

Cuanto merece ser amado de nosotros Jesucristo por el amor que nos manifestó instituyendo el Santísimo Sacramento del Altar.

1. Sabiendo el Salvador que era llegada su hora [1], quiso antes de morir dejarnos la mayor prenda posible de su amor, y por esta razon instituyó el Santísimo Sacramento del Altar. Dice S. Bernardino de Sena, que las señales de amor dadas antes de morir, hacen sobre los corazones una impresion mas profunda y se tienen en mayor precio [2].

[1] Sciens Jesus, quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem; cum dilexisset suos, in finem dilexit eos. *Jo.* 13. 1.

[2] Quæ in fine in signum amicitiæ celebrantur, firmius memoriæ imprimuntur, et chariora tenentur.



Por esto en el artículo de la muerte se lega de ordinario á los amigos mas queridos algun don, en memoria de la predileccion que se les ha tenido. Pero vos, Jesus mio, al salir de este mundo ¿qué es lo que nos dejasteis en memoria de vuestro amor? Os disteis á vos mismo, dejándonos vuestro cuerpo y vuestra sangre, vuestra alma y vuestra divinidad, en una palabra, todo vos sin la menor reserva.

2. En este sacramento, Jesucristo, dice el concilio de Trento, desplegó todas las riquezas de su amor para con nosotros [1]. Y como lo observa el Apóstol, hizo este don á los hombres precisamente en la misma noche en que los hombres tramaban su muerte [2]. El Salvador en el esceso del amor que nos tenia, no con-

[1] Divitias sui erga homines amores velut effudit. *Sess.* 13, *c.* 2.

[2] In qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens, fregit, et dixit: Accipite, et manducate, hoc est Corpus meum. 1. *Cor.* 11, 23. et 24.

tento de disponerse á morir por nuestra salud, quiso aun antes de su muerte hacer alguna cosa mas grandiosa, dándonos su cuerpo por alimento [1].

3. Con razon, pues, llama santo Tomás á este sacramento *Sacramento de amor* [2]; pues solo el amor pudo obligar á Jesucristo á que en él se diese todo enteramente á nosotros; y *prenda de amor*, á fin de que si dudado hubiésemos de su amor, hallásemos una garantía de él en este sacramento, como si el Redentor hubiese dicho: Almas cristianas, si dudais de mi amor, considerad este sacramento, en él me doy todo enteramente á vosotros; y teniendo esta prenda á la mano no podreis ya dudar de que yo os amo, y que os amo mucho. S. Bernardo llama á es-

1 In illo fervoris excessu, quando paratus erat pro nobis mori, ab excessu amoris majus opus agere coactus est, quam unquam operatus fuerat, dare vobis Corpus in cibum. *S. Bern. Sen. tom.* 2. *Serm.* 54, *art.* 1. *cap.* 1.

2 Sacramentum charitatis, pignus charitatis.

te sacramento *Amor de los amores*[1]: porque este don encierra todos los demas dones del Señor, los de la creacion, los de la redencion, y los de la predestinacion á la gloria: porque la Eucaristía no es solamente una prueba del amor de Jesucristo, sino que es tambien una garantía del paraiso que nos quiere dar, dice la Iglesia[2]. Por esto S. Felipe Neri no sabia llamar á Jesucristo en el santo Sacramento sino con el nombre de *Amor;* y cuando se le llevó el santo Viático esclamó: *Ved aquí mi amor, dadme mi amor.*

4. El profeta Isaías queria que se manifestasen al universo entero las invenciones llenas de amor que Dios ha producido para hacerse amar de los hombres. ¿Quien hubiera nunca podido pensar, que el Verbo encarnado se hubiese ocultado bajo las especies de pan, para poder ser nuestro alimento? Y qué, dice san

1 Amor amorum.
2 In quo futuræ gloriæ nobis pignus datur.

Agustin, ¿no parece casi una locura el decir comed mi cuerpo, bebed mi sangre [1]? La primera vez que Jesucristo habló de este sacramento á sus discípulos, no lo pudieron creer, y se apartaron de él diciendo: *¿Como puede dárnos su carne á comer* [2]? Lo que los hombres, pues, no podian pensar ni creer, lo ha pensado y hecho el amor prodigioso de Jesucristo. *Tomad y comed,* dijo á sus discípulos y á nosotros en su nombre. Mas ¿que alimento quereis darnos, ó Salvador del mundo, antes de morir? *Es mi cuerpo;* no un alimento terrestre, sino á mí mismo: yo me doy á vosotros todo enteramente.

5. ¿Que deseo no tiene Jesucristo de darse á nosotros en la santa comunion? *He deseado con ardor*

1 Nonne insania videtur dicere: Manducate meam carnem, bibite meum sanguinem?
2 Quomodo potest hic carnes suas dare ad manducandum? Durus est hic sermo, et quis potest eum audire? *Jo.* 6, 61.



comer esta pascua con vosotros [1]; decia la noche en que instituyó este Sacramento de amor; espresiones que, como observa S. Lorenzo Justiniano, denotan claramente el amor inmenso que nos tenia [2]. Para que todo el mundo pudiese fácilmente recibirle, escogió las especies de pan. Si se hubiese dado bajo las especies de un alimento raro y de gran precio, los pobres hubieran quedado privados de él; mas Jesus ha querido encerrarse bajo las especies de pan, porque cuesta poco, se halla en todo lugar, y facilita la frecuencia del Sacramento.

6. Para inflamarnos en el deseo de recibirle en la santa comunion no solo nos exhorta vivamente á ello [3]: *Venid, amigos mios, comed y bebed*, nos dice hablando de este

1 Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum. *Luc.* 22, 15.

2 Flagrantissime charitatis est vox hæc.

3 Venite, comedite panem meum et bibite vinum, quod miscui vobis. *Prov.* 9, 5. Comedite, amici, et bibite. *Can.* 5, 1.

pan y de este vino celeste; sino que de ello nos hace un precepto formal: *Tomad y comed, este es mi cuerpo*[1]. A ello nos atrae prometiéndonos el paraiso: *El que come mi carne tiene la vida eterna*[2]. En fin, él amenaza con el infierno á cualquiera que no quiere recibirle: *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, no tendreis vida en vosotros*[3]. Todas estas invitaciones, estas promesas, estas amenazas, nacen del grande deseo que tiene de darse á nosotros en el Santísimo Sacramento del altar.

7. Mas ¿porqué Jesucristo desea tan ardientemente que le recibamos en la comunion? Porque, dice S. Dionisio, el amor aspira siempre y tiende á la union. Los verdaderos amigos quisieran ser de tal

1 Accipite et manducate, hoc est corpus meum.

2 Qui manducat meam carnem, habet vitam æternam. *Jo.* 6, 55. Qui manducat hunc panem, vivet in æternum. *Ibid.* 58.

3 Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, non habebitis vitam in vobis. *Ibid.* 54.

modo unidos que no formasen sino un solo hombre. Siendo inmenso el amor de Dios para con nosotros, quiso destinarnos á poseerle, no solo en el cielo, sino tambien aquí en la tierra, por medio de la union mas íntima, bajo las apariencias de pan en la Eucaristía. Verdad es que nosotros no le vemos, pero él nos mira y está presente en realidad; sí, presente se halla para que le poseamos, mas se oculta para que le deseemos; y hasta que lleguemos á nuestra patria, Jesucristo quiere ser todo de nosotros, y unido enteramente á nosotros.

8. Poco era para el amor de Jesucristo hacerse hombre y morir para todos los hombres; su amor le hizo tambien hallar el medio de darse todo entero á cada uno de nosotros: y á este fin instituyó el Santísimo Sacramento del altar. *El que come mi carne,* dice el Señor, *en mí mora, y yo en él* [1]. En la santa Comunion Je-

[1] Qui manducat meam carnem, in me manet, et ego in illo. *Jo.* 6, 57.

sus se une al alma, y el alma se une á Jesus; y esta union no es tan solo de puro afecto, sino real y verdadera. Ved como se espresa san Francisco de Sales sobre este particular. *En ninguna parte se muestra el Señor mas tierno ni mas amante que en este sacramento, en donde se anonada, por decirlo así, y se reduce á alimento para penetrar las almas y unirse al corazon de los fieles.* Dice S. Juan Crisóstomo, que Jesucristo en lo mas ardiente de su amor para con nosotros, quiso unírsenos de tal manera, que llegásemos á ser una misma y sola cosa con él [1].

9. ¡O divino Esposo de nuestras almas! esclama S. Lorenzo Justiniano; vos habeis querido por medio de este sacramento de amor que vuestro corazon y el nuestro no formasen sino un solo corazon inseparablemente unidos [2]. S. Bernardino

[1] Semetipsum nobis immiscuit, ut unum quid simus; ardentes enim amantium hoc est. *Chrys. Hom.* 61, *ad Pap. Ant.*

[2] O mirabilis dilectio tua, Domine Jesu, qui

de Sena añade: Jesucristo dándose á nosotros bajo la forma de alimento puso el colmo á su amor, pues se dió para unirse totalmente á nosotros y de la misma manera que los alimentos se unen al que los come [1]. ¡Oh! cuanto se complace Jesucristo en unirse á nuestras almas! Un dia dijo despues de la comunion á su fiel sierva Margarita de Ipres: *Ya ves, hija mia, la preciosa union que hay entre nosotros dos; ámame, pues, estemos siempre unidos por el amor, y no nos separemos jamás.*

10. Nada podemos hacer, pues, mas agradable á Jesucristo que acercarnos á la comunion con la disposicion conveniente á un acto tan grande, pues entonces nos unimos á Jesucristo segun el deseo de este Dios, que es todo amor. He dicho *con la*

tuo corpori taliter nos incorporari voluisti, ut tecum unum cor et animam unam haberemus inseparabiliter colligatam!

1 Ultimus gradus amoris est, cum se dedit nobis in cibum quia dedit se nobis ad omnimodam unionem, sicut cibus et cibans invicem uniuntur. *Tom. 2, Ser. 31.*

disposicion conveniente, *y no digna*: porque ¿quien pudiera comulgar si fuese necesario ser digno de ello? Solo un Dios pudiera ser digno de recibir á Dios. Pues por esta palabra *conveniente* entiendo una disposicion tal cual conviene á una miserable criatura revestida de la desgraciada carne de Adan. Basta, ordinariamente hablando, que se comulgue en estado de gracia y con un vivo deseo de crecer en el amor de Jesucristo. *Por amor solamente se debe recibir á Jesucristo en la comunion*, decia S. Francisco de Sales, *pues por el amor tan solamente se nos comunica*. Pero ¿debe comulgarse con mas ó menos frecuencia? A esto respondo, que debe cada uno seguir el dictámen de su padre espiritual. Por lo demas basta saber que no hay estado alguno, ni el matrimonio, ni los negocios, que prive la comunion frecuente cuando lo juzga oportuno el director, conforme espresamente lo declara el Pa-

pa Inocencio XI, en su decreto *Frequens accesus (ad Eucharistiam)*, del año 1679.

11. Nada hay en el mundo que pueda ser tan ventajoso como la comunion. El eterno Padre puso á Jesucristo en posesion de todas sus riquezas [1]; así que, cuando Jesucristo viene á una alma por la santa comunion, lleva consigo tesoros inmensos de gracias, y puede muy bien decirse despues de la comunion: *Todos los bienes me han venido con ella* [2]. Enseña S. Dionisio quė el sacramento de la Eucaristía es el medio mas poderoso para santificar las almas; y S. Vicente Ferrer declara que mas se aprovecha por una sola comunion que ayunando toda una semana á pan y agua.

12. La comunion, dice el santo concilio de Trento, nos libra de las faltas veniales y nos preserva de

1 Omnia dedit ei Pater in manus. *Jo.* 13, 3.
2 Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa. *Sap.* 7, 11.



las mortales [1]. Nos libra de las faltas veniales porque, segun Sto. Tomás [2], el hombre por medio de este sacramento se siente escitado á hacer actos de amor que borran los pecados veniales; somos preservados de los mortales porque la Comunion confiere el aumento de la gracia y nos preserva de las faltas graves. Por esto dice Inocencio III que Jesucristo por su pasion nos sustrajo del poder del pecado; pero que por la Eucaristía nos libra del poder de pecar [3].

13. Este sacramento inflama sobre todo las almas de divino amor. Dios es amor [4]; es un fuego que consume en nuestros corazones todas las afecciones terrestres [5]; y es-

1 Antidotum, quo à culpis quotidianis liberemur, et à mortalibus præservemur. *Sess.* 13, *cap.* 2.

2 *P.* 3, *q.* 79. *ar.* 4.

3 Per crucis mysterium liberavit nos à potestate peccati, per Eucharistiæ Sacramentum liberat nos à potestate peccandi.

4 Deus charitas est. *Jo.* 4, 8.

5 Ignis consumens est. *Deut.* 4, 24.

te fuego de amor Jesucristo le vino á traer sobre la tierra [1], y nada desea tanto como verle encendido en nuestras almas [2]. ¡Que llamas de amor divino no encenderá, pues, en el corazon de aquel que le recibe por la comunion! Sta. Catalina de Sena vió un dia, al elevar la santa hostia, á Jesus bajo la forma de un globo de fuego, y no sabia comprender como todos los corazones de los hombres no estaban abrasados y consumidos por este divino fuego. Sta. Rosa de Lima, despues de la comunion, tenia la cara radiante de purísima luz. La comunion nos inflama de amor hasta tal punto que al salir de la santa mesa somos un objeto de terror para el infierno [3].

14. La comunion puede escitar

1 Igne veni mittere in terram.
2 Et quid volo, nisi ut accendatur? *Luc.* 12, 49.
3 Carbo est Eucharistia, qua nos inflammat, ut tamquam leones ignem spirantes ab illa Mensa recedamus facti diabolo terribiles. *Hom.* 61. *ad Pop.*

un amor tan intenso en el alma hasta el punto que ésta se olvida de sí misma, y pierde de vista todas las cosas criadas. Pero yo no comulgo sino muy rara vez, dirá alguno, porque no siento en mí sino un amor de Dios harto débil. Y qué, responde Gerson, ¿porque vos os sentís frio quereis apartaros del fuego? ¡Ah! antes al contrario, porque os encontrais frio debeis acercaros con mayor frecuencia á este sacramento, si deseais amar verdaderamente á Jesucristo; cuanto mayor es la enfermedad, mas necesidad hay del médico [1]. Enséñanos S. Francisco de Sales, en su *Philotea, cap.* 21, que dos clases de personas son que deben comulgar con frecuencia: los perfectos, para conservarse en la perfeccion; y los imperfectos, para llegar á ella. Mas para comulgar á menudo es necesario á lo menos te-

[1] Licet tepide tamen confidens de misericordia Dei accedas, tanto magis eget medico quanto quis senserit se ægrotum. *De prof. rel. c.* 18.

ner un grande deseo de ser santo y de crecer siempre mas en amor hácia Jesucristo. Cuando vayais á comulgar, dice Jesus á Sta. Matilde, desead amarme con todo el amor de que un corazon es capaz, y yo recibiré este amor tal como vos quisierais que fuese.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Dios de amor, amable Jesus, digno de un amor infinito, decidme: ¿qué mas hareis aun para haceros amar de nosotros? No os ha bastado el haberos hecho hombre y sujetaros á las mismas miserias que nosotros: no os habeis contentado con derramar por nosotros toda vuestra sangre en medio de los tormentos, morir agobiado de dolores en una cruz reservada á los mas infames malhechores: todavía habeis querido ocultaros bajo las especies de pan para ser nuestro alimento y uniros á cada uno de nosotros. Decidme,

repito : ¿ qué pudierais inventar de nuevo para haceros amar ? ¡ Ah ! ay de nosotros si no os amamos en este mundo ! ¡ Que remordimientos no tendremos en la eternidad de no haberos amado ! No, dulcísimo Jesus, no quiero yo morir sin amaros y amaros mucho. Siento un intenso dolor de haberos ofendido tanto ; de ello me arrepiento, y por ello quisiera morir de pesar. Sí, ahora mismo os amo sobre todas las cosas, os amo mas que á mí mismo, y os consagro todos mis afectos. De vos me viene esta buena disposicion, dadme fuerza para ser fiel á ella. Jesus, mi dulce Jesus, vos solo me bastais, y toda vez que me habeis llamado á vuestro amor, todo lo dejo, á todo renuncio para unirme á vos solo ; solo vos me bastais. María, madre de mi Dios, rogad á Jesus por mí, y hacedme santo. Vos, que obrais tantos prodigios, ¿ no podreis alcanzar que cambie los pecadores en santos el que de un Saulo, per-

seguidor de los cristianos, hizo un Apóstol de las gentes?

CAPÍTULO III.

De la grande confianza que debe inspirarnos el amor que Jesucristo nos ha manifestado en todo lo que ha hecho por nosotros.

1. ANTES que el Salvador hubiese aparecido sobre la tierra, David ponia ya en él toda su confianza y le decia: *En tus manos encomiendo mi espíritu: tú me has redimido, Señor, Dios de la verdad* [1]. ¡Cuanta mayor confianza debemos tener en Jesucristo nosotros, sabiendo que ha venido á cumplir la obra de la

1 In manus tuas Domine, commendo spiritum meum: redimisti me, Domine Deus veritatis. *Ps.* 30, 6.



redencion! Digámosle pues con mucha mayor confianza, y repitamos sin cesar las palabras del Profeta: *En tus manos encomiendo mi espíritu: tú me has redimido, Señor, Dios de la verdad.*

2. Si nuestros pecados nos dan sobrado motivo de temer la muerte eterna, los méritos de Jesucristo nos ofrecen motivos mucho mas fuertes para esperar. Infinitos son estos méritos, é incomparablemente mas poderosos para salvarnos que nuestros pecados para condenarnos. Pecando hemos merecido el infierno, mas el Redentor vino para cargar sobre sí todas nuestras faltas, y espiarlas con sus padecimientos [1].

3. En el momento mismo que pecamos, escribió Dios la sentencia de nuestra condenacion á la muerte eterna. Mas, ¿qué ha hecho Jesucristo? Ha tomado esta sentencia,

1 Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit. *Is.* 53, 4.

la ha unido á su cruz [1], y la ha borrado con su propia sangre, á fin de que no podamos jamás mirar nuestra condenacion sin ver la cruz en la cual destruyó Jesus aquel decreto, y concebir la esperanza del perdon y de la salud eterna.

4. ¡Oh! cuanto mas poderosa es para con Dios la sangre de Jesucristo para alcanzar misericordia, que la sangre de Abel no lo fué para acusar á Cain [2]! ¡Cuan felices sois, pecadores miserables, en poder recurrir á Jesus crucificado, el cual derramó toda su sangre para hacerse el mediador de paz entre los pecadores y Dios, y alcanzarles el perdon de sus faltas! Vuestras iniquidades, verdad es, claman venganza contra vosotros; mas la sangre preciosa del Redentor aboga en fa-

1 Delens quod adversus nos erat chirographum decreti... et ipsum tulit de medio, affigens illud cruci. *Coloss.* 2, 14.

2 Accessistis ad mediatorem Jesum, et sanguinis aspersionem, melius loquentem quam Abel. *Hebr.* 12, 24.

vor vuestro, y la divina justicia se calma necesariamente á la voz de esta preciosa sangre.

5. Tenemos que dar una estrecha cuenta de todos nuestros pecados, no lo niego; pero ¿quien será nuestro juez [1]? Consolémonos; el mismo Redentor es el que Dios ha señalado para juzgarnos. Así nos conforta S. Pablo, diciéndonos [2]: ¿Quien es el juez que ha de condenarnos? Es el Salvador mismo, que por no condenarnos á la muerte eterna, se condenó á sí mismo á morir por nosotros, y que no contento con este beneficio, continua aun en el cielo intercediendo para con Dios su Padre por nuestra salud. ¿Qué temes tú, pecador, dice Sto. Tomás de Villanueva, si detestas tu pecado? ¿Como podrá rechazarte si te arrojas á sus pies el que descendió del

1 Pater... omne Judicium dedit Filio. *Jo.* 5, 22.
2 Quis est qui condemnet? Christus Jesus, qui mortuus est.... qui etiam interpellat pro nobis *Rom.* 8, 34.

cielo para buscarte cuando huias [1]?

6. ¿Nuestra debilidad nos hace temer el sucumbir á las tentaciones futuras? he aquí el remedio prescrito por el Apóstol [2]: Corramos con paciencia al combate, poniendo los ojos en Jesucristo crucificado, que desde lo alto de su cruz nos promete su socorro, la victoria y la corona. Si caimos en lo pasado es porque faltamos en considerar las llagas y las ignominias del Redentor, y en pedirle socorro. Mas si de aquí en adelante fijamos nuestra atencion en lo que ha sufrido por nuestro amor, y en la priesa que se da en socorrernos, cuando á él recorremos, ciertamente no quedaremos vencidos por nuestros enemigos. Sta. Teresa decia: No concibo como se teme tanto al de-

1 Quid times, peccator: quomodo damnabit pœnitentem, qui moritur, ne damneris? Quomodo abjiciet redeuntem, qui de cœlo venit quærens te?

2 Curramus ad propositum nobis certamen, aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta. *Heb.* 12, 1. y 2.

monio, pues con solo invocar el santo nombre de Dios se le hace temblar. Pero decia tambien: De nada servirán todos nuestros esfuerzos, sino renunciamos á toda confianza en nosotros mismos, para no tenerla únicamente sino en Dios.

7. La Pasion y el santo Sacramento del altar son para nosotros dos grandes misterios de esperanza y de amor: misterios que no pudieran creerse si no nos los asegurase la fé. ¡Qué! un Dios todo poderoso hacerse hombre, derramar toda su sangre, y morir de dolor sobre un infame madero! Y ¿para qué? ¡Para espiar nuestros pecados y salvarnos á nosotros, gusanos de la tierra, rebeldes á su divina Magestad! No basta esto: ¡Este mismo cuerpo sacrificado por nosotros en la cruz, se nos da en alimento para unirse de este modo enteramente á nosotros! ¡Gran Dios! Estos dos misterios deberian abrasar, consumir de amor todos los corazones de los hombres.

¿Que pecador, por criminal que sea, podrá desesperar de su perdon si se arrepiente de sus pecados, viendo á un Dios tan lleno de amor para con los hombres, y tan propenso á hacerles bien? Esto es lo que tanta confianza inspiraba á S. Buenaventura, cuando decia: ¿Como podrá negarme las gracias necesarias el que ha hecho y sufrido tanto por mi salud [1]?

8. *Lleguemos, pues, confiadamente* (nos exhorta el Apóstol) *al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia* [2]. El trono de la gracia es la cruz, en donde Jesucristo está sentado como sobre un trono para distribuir las gracias y las misericordias á cualquiera que á él recorre. Mas es preciso recorrer allí lo mas presto posible, para encontrar el socorro necesario á nuestra sa-

1 Fiducialiter agam, immobiliter sperans, nihil ad salutem necessarium ab eo negandum, qui tanta pro mea salute fecit et pertulit.

2 Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur. *Heb.* 4, 16.

lud; tal vez un poco mas tarde ya no llegaríamos á tiempo. Apresurémonos, pues, para correr á abrazar la cruz de Jesucristo; acudamos á ella con la mayor confianza. No nos detenga la consideracion de nuestras miserias, pues en Jesucristo hallaremos todas las riquezas y todas las gracias [1]: sus méritos nos han abierto los tesoros de Dios, dándonos derecho á todas las gracias de que necesitamos.

9. Mayores son las ventajas que nos han venido por la muerte de Jesucristo, y mucho mas considerables, que los daños hechos á nosotros por el demonio por medio del pecado [2]. Esto se conforma con aquellas palabras del Apóstol: *cuando creció el pecado, sobrepujó la gracia* [3]. ¿Como,

1 In omnibus divites facti estis in illo... ita ut nihil vobis desit in ulla gratia. 1. *Cor.* 1, 5. 7.

2 Ampliora adepti sumus per Christi gratiam, quam per diaboli amiseramus invidium. *Serm.* 1, *de Ascens.*

3 Non sicut delictum, ita et donum;.... ubi abundabit delictum, superabundabit et gratia. *Rom.* 5, 15. *et* 20.

pues, no esperaríamos conseguirlo todo en virtud de los méritos del Salvador? Él mismo nos asegura que todo cuanto en su nombre pediremos á Dios su Padre nos será concedido[1]. Y ¿como nos negará nada el divino Padre, cuando nos dió á su Hijo único, á quien ama tanto como á sí mismo[2]? Dícenos el Apóstol que con él nos lo dió todo, así que, no se esceptua gracia alguna, ni el perdon, ni la perseverancia, ni el amor divino, ni la perfeccion, ni el paraiso. Mas es preciso pedírselo. Lleno está Dios de generosidad con los que le ruegan[3].

10. Para escitar la confianza que debemos tener en los méritos de Jesucristo, voy á citar algunos pasajes escelentes, sacados de las cartas del venerable P. de Avila.

1 Amen, amen, dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo dabit vobis. *Jo.* 16, 23.
2 Pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit. *Rom.* 8, 32.
3 Dives in omnes, qui invocant illum. *Rom.* 10, 12.

11. No olvideis jamás que entre el Padre eterno y nosotros hay un mediador, que es Jesucristo, al cual estamos unidos con tan fuertes lazos de amor que nada puede romperlos, si no los rompemos nosotros con un pecado mortal. La sangre de Jesus clama y pide misericordia para nosotros; y su clamor es tan fuerte que sofoca el grito de nuestros pecados. La muerte de Jesucristo ha borrado todas nuestras faltas. *¡Ó muerte, yo seré tu muerte!* No se pierde por falta de satisfaccion sino por falta de querer aprovecharse, por medio de los sacramentos, de la satisfaccion dada por Jesucristo.

12. Jesucristo se encargó de poner remedio á nuestros males como de un negocio que le hubiese sido peculiar; tomó nuestros pecados como si hubiesen sido los suyos; pidió por ellos perdon á Dios; y le rogó con tanto amor como si hubiese rogado por sí mismo, que amase

á todos aquellos que quisiesen acercarse á él. Dios concedió á ruego suyo que Jesus y nosotros estuviéramos de tal manera unidos, que nosotros y él tuviéramos un solo y mismo destino en punto de amor ó de aborrecimiento; y como Jesucristo no es ni puede ser aborrecido, si nosotros permanecemos unidos á él por el amor, seremos asimismo amados: porque siendo Jesucristo amado de Dios, lo somos tambien nosotros; pues es mucho mas capaz de hacernos amar de lo que lo somos nosotros para hacernos aborrecer, y Dios ama á su Hijo mucho mas de lo que aborrece á los pecadores.

13. Jesus dijo á su Padre: Padre mio, yo quiero que aquellos que vos me habeis dado sean allá donde yo estoy[1]. El amor triunfó del ódio. Nosotros hemos recibido el perdon y la seguridad fundada en el amor que Dios nos tiene de no

[1] Pater, quos dedisti mihi, volo ut ubi sum ego, et illi sint mecum. *Jo.* 17, 24.

quedar jamás abandonados. ¿Puede una madre olvidar á su hijo? Pues bien, yo os aseguro, dice el Señor por Isaias [1], que aun cuando le olvidase yo no os olvidaria, porque os llevo escritos en mis manos. En efecto, el Salvador nos escribió en sus manos con su propia sangre. Así pues nada nos turbe : todo va dirigido por sus manos, que fueron clavadas en la cruz por nosotros en testimonio de amor.

14. Nada puede turbarnos hasta tal grado que Jesucristo no pueda tranquilizarnos. Si me llenan de horror mis culpas pasadas, ó los temores del porvenir, ó los lazos que me arman los demonios, recorreré á la misericordia de mi Dios que me amó hasta la muerte, y pondré en él toda mi confianza. No hay duda que me ama, pues se dió todo ente-

1 Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui. Ecce in manibus meis descripsi te. 49. 15. et 16.

ramente por mi salud. O Jesus, puerto seguro para aquellos que os buscan en el apuro. Pastor divino de nuestras almas, es engañarse el no esperar en vos, cuando se tiene un firme deseo de enmendarse. Vos habeis dicho : Yo soy el Señor, no temais; yo soy quien os aflijo y el que os consuelo. Algunas veces envio á mis servidores desolaciones que parecen un infierno; mas luego las retiro de ellos y les doy alivio. Yo soy vuestro intercesor, vuestra causa ha venido á ser la mia. Yo soy vuestro fiador, yo he pagado todas vuestras deudas. Yo soy vuestro dueño que os he comprado con mi propia sangre, no para abandonaros, sino para enriqueceros, despues de haberos rescatado á tan alto precio. ¿Como me alejaré del que me busca, yo que me puse delante de aquellos que me buscaban para ultrajarme? No aparté el rostro de aquel que me heria, y lo apartaré de aquel que quiere adorarme? ¿Co-

mo podreis dudar que os amo, viéndome entre las manos de mis enemigos por vuestro amor? ¿Se me ha visto nunca despreciar al que me amaba, ó desamparar al que me pedia socorro, á mí que corro á buscar hasta aquel que no me busca?

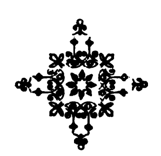
15. Si creeis que el Padre eterno os ha dado su Hijo, creed tambien que os dará todo lo demas, que es indudablemente menos precioso que su Hijo. No penseis que Jesucristo os haya olvidado, pues que en prueba de su amor nos ha dejado la mayor de todas las prendas, su cuerpo y su sangre, en una palabra, todo él en el Santísimo Sacramento del altar.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

¡O Jesus mi amor! que de esperanzas me da vuestra pasion! ¿Puedo aun temer no recibir el perdon de mis pecados, el paraiso y todas las gracias necesarias para llegar á

él por parte de un Dios omnipotente, que me dió toda su sangre? ¡Ah! Jesus mio, mi esperanza y mi amor, por no perderme á mí quisisteis vos perder la vida! Yo os amo, ¡ó mi Redentor y mi Dios! yo os amo sobre todas las cosas. Vos os habeis dado todo enteramente á mí, yo quiero darme tambien todo entero á vos. Recibid mi voluntad, mi corazon y mi amor; dejadme repetir que os amo, y quiero amaros para siempre. ¡Pueda yo repetir incesantemente estas dos palabras: Yo os amo! y puedan estas ser las últimas palabras de mi vida, á fin de que continue en amaros por toda la eternidad! ¡Yo os amo! y porque os amo tengo el mas profundo dolor de haberos ofendido tanto! ¡Desdichado de mí! Por no perder una satisfaccion de un momento, os he perdido tantas veces, ¡ó bien infinito! este pensamiento me atormenta mas que otro mal cualquiera; pero lo que me consuela es que

siendo vos la bondad infinita, no sabreis despreciar un corazon que os ama. ¡Oh! que no me sea dado morir por vos, ya que vos habeis muerto por mí, ó divino Redentor mio! Yo espero con confianza mi eterna salud, ó Señor: dadme la perseverancia en vuestro amor, y que estoy resuelto á pedir sin cesar. Concededme por los méritos de vuestra muerte la gracia de perseverar en la oracion. Os pido tambien á Vos esta gracia, ó María! y la espero de vuestra intercesion.



CAPÍTULO IV.

Cuan obligados estamos á amar á Jesucristo.

1. Jesucristo, como Dios, merece ya todo nuestro amor; mas por el amor que particularmente nos ha manifestado, parece que á fuerza de colmarnos de beneficios nos haya querido poner en la necesidad de amarle, á lo menos por un sentimiento de gratitud. Él nos ha amado mucho para ser muy amado de nosotros, dice S. Bernardo, y antes de él Moisés [1]; ¿podia darnos mayor prueba de su deseo de ser amado, que imponiéndonos por precepto el amarle [2]?

1 Ad quid amat Deus, nisi ut ametur? *Deut.* 10, 12.
2 Et nunc Israel, quid Dominus Deus petit à

2. Declara S. Pablo, que el amor es la plenitud de la ley [1]. *Plenitudo*, dice el texto griego, *Completio legis*, el complemento de la ley y del amor. Al considerar un Dios crucificado que muere por nuestro amor, ¿podemos dejar de amarle? ¿Y qué nos dicen estas espinas, estos clavos, esta cruz, estas llagas y esta sangre, sino que debemos amar á aquel que hasta tal punto nos ha amado? ¿Basta acaso un corazon para amar á un Dios que ama? ¡Ah! para recompensar un amor semejante seria menester que otro Dios muriese por el amor de Jesucristo. ¿Porqué, pues, esclamaba S. Francisco de Sales, porque no arrojarnos sobre Jesus crucificado, para morir con él en la cruz, en donde él quiso morir por nuestro amor! Dice el Apóstol que Cristo murió por nosotros, á fin de que no vivamos ya para nosotros

te, nisi ut timeas Dominum Deum tuum et diligas eum? *Deut.* 6, 8.

1 Plenitudo legis est dilectio. *Rom.* 13, 10.

mismos, sino para aquél, que murió por nosotros [1].

3. Léese en el Ecclesiástico [2]: No olvideis á aquel que salió fiador por vosotros, y que ha dado su vida para satisfacer á la pena debida á vuestros pecados. Jesucristo se place en que recordemos á menudo su pasion, y mira con gran dolor que nos olvidemos de ella. El que se viera maltratado, herido y preso por un amigo suyo, ¿no se afligiria si este amigo lejos de mostrársele reconocido, no quisiese ni aun oir hablar de él? Y al contrario ¿cuanta no seria su satisfaccion si supiese que su amigo habla siempre con enternecimiento de aquel beneficio, y le dirige mil acciones de gracias? Asímismo Jesucristo se complace en ver que nos acordamos con gratitud y amor de todo lo que sufrió

1 Pro omnibus mortuus est Christus: ut qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est. 2. *Cor.* 5, 15.

2 Gratiam fidejussoris ne obliviscaris, dedit enim pro te animam suam. 29, 20.



en su pasion. Jesus fué antes de venir á la tierra el deseo de los Patriarcas, de los Profetas y de las naciones; ahora que ha venido, y que sabemos lo que ha hecho y sufrido por nosotros, hasta morir crucificado por amor á nosotros, ¿no debe con mucha mayor razon ser el objeto de todos nuestros deseos, y de todo nuestro amor?

4. Por esto instituyó Jesus en la víspera de su muerte el sacramento de la Eucaristía, y nos recomendó que cada vez que comulgásemos nos acordáramos de su muerte y de su pasion[1]. Concluyamos de aquí cuanto ama el Señor á los que con frecuencia meditan su pasion, pues quiso quedarse sobre los altares para que pudiésemos siempre pensar en lo que padeció por nosotros, y aumentar siempre nuestro amor há-

1 Accipite, et manducate, hoc est Corpus meum... Hoc facite in meam commemorationem, etc. Quotiescumque enim manducavitis panem hunc, mortem Domini annuntiabitis. 1. *Cor.* 11, 24, *et* 26.



cia él. S. Francisco de Sales llamaba al Calvario el *Monte de los amantes.* No es posible pensar en el Calvario sin amar á Jesucristo, que quiso allí morir por nosotros.

5. ¡Gran Dios! ¿Como los hombres no aman al que tan inmenso sacrificio hizo para ser amado de ellos? Antes de la encarnacion del Verbo podia el hombre dudar si Dios verdaderamente le amaba; pero ¿podrá todavia dudar ahora que el Hijo de Dios ha venido y muerto por el amor á los hombres? Contemplad la cruz, dice Sto. Tomás de Villanueva, pensad en los crueles dolores y en la muerte del Salvador y entonces no podreis dudar de su estremado amor [1]. S. Bernardo dice que la cruz y las llagas del Redentor publican en alta voz el amor que nos tiene Jesucristo.

6. Mas para mejor conocer los medios que supo encontrar el Salva-

[1] Testis crux, testes dolores, testis amara mors, quam pro te sustinuit.

dor para hacerse amar de nosotros consideremos circunstanciadamente el grande misterio de la Redencion. Toda vez que queria morir por nuestra salud, bastaba que fuese envuelto en la matanza de los Inocentes. Pero nó: quiso antes de morir pasar treinta y tres años en los trabajos y en las penas; para empeñarnos á amarle se nos manifestó desde un principio pobre, tierno niño y nacido en un establo; ocupóse en seguida en ayudar y servir á un artesano, y por fin, como si fuese un delincuente, se dejó matar en el suplicio de la cruz. Y aun antes de morir en la cruz quiso sufrir la mas cruel agonía, derramar un sudor abundante de sangre, ser desgarrado su cuerpo á fieros azotes en el pretorio de Pilatos, ser tratado como rey de farsa con una caña en la mano y una corona de espinas en la cabeza; quiso ser conducido con ignominia á la muerte, llevando la cruz sobre sus hombros, hasta de-

jarse crucificar sobre el Calvario, ¿ Qué os parece de todo esto ? ¿ Merece ó no ser amado el Dios que quiso sufrir tanto y emplear tantos medios para granjearse nuestro amor ? Razon pues tenia el Padre Juan Rigoleu de decir : *De buena gana pasaria toda mi vida llorando de amor por un Dios á quien su amor le hizo morir por la salud de los hombres.*

7. Grande y muy preciosa cosa es el amor, dice S. Bernardo [1]. Salomon llama la sabiduría, que es la caridad, un tesoro infinito ; porque el que tiene la caridad participa de la amistad de Dios [2]. No solamente es la caridad la reina de todas las virtudes (*S. Thom. de virt. a.* 3.) sino que donde ella reina llama á que la sigan todas las demas virtudes y luego las dirige á unirnos mas íntimamente con Dios. Mil veces se ha-

1 Magna res amor. *Serm.* 8. *in Cant.*

2 Infinitus enim thesaurus est hominibus, quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiæ Dei, *Sap.* 7, 14.

lla repetido en la Escritura que Dios ama al que le ama [1]. He aquí la bella union que obra la caridad, uniendo el alma con Dios. El amor da la fuerza de hacerlo y de sufrirlo todo por Dios [2]. Nada hay tan difícil, dice S. Agustin [3], que no se consiga con el amor; porque el amor hace que no se sienta la fatiga, y las cosas que son duras se vuelven blandas á los que aman.

8. San Crisóstomo nos enseña cuales son los efectos del amor divino en un corazon dominado por este amor. Cuando el amor de Dios se ha apoderado de un alma, dice el santo, produce en ella un deseo insaciable de obrar en pró del objeto amado; por manera, que por muy duros que sean los trabajos, le pa-

1 Ego diligentes me diligo. *Prov.* 8, 17. Si quis diligit me... Pater meus diligit eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus. *Jo.* 14, 23.

2 Fortis ut mors dilectio. *Cant.* 8, 6.

3 Nihil tam durum, quod non amoris igne vincatur. *Lib. de Mor. Eccl.* c. 22.

rece siempre no hacer nada ; se aflige siempre de hacer poco por Dios, y si le fuese dado morir por él, este seria su mayor contento. Mira casi como inútil todo lo que hace, porque el amor le descubre lo que Dios merece; ve cuan imperfectas son sus acciones, no encontrando en ellas sino pena y confusion; y reconociendo que todo cuanto hace es muy poco para tan grande Señor.

9. Oh! cuanto se engañan, esclama S. Francisco de Sales, aquellos que buscan la santidad fuera del amor de Dios. Las otras virtudes sin la caridad son como un monton de piedras, y de nosotros solos depende el poseer esta virtud de la caridad en toda su perfeccion, consagrándonos enteramente á Dios.

10. El Señor dijo un dia á santa Teresa: *Todo lo que no se hace para agradarme es vanidad.* ¡Qué no pueda yo grabar esta gran verdad en el corazon de todos los hombres! Una sola cosa es necesaria; no es

necesario ser rico acá en la tierra, hacerse estimar de los hombres, llevar una vida cómoda y regalada, tener dignidades, ser contado entre los sabios, nó: la única cosa necesaria es amar á Dios y hacer su santa voluntad. Para esto solo nos crió y nos conserva; por este solo medio podemos llegar al paraiso. Grabadme, dice el Señor, como un sello en vuestro corazon y en vuestro brazo, á fin de dirigir hácia mí todos vuestros pensamientos, todos vuestros deseos, y todas vuestras acciones; ponedme en vuestro corazon para que no entre en él otro amor que el mio, y en vuestro brazo, para que en todo cuanto haceis no tengais otro fin que yo [1]. Córrese, vuélase por la senda de la perfeccion desde el momento en que no se tiene otra mira que á Jesus crucificado y el deseo de agradarle.

11. Debemos, pues, poner todos

[1] Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum. Cant. 8. 6.

nuestros conatos en adquirir un verdadero amor hácia Jesucristo. ¿Quereis saber los caracteres de este amor? Vedlos aquí. El amor es *timorato*, su único temor es desagradar á Dios; es *generoso*, lleno de confianza en Dios, osa emprenderlo todo por la gloria de Dios; es *fuerte*, triunfa de las pasiones, de las tentaciones mas violentas, de las mayores angustias; es *obediente*, sigue desde luego á la voz de Dios; es *puro*, no amando sino á solo Dios, y amándole por la sola razon que merece ser amado; es *ardiente*, porque quisiera inflamar todos los corazones, y verlos consumidos de divino amor; *arrebata* el alma, y la hace vivir como fuera de sí misma, hasta el punto que ya no parece ocuparse en las cosas de la tierra, sino únicamente en amar á Dios; es *unitivo*, une estrechamente la voluntad de la criatura con la de su Criador; *suspira* sin cesar, llenando el alma de deseo de dejar la

tierra para unirse perfectamente á Dios en la patria de la bienaventuranza, y amarle allí con todas sus fuerzas.

12. Nadie mejor que S. Pablo señala los caracteres de la verdadera caridad y los medios de adquirirla. Sin la caridad, dice [1], el hombre es nada, y nada le es provechoso. Aun cuando se tuviese una fé que transportase las montañas de un lugar á otro, como hizo S. Gregorio el Taumaturgo; aun cuando se diesen á los pobres todos los bienes; aun cuando se llegase al punto de sufrir voluntariamente el martirio, todo esto, sin la caridad, y sin que se hiciese para complacer á Dios, de nada serviria. Pasa en seguida S. Pablo á indicarnos los caracteres de la verdadera caridad,

1 Etsi habuero omnem fidem, ita ut montes transferam, charitatem autem non habuero nihil sum. Et si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas, et si tradidero corpus meum, ita ut ardeam, charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest. *Cor*. 13.

y nos enseña la práctica de las virtudes que nacen de la caridad. *La caridad es paciente,* etc. Vamos pues á considerar estas santas prácticas, ya para conocer si tenemos verdaderamente el amor que debemos á Jesucristo, ya para conocer mejor en que virtudes hemos de ejercitarnos, principalmente para conservar y aumentar en nosotros este santo amor.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Amabilísimo y amantísimo corazon de mi Jesus, ¡ay de aquel que no os ama! Vos moristeis, ó mi Dios, en medio de los dolores mas vivos por la salud de todos los hombres; ¿como puede ser que vivan ellos en tan grande olvido de vuestros beneficios? ¡Ó esceso de amor, por parte de Dios! ¡Ó ingratitud inconcebible del hombre! Fijad los ojos, ó mortales, en el Cordero sin tacha; para vosotros espira sobre la

cruz, para satisfacer á la justicia de Dios por vuestros pecados y ganarse vuestro amor. Ved como ruega á Dios su Padre para que os perdone. ¿Pudierais mirarle y no amarle? ¡Ah, Salvador mio! cuan corto es el número de los que os aman! ¡Desgraciado de mí! ¿Como he podido pasar tantos años sin pensar en vos, y ofendiéndoos tantas veces? ¡Divino Redentor mio! no tanto me aflige la pena que he merecido, como el contemplar mi ingratitud á pesar del amor que me teniais. Dolores de Jesus, ignominias de Jesus, llagas de Jesus, muerte de Jesus, amor de Jesus, venid, penetrad tan hondo en mi corazon, que no os olvide jamás, y que quede abrasado de amor. Yo os amo, ¡ó Jesus mio! yo os amo, ó mi soberano bien! yo os amo, mi amor y mi todo: sí, os amo, y quiero amaros para siempre. ¡Ah! no permitais que yo os abandone y os pierda. Haced que sea yo todo de

vos; os lo pido, Señor, por los méritos de vuestra pasion y de vuestra muerte. Hacedlo, ¡ó mi Dios! Y vos, ¡ó María! reina mia, haced que ame á Jesucristo y á vos: vos lo podeis, ó Madre y esperanza mia, hacedlo pues.

CAPÍTULO V.

CHARITAS PATIENS EST.

El que ama á Jesucristo ama los padecimientos.

1. La tierra es un lugar de merecer, y por esto es un lugar de sufrir. No podemos ser completamente felices sino en el cielo, nuestra patria y nuestro eterno reposo. Poco tiempo pasamos en este mundo, y es-

te poco tiempo está lleno de penas [1]. No hay una sola persona que no haya de sufrir algo: todos los hombres, justos y pecadores, están obligados á llevar la cruz. El que la lleva de buen grado y con paciencia, se salva; el que la lleva con impaciencia, se pierde. Las mismas miserias, dice S. Agustin [2], son un medio de salud para unos, y de condenacion para otros. En el crisol de los sufrimientos, añade, se separa la paja del grano en la Iglesia del Señor. El que se humilla en las tribulaciones y se resigna en Dios, es el grano destinado al paraiso; al contrario, el que se engrie, se impacienta y abandona á Dios, es la paja destinada al infierno.

2. En el dia del juicio particular que ha de decidir de nuestra suerte eterna, para ser juzgado digno de la gloria, será preciso que

1 Homo natus de muliere brevi vivens tempore, repletur multis miseriis. *Job.* 14, 1.
2 Una eademque tensio bonos perducit ad gloriam, malos reducit in favillam.

nuestra vida se halle conforme con la de Jesucristo [1]. El Verbo descendió á la tierra para enseñarnos con su ejemplo á soportar con paciencia las cruces que Dios nos envia [2]. Jesucristo quiso sufrir para alentarnos en los sufrimientos. ¿Cuantas ignominias, cuantas penas sufrió durante su vida? El profeta le llama [3] el último de los hombres, el hombre de dolores, porque toda la vida Jesucristo estuvo lleno de penas y de dolores.

3. De la misma manera que trató Dios á su muy amado Hijo, trata tambien á aquellos que él ama, y que acepta por hijos suyos [4]. Jesucristo dijo un dia á Sta. Tere-

1 Nam quos præscivit, et prædestinavit conformes fieri imaginis filii sui. *Rom.* 8, 29.

2 Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. *S. Petr.* 2, 21.

3 Despectum, novissimum virorum, virum dolorum. *Isa.* 53, 3.

4 Quem enim diligit Dominus, castigat; flagellat autem omnem filium, quem recipit. *Heb.* 12, 6.

sa : *Has de saber, hija mia, que las almas mas amadas de mi Padre son las que mas sufridas se muestran sobre la tierra :* así que, cuando la Santa se veia agobiada de penas, decia que no las cambiara por todos los bienes de este mundo. Despues de su muerte, se apareció á una de sus hermanas y le reveló que ella estaba magníficamente recompensada en el cielo, no tanto por sus buenas obras, como por las penas que habia sufrido gustosa durante su vida por el amor de Dios : y que si hubiese podido entrar en deseos de volver al mundo, hubiera sido únicamente para poder sufrir algo mas por Dios.

4. El que ama á Dios y sufre, hace una doble ganancia para el paraiso. S. Vicente de Paul decia que era una grande desgracia no sufrir nada en este mundo, y que una congregacion ó una persona que no sufre, y á quien aplaude todo el mundo, está á punto de caer.

S. Francisco de Asis el dia que no sufria nada temia que Dios no le hubiese casi olvidado. Declara san Crisóstomo que cuando Dios concede á alguno la gracia del sufrimiento, le da una gracia mayor que si le concediese el poder de resucitar los muertos, porque en los milagros el hombre se hace deudor á Dios, y en los sufrimientos Dios es es el que en cierto modo se hace deudor al hombre. El que sufre alguna cosa por Dios, quedaria ya bastante recompensado, aun cuando no recibiese otro don que el de poder sufrir por el Dios á quien ama; y añadia que estimaba mas la gracia que S. Pablo habia recibido de ser encadenado por Jesucristo, que la de ser arrebatado al tercer cielo.

5. Nada mas agradable á Dios que una alma que sufre con paciencia y con tranquilidad las cruces que le envia [1]. El amor hace al que

[1] Patientia autem opus perfectum habet. *Jac.* 1, 4.

ama semejante á la persona amada. S. Francisco de Sales decia : *Todas las llagas del Redentor son otras tantas bocas que nos enseñan como debemos sufrir por él. El sufrir constantemente por Jesucristo es la ciencia de los santos, y por este medio no tardaremos á ser santos*. El que ama al Salvador desea ser como él, pobre, paciente y menospreciado. Vió san Juan á todos los santos vestidos de blanco con palmas en la mano [1] : la palma es el emblema del martirio; y no obstante no todos los santos han sido martirizados. ¿Como pues llevan todos su palma? Porque todos los santos, responde S Gregorio, han sido mártires, ó por el hierro, ó ejercitando su paciencia; todos nosotros, pues, podemos y debemos ser mártires de uno ó de otro modo.

6. Todo el mérito de una alma que ama á Jesucristo consiste en

[1] Amicti stolis albis, et palmæ in manibus eorum. *Apoc.* 7, 9.

amar y en sufrir. El Señor dijo á Sta. Teresa : ¿Crees, hija mia, que todo el mérito consiste en los consuelos? Nó: consiste en los sufrimientos y en el amor. Considera mí vida, y la verás toda llena de penas. Sí, hija mia, persuádete que cuanto mas ama á un alma mi Padre celestial, tantas mas cruces le envia. ¿Ves esas llagas? Jamás tus dolores llegarán á tanto. Creer que se puede ser amado de mi Padre sin sufrir, es un error. Sta. Teresa añade para nuestro consuelo : Nunca envia Dios aflicciones sin recompensarlas luego con algun favor. Jesucristo se apareció un dia á la bienaventurada Varani, y le dijo : que los mas grandes favores que concede á los que ama son : 1°. no pecar; 2.° hacer el bien, y esto es ya mas. 3.° Sufrir por su amor, y este es el colmo de los favores. Así pues, decia Sta. Teresa, que cuando hacia alguna buena obra por Dios, éste la recompensaba con al-

guna afliccion. Los santos no recibian afliccion alguna sin dar por ella gracias á Dios. S. Luis, rey de Francia, dice, hablando de su cautividad en Turquía: Estuve mas gozoso y dí mas gracias á Dios por la paciencia que me concedió en mi cautiverio, que si hubiese conquistado toda la tierra. Sta. Isabel, princesa de Thuringe, desterrada con su hijo de sus estados despues de la muerte de su marido, y desamparada de todo el mundo, fuese á un convento de Franciscanos é hizo cantar el *Te-Deum* en accion de gracias de que Dios le concedia la preciosa gracia de sufrir por su amor.

7. S. José de Calasanz decia que eran muy pocos todos los padecimientos posibles para ganar el paraiso. Esto se conforma con las palabras del Apóstol: *No son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros* [1].

1 Non sunt condignæ passiones hujus tempo-

8. Seria una gran dicha sufrir por toda nuestra vida todos los tormentos que han padecido los mártires para gozar un solo instante del paraiso; y ¿como dejaremos de abrazar con todo nuestro corazon las cruces que Dios nos envia, cuando sabemos que estos cortos sufrimientos nos alcanzarán una dicha eterna? *Lo que aqui es para nosotros de una tribulacion momentánea y ligera, nos merece una gloria cuya solidez y escelencia es infinita, eterna, é incomparable*[1]. S. Agapito, siendo niño todavía, lejos de aterrorizarse por la amenaza que le hacia el tirano, de meterle un casco ardiente en la cabeza, le respondió: *¿Que mayor honra puede caberme que perder mi cabeza acá en la tierra para verla coronada en el cielo?* S. Francisco decia tambien: *Es tan grande el bien que espero,*

ris ad futuram gloriam, que rebelabitur in nobis. *Rom.* 8, 18.

1 Momentaneum, et leve tribulationis nostræ æternum gloriæ pondus operatur nobis. 2. *Cor.* 4, 17.

que endulza todas mis penas. Cualquiera que desee conseguir el cielo debe combatir y sufrir [1]. No puede haber recompensa sin mérito, ni mérito sin paciencia [2]. El mayor premio esta reservado á la paciencia mas perfecta. Cuando se trata de los bienes de la tierra, los hombres procuran siempre amontonar cuantos mas pueden; mas por los bienes eternos, bástanos, dicen, *tener un rincon en el paraiso*. ¡Que locura! No así obran los santos; conténtanse de todo, y se despojan hasta de sus riquezas temporales; mas en cuanto á los bienes eternos, se esfuerzan en ganar los mas que pueden. ¿De qué lado está la prudencia?

9. Si no hablamos sino de la vida presente, es cierto que el que sufre con mas paciencia, disfruta de una paz mas duradera. Decia san

[1] Si substinebimus, et corregnabimus. 2. *Tim.* 2, 7.

[2] Non coronabitur, nisi legitime certaverit. 2. *Tim.* 2, 5.

Felipe Neri, que en este mundo no habia purgatorio, sino que todo es ó paraiso ó infierno: las tribulaciones son una especie de paraiso para el que las sufre con paciencia; pero son una especie de infierno para el que no tiene paciencia, porque, segun Sta. Teresa, el que abraza voluntariamente las cruces que Dios le envia, no siente su peso. S. Francisco de Sales, hallándose abismado en grandes tribulaciones, decia: Algun tiempo hace que las contradicciones y las oposiciones que siento me hacen gustar una paz incomparable; ellas me presagian la cercana y estable union de mi alma con Dios, y esta es en realidad todo lo que ambiciona y anhela mi corazon. No es posible hallar la paz con una vida desarreglada, sino únicamente cuando estamos unidos á Dios y á su voluntad. Un misionero de la India asistia al suplicio de un criminal, y éste le llamó y le dijo: Sabed, Padre mio, que yo era en otro tiempo

de la misma órden que vos: mientras observé la regla vivia muy contento; mas desde que empezé á relajarme lo encontré todo tan penoso, que llegué á abandonar la vida religiosa para entregarme á los vicios, que me han al fin conducido á este infeliz estado. Os lo digo, añadió, para que mi ejemplo pueda ser útil á los demas. El Padre Luis Dupont decia: *Considera como amargo lo que hay de dulce en la vida, y como dulce lo que es amargo, y vivirás siempre en paz.* Y así es, porque las dulzuras agradan á los sentidos, mas á causa de la criminal complacencia de que suelen ir acompañadas, dejan en el alma la hiel de los remordimientos; en tanto que las amarguras, si se toman con paciencia y por el amor de Dios, llenan el alma de una inefable dulzura.

10. Vivamos íntimamente persuadidos de que en este valle de lágrimas no puede gozarse de una verdadera paz de corazon si no se sufren

las tribulaciones y las penas con una verdadera paciencia y para agradar á Dios. Tal es el estado á que nos redujo el pecado. La situacion de los santos en la tierra es de sufrir amando; el de los santos en el cielo es de gozar amando. El P. Pablo Señeri aconsejaba á una de sus penitentes, para animarla á sufrir, que colocase al pié del Crucifijo estas palabras: *Así es como se ama.* No es el sufrir sino el querer sufrir por el amor de Jesucristo la señal mas cierta de que se le ama. ¡Qué puede haber mas de precioso, decia santa Teresa, que el tener alguna certidumbre de que se agrada á Dios! Mas ¡ay! la mayor parte de los hombres, se espantan al solo nombre de cruz, de humillacion y de pena. Con todo, hállanse algunas almas que hallan todo su placer en sufrir para agradar á Dios, y que estarian casi inconsolables si viviesen acá en la tierra sin sufrir. El aspecto de Jesus crucificado, decia

una piadosa persona, me hace tan amable la cruz, que me parece no puedo ser feliz sin sufrir. El amor de Jesucristo me basta para todo. ¿Cual es el consejo que da el Salvador al que quiere seguirle? *Tomar y llevar su cruz* [1]. Mas es preciso tomarla y llevarla, no por fuerza ni con repugnancia, sino con humildad, paciencia y amor.

11. No es posible espresar cuan agradable se hace á Dios el que abraza con humildad y paciencia las cruces que él le envia. Decia S. Ignacio de Loyola: *no hay leño mas propio para producir y conservar el amor de Dios que el de la cruz*, es decir, amar á Dios, en medio de los sufrimientos. Sta. Gertrudis preguntaba un dia al Señor, que podia ofrecerle que mas grato le fuese. *Hija mia*, le respondió, *el soportar con paciencia todas las tribulaciones que te sobrevengan*. La fiel sierva de

1 Tollat crucem suam, et sequatur me. *Luc.* 9, 23.

Dios, Victoria Angelini, aseguraba, que un dia pasado en los sufrimientos era preferible á cien años consagrados á todos los demas ejercicios espirituales. El Padre Juan de Avila declaraba : *Que decir una sola vez : ¡ Bendito sea Dios ! en la adversidad, vale mas que mil acciones de gracias en la prosperidad.* ¡ Ah ! si conociesen los hombres todo el precio de los sufrimientos ; serian estos al momento objeto de rapiña, es decir, que procurarian arrebatarse mútuamente las ocasiones de sufrir por Dios. Era tan grande este amor á los sufrimientos en santa María Magdalena de Pazzi, que le hacia desear se prolongase su vida antes que morir y volar al cielo, porque en el cielo no se puede sufrir.

12. El único blanco de un alma que ama á Dios es unirse á él toda entera; mas para llegar á esta perfecta union oigamos lo que piensa Sta. Catalina de Génova. Para lle-

gar á la union con Dios menester es pasar por el crisol de la adversidad: en este crisol es donde destruye Dios todo lo malo que hay en nosotros. Así que, las injurias, los desprecios, las enfermedades, el abandono de nuestros parientes y amigos, las confusiones, las tentaciones y otras cosas semejantes nos son muy necesarias para que luchemos, hasta tanto que por medio de las victorias lleguemos al fin de estinguir en nosotros todo movimiento desordenado, sin que lo sintamos mas. Jamás, empero, llegaremos á esta union divina, hasta que las adversidades nos parecerán dulces por respeto al Señor.

13. Concluyamos de todo esto que un alma que desea darse toda á Dios debe resolverse, como lo enseña S. Juan de la Cruz, á buscar en esta vida no como disfrutar sino como sufrir en todas las cosas, y abrazar con actividad todas las mortificaciones voluntarias, y mas aun

las involuntarias, que son mas gratas á Dios. Dice Salomon que un hombre paciente es mas estimable que un hombre valeroso [1]. Dios ama al que mortifica su carne con ayunos, con cilicios, con disciplinas por el valor que manifiesta en estas mortificaciones; pero ama mas al que sufre con paciencia y alegría las cruces que le envia la Providencia. S. Francisco de Sales decia: Que las mortificaciones que nos vienen de la parte de Dios, ó de los hombres por permision de Dios, son siempre mas preciosas que las que nacen de nuestra propia voluntad. Las mortificaciones son tanto mas gratas á Dios y ventajosas á nosotros mismos, en cuanto son menos de nuestra eleccion. Cree tambien Sta. Teresa, *que mas se gana en un solo dia por las aflicciones que nos vienen de Dios ó de los hombres, que en diez años de mortifica-*

1 Millor est patiens viro forti. *Prov.* 16, 32.

ciones de eleccion propia. Confesaba Sta. María Magdalena de Pazzi que no habia en el mundo pena tan grande que ella no hubiese sufrido con alegría, pensando que venia de Dios; y en efecto, en la áspera prueba que estuvo sufriendo por espacio de cinco años, bastaba recordarle que tal era la voluntad de Dios para volver la calma á su corazon agitado. ¡ Ah ! para adquirir á todo un Dios, á este tesoro infinito, cueste lo que costare, decia el P. Durazo, es siempre bien poco.

14. Roguemos, pues, al Señor que nos haga dignos de su amor : si con perfeccion le amamos, todos los bienes de la tierra no nos parecerán mas que un humo, un nada, y hallaremos nuestras delicias en las ignominias, en los sufrimientos. He aquí lo que dice S. Crisóstomo de un alma que se ha entregado enteramente á Dios. Cuando se ha llegado al amor perfecto de Dios, se halla uno como si fuese sobre la tier-

ra; ya no se hace caso ni de la gloria ni de la ignominia; se desprecian las tentaciones y los sufrimientos; piérdese el gusto y el deseo de todo lo humano; y no hallando en cosa alguna apoyo ni reposo, abandónase incesantemente y sin descanso á buscar únicamente al que ama, por manera que ora trabaje, ora coma, ya vele, ya esté durmiendo, en todos sus pensamientos, sus palabras y sus acciones no tiene mas objeto que encontrar al imán único de su amor, porque el corazon reposa allá donde está su tesoro. En este capítulo hemos hablado de la paciencia en general, y en el capítulo XIV indicaremos los casos particulares en los que debemos especialmente ejercitar esta paciencia.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Jesus, mi tesoro y mi todo, mis culpas pasadas debieran hacerme indigno de amaros. Pero vos, ó Dios

mio, por los méritos de vuestra Pasion, hacedme digno de vuestro puro amor; haced que yo os ame sobre todas las cosas, y que me arrepienta con todo mi corazon de haberos en otro tiempo despreciado y arrojado de mi alma por el pecado; entretanto, Señor, yo os amo mas que á mí mismo; os amo con todo mi corazon, ¡ó bien infinito! os amo, sí, dejádmelo repetir; yo os amo, y todos mis deseos se cifran en amaros con un amor perfecto, y todo lo que temo es verme privado de vuestro amor. ¡Ah! mi divino Redentor! hacedme conocer lo que sois, y el amor que me habeis manifestado para obligarme á amaros! no permitais ya mas que sea yo ingrato despues de tantos beneficios: harto lo he sido en lo pasado; ya no quiero mas abandonaros: toda la vida que me queda quiero emplearla en amaros y en compláceros. Jesus, amor mio, ayudadme; ayudad á un pecador miserable que quiere

amaros y ser todo vuestro. ¡O María! vos sois mi esperanza; y vuestro Hijo está siempre dispuesto á escucharos; rogad á él por mí y alcanzadme la gracia de amarle perfectamente.

CAPÍTULO VI.

CHARITAS BENIGNA EST.

El que ama á Jesucristo practica la mansedumbre.

1. El espíritu de dulzura es el espíritu propio de Dios [1]. Así el alma que ama á Dios, ama tambien á todos los que son amados de Dios, es decir, á todos los hombres; bus-

[1] Spiritus enim meus super mel dulcis. *Eccl.* 24, 27.



ca todos los medios de socorrerlos, de consolarlos y de satisfacerlos á todos cuanto es posible. S. Francisco de Sales, el maestro y modelo de la santa dulzura, se espresa así: *La humilde dulzura es la virtud de las virtudes que Dios tanto nos recomienda, y por esto ha de practicarse en todo tiempo y en todo lugar.* Lo que veais se puede hacer con amor hacedlo, y dejad lo que no puede hacerse sin altercato, es decir, lo que puede omitirse sin pecar; pues cuando nos vemos obligados á impedir la ofensa de Dios, debemos oponernos todas las veces y tan luego como podamos.

2, Se debe con especialidad usar de dulzura con los pobres y con los enfermos; con los primeros, porque se ven ordinariamente maltratados á causa de su pobreza; con los segundos porque se hallan afligidos por su enfermedad, y á menudo poco socorridos. Pero sobre todo debemos ser dulces con nues-

tros enemigos : *Vence el mal con el bien*[1]. Hemos de vencer el ódio por medio del amor, y la persecucion con la dulzura. Así han obrado los santos, y por este medio se han conciliado el afecto de sus enemigos mas encarnizados.

3. Nada edifica tanto al prójimo, dice S. Francisco de Sales, como la dulzura en el modo de portarse; así es que todo anunciaba en él esta hermosa virtud: su aire, sus palabras, sus maneras, todo era dulzura. S. Vicente de Paul decia no haber nunca conocido hombre mas dulce; añadiendo, que le parecia encontrar en él la imágen viviente de la bondad del Salvador. ¿Negaba quizás algun favor, que no hubiera podido dispensar sin herir su conciencia? vestia su negativa de tanta caridad, que quien solicitaba el favor se retiraba contento, aun cuando nada hubiese obtenido.

1 Vince in bono malum. *Rom.* 12, 21.

Era igualmente dulce con todo el mundo, superiores, iguales, inferiores, tanto en medio de su familia como entre los estraños, bien diferente de aquellos que, como él mismo dice, parecen ángeles en casa de los otros, y demonios en la suya. Nunca se quejaba de las faltas de sus domésticos, y si raramente les daba alguna advertencia, era siempre con la mayor dulzura; calidad muy recomendable en un superior, que debe usar de toda la dulzura posible con sus subalternos, y que, aun cuando les impone algun cargo debe mas bien pedir que mandar. Dice S. Vicente de Paul que los superiores para hacerse obedecer no tienen medio mejor que la dulzura; y Sta. Juana de Chantal decia: he probado muchos modos de gobernar, pero el mejor que he encontrado es el que tiene la dulzura por fundamento.

4. Hasta en las correcciones ha de portarse con dulzura el superior.

Una cosa es reprender con energía, otra cosa es hacerlo con acrimonía; á veces debemos reprender con fuerza, cuando la falta es grave y reiterada despues de hallarse advertido el delincuente; pero cuidado el reprender con aspereza y en tono colérico: con esto se hará mas mal que bien, y este seria el zelo amargo que reprueba el apóstol Santiago. No faltan quienes se glorian de tener por este medio toda su familia á la raya del respeto, y dicen que así es como debe gobernarse. Pero el apóstol Santiago dice todo lo contrario [1]. Si en algun caso raro es preciso hablar con alguna severidad para hacer sentir la gravedad de la falta, débense al fin añadir algunas palabras de bondad. Las heridas han de curarse, como hizo el Samaritano, con el vino y el aceite. Mas así como el aceite sube sobre todos los otros licores, así, di-

[1] Quod si zelum amarum habetis... nolite gloriari. *Jac.* 3, 14.

ce S. Francisco de Sales, preciso es que en todas nuestras acciones domine la bondad. Cuando la persona que ha de ser reprendida se halla turbada é inquieta, se ha de diferir la correccion hasta que se haya sosegado: de lo contrario solo se lograria irritarla mas. S. Juan, canónigo reglar, decia: *Cuando ar de la casa no se ha de añadir leña al fuego*.

5. El mismo Jesucristo es el que nos enseña este espíritu de dulzura [1]. Vosotros no sabeis el espíritu que os anima, dijo á los discípulos Juan y Jaime, cuando querian que castigase á los de Samaria que los habian arrojado de su pais. ¡Ah! les dice el Señor, ¿que espíritu es este? No es el mio por cierto. El mio es un espíritu de dulzura y de bondad. No he venido yo para perder las almas sino para salvarlas [2]. ¡Y vosotros me incitais á

1 Nescitis, cujus spiritus estis. *Luc.* 9, 55.
2 Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare. *Luc.* 9, 56.

que las pierda! callad, y no me hagais mas semejantes demandas opuestas á mi espíritu. En efecto ¿con que dulzura no trató á la muger adúltera [1]? Contentose con avisarla que no pecase mas, y la despachó en paz. Con la misma dulzura convirtió la Samaritana. Ante todo le pidió de beber, luego le dijo: *¡Oh! si supieras quien es el que te pide de beber!* algo despues le reveló que él era el Mesías esperado. ¡Cuanta dulzura no empleó para mover á Judas á que se convirtiese! Le recibió en su mesa, le lavó los pies, y en el momento mismo en que el traidor le vendia, le dijo: *Judas, ¿con que tú me vendes por un beso?* Pedro le niega: y ¿como le gana Jesus? No le reprende, sino que al salir de la casa del pontífice, le arroja una tierna mirada, y le convierte: y le convierte hasta tal punto que Pedro lloró toda su vida

1 Mulier, nemo te condemnavit, nec ego te condemnabo... Vade, et jam amplius noli peccare. *Jo.* 8, 10 *et* 11.

la injuria que habia hecho á su Maestro.

6. Mucho mas se gana con la dulzura que con la severidad. Decia S. Francisco de Sales, que por de pronto nada hay mas amargo que la nuez de algunos árboles; pero que confitándola se vuelve dulce y agradable; asimismo las correcciones por mas desagradables que en sí sean, se hacen amables y útiles cuan se dan con dulzura y con bondad. S. Vicente de Paul nos enseña que en toda su vida no habia dado sino tres reprimendas severas, y que se arrepentia de ello, porque, aunque creyese tener muy buenas razones para obrar así, habian tenido sin embargo un mal éxito: cuando las que habia dado con dulzura tuvieron siempre un buen efecto.

7. S. Francisco de Sales por su dulzura lograba de los demas todo cuanto queria, y hasta le sucedió convertir á Dios los mas obstinados pecadores. El mismo era el espíritu

de S. Vicente de Paul, el cual daba entre otras esta leccion á sus misionistas: La afabilidad, el amor y la humildad tienen una fuerza maravillosa para ganar los corazones de los hombres, y llevarlos á abrazar las cosas mas repugnantes de la naturaleza. Una vez este santo remitió á un padre de su compañía un grande pecador para convertirle; pero fué en vano: el sacerdote rogó al santo que se dedicase á ello; este lo emprendió y le convirtió. Declaró despues este pecador que la dulzura y la caridad del santo habian ganado su corazon. Así es que S. Vicente no podia sufrir que sus misionistas tratasen á sus penitentes con dureza, asegurándoles que el demonio se sirve de la dureza de algunos eclesiásticos para perder las almas.

8. Es menester ser dulce y afable con todo el mundo, en todo tiempo y en todo lugar. Observa S. Bernardo que algunos son afables y dul-

ces mientras todo va á su gusto; pero les sobreviene una contradiccion, una adversidad, se encienden en cólera, y arrojan una humareda como el monte Vesubio: parécense carbones en ascua ocultos debajo ceniza. El que anhela de veras su santificacion debe ser en esta vida como un lirio entre espinas; aunque las espinas hieran, el lirio jamás deja de ser lirio, es decir, igualmente dulce y agradable. El que ama á Dios, conserva la paz en su corazon, y la manifiesta en su semblante, siempre igual en la adversidad y en la desgracia.

9. En la adversidad es en donde se conoce á los hombres. San Francisco de Sales amaba tiernamente el órden de la Visitacion, que tantos trabajos le habia costado; le vió muchas veces en peligro, á causa de las persecuciones que tuvo que sostener. Mas el santo conservó siempre una paz inalterable y una entera resignacion á la volun-

tad de Dios, si hubiese querido la destruccion de este órden. Entonces fué cuando dijo aquellas palabras: De algun tiempo á esta parte las oposiciones y las contradicciones que esperimento me hacen gozar de una profunda paz, y me presagian la próxima union de mi alma con Dios; este es el único deseo de mi corazon.

10. Cuando nos veamos obligados á responder á alguno que nos insulta, procuremos hacerlo con dulzura: una respuesta dulce apaga el fuego de la cólera [1]. Si nos conocemos movidos, vale mas callar, pues hablaríamos fuera de tino, y cuando sosegados, veríamos que todas nuestras palabras eran culpables.

11. Cuando hemos cometido una falta, debemos tambien ser dulces con nosotros mismos. Irritarse contra sí mismo, despues de una falta, no es humildad sino orgullo; no es

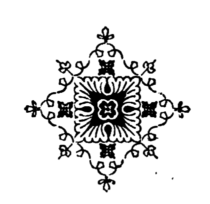
1 Responsio mollis frangit iram. *Prov.* 15. 1.

esto creer que nosotros somos flacas y miserables criaturas. Sta. Teresa decia, *que toda humildad que trae el alma agitada no viene de Dios sino del demonio.* Irritarse contra sí propio, despues de haber pecado, es una falta mayor que la primera, una falta que arrastra consigo muchas otras, tales como la omision de nuestras devociones ordinarias, de la oracion, de la comunion; ó si las hacemos las haremos mal. Decia S. Luis Gonzaga, que el diablo pesca en el agua turbia. Cuando el alma se halla turbada conoce muy debilmente á Dios, y lo que debe hacer ella. Cuando hemos cometido una falta, corramos á Dios con humildad y confianza, y pidámosle perdon, diciéndole con Sta. Catalina de Génova: Señor, estos son los frutos de mi cosecha; yo os amo con todo mi corazon; yo os he ofendido; de ello me arrepiento; no quiero hacerlo mas; dadme vuestro auxilio y vuestra gracia.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Lazos felices que unís las almas con Dios, unidme tambien á él, y estrechadme tan íntimamente, que no pueda jamás separarme de su amor. Jesus mio, yo os amo, vos sois el tesoro, la vida de mi alma: yo me abandono, y me doy todo enteramente á vos, y quiero amaros para siempre. Para espiar mis pecados quisisteis ser encadenado como un criminal, conducido á la muerte, clavado en una cruz, quedando en ella hasta morir. ¡Ah! por los méritos de tantos padecimientos, no permitais, os ruego; que me separe nunca de vos. Me arrepiento mas que de todo otro mal cualquiera, de haberos ofendido, y me propongo, mediante vuestra santa gracia, morir antes que reincidir en pecado alguno, tanto grave como ligero. Mi dulce Jesus, á vos me entrego: os amo de todo mi co-

razon, os amo mas que á mí mismo. Yo os ofendí; morir quisiera de dolor por tal desdicha: haced que sea yo todo de vos. Renuncio á todos los consuelos sensibles: á vos solo deseo, y nada mas. Dadme vuestro amor, y haced de mí lo que os plazca. Ó María, mi esperanza! unidme á Jesus, y haced que viva y muera en una estrecha union con él para ir á poseerle un dia en la gloria, en donde no temeré ya mas ser separado de su amor.



CAPÍTULO VII.

—

CHARITAS NON OEMULATUR.

El alma que ama á Jesucristo no tiene envidia á los grandes de la tierra, sino tan solo á los que mas aman á Jesucristo.

1. Esplica S. Gregorio este tercer carácter de la caridad, y dice que no es envidiosa; porque no sabria envidiar á los mundanos sus grandezas terrestres, supuesto que lejos de desearlas, las desprecia [1]. Hemos, pues, de distinguir entre dos especies de envidias, la una buena, la otra mala. La mala se aflige

[1] Non æmulatior, quia per hoc, quod in præsenti mundo nihil appetit, invidere terrenis successibus nescit. *Moral. lib.* 10. *c.* 8.

á motivo de los bienes terrenos que los otros poseen. La santa envidia no tiene pues por objeto las grandezas del mundo, ya que las mira con compasion. Todo lo que ella busca es Dios, y todo su deseo es amarle con todo su corazon. Por esto tiene envidia á los que le aman mas que ellas, porque quisiera esceder en amor á los mismos serafines.

2. Tal es el único fin que el verdadero fiel se propone acá en la tierra, fin que inspira tanto amor á Dios, que le hace decir: *Con el uno de tus ojos llagaste mi corazon* [1]; pues por este ojo se significa el fin que el alma se propone en todos sus pensamientos y acciones, á saber, agradar á Dios. Las gentes de mundo tienen muchos fines desarreglados en sus acciones, como agradar á los hombres, darse honra, amontonar

[1] Vulnerasti cor meum soror mea sponsa, vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum. *Cant.* 4. 9.

riquezas, ó á lo menos, contentarse á sí mismos. Pero el cristiano no tiene sino un solo ojo para mirar á Dios en todo, y complacerle; esclamando como David [1]: ¡Que tengo que desear en la tierra y en el cielo, ¡ó Dios mio! sino solo vos! Sí, vos sois todo mi tesoro; vos solo sois el dueño de mi corazon. Yo no envidio, decia S. Paulino, á los ricos sus tesoros, ni á los reyes su corona: vos solo, ó mi Jesus, sois mi gloria y mi felicidad.

3. No basta hacer buenas obras, sino que es preciso hacerlas bien. Para que nuestras obras sean buenas y perfectas, es menester que se hagan con mira de agradar á Dios. Tal es el elogio que se da á Jesucristo, que hizo bien todas las cosas. Muchas acciones, loables por otra parte en sí mismas, dejarán de ser meritorias, ó lo serán poco con respecto á

1 Quid mihi est in cœlo? et a te quid volui super terram? Deus cordis mei, pars mea Deus in æternum. *Ps.* 72, 25 *et* 26.

Dios, porque no habrán sido puramente dirigidas á la gloria del Señor. Sta. María Magdalena de Pazzi decia, *que Dios recompensa nuestras buenas obras á proporcion de nuestra pureza de intencion*, es decir: que cuanto mas pura sea nuestra intencion, mas recompensadas serán de Dios nuestras acciones. Mas ay! cuan dificil es encontrar una accion hecha solamente por Dios! Un religioso muy avanzado en años, muerto últimamente en olor de santidad, despues de haber trabajado mucho por Dios, arrojando una mirada sobre toda su vida, me dijo asustado: *Ah! Padre mio, de todas las acciones de mi vida, no hallo una sola que sea hecha únicamente por Dios!* Maldito sea el amor propio que nos hace perder todo, ó una gran parte del fruto de nuestras buenas obras! A menudo sucede, hasta en los empleos mas santos, como de predicador, de confesor, de misionero, que se trabaja mucho y se alcanza poco,

porque lejos de trabajar únicamente por Dios, solo se tiene presente la gloria mundana, el interés, ó cuando menos, su propia inclinacion.

4. Guardaos, dice el Señor, de hacer el bien para ser vistos de los hombres, de lo contrario, no recibireis premio alguno del Padre celestial [1]. El que trabaja para satisfacer su gusto, ha recibido ya su recompensa; pero una recompensa que se reduce á un poco de humo, á una satisfaccion efímera que pasa sin dejar provecho alguno en el alma. El profeta Ageo declara, que aquel que trabaja por otro fin que el de agradar á Dios, pone los frutos de su trabajo en un saco sin fondo, en donde no halla nada cuando le abre [2]. Resulta de ahí, que si despues de

1 Attendite, ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis, alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in cœlis est. *Matth.* 6. 1.

2 Et qui mercedes congregavit, misit eas in sacculum pertusum. *Aggæi.* 1, 6.

haberse tomado mucha pena no llega al término que se propuso, cae en la turbacion y en la inquietud. He aquí una prueba de que no tenia por mira la sola gloria de Dios: el que no trabaja sino para la gloria de Dios no se conturba aun cuando la cosa no tenga éxito; pues habiendo obrado con la recta intencion de agradar á Dios, ha logrado ya el fin que deseaba.

5. Ved los señales por los que se puede conocer si una persona ocupada en asuntos espirituales obra solamente por Dios: 1.° Si cuando no le sale bien no se turba, pues no queriéndolo Dios, tampoco lo quiere ella: 2.° si se alegra tanto por el bien que han hecho los otros, como si ella misma le hubiese obrado: 3.° si no desea mas un empleo que otro, sino que se adhiere únicamente al que le señalan sus superiores: 4.° si despues de estas acciones ni busca elogios, ni recompensas; y por consiguiente, si se la critica no

se aflige por ello sino que se contenta únicamente de haber contentado á Dios: si siendo aplaudida y alabada, no se envanece, sino que da á la vanagloria la respuesta que le hacia el venerable Juan de Avila: *Vete, tarde has llegado, cuando tengo ya consagrada toda esta obra á Dios.*

6. Este es el medio para entrar en el gozo de Señor, alegrándose de lo que place á Dios, como el servidor fiel [1]. Si tenemos la dicha de hacer alguna cosa que agrade á Dios, dice S. Crisóstomo, ¿qué mas queremos [2]? ¿No es la mayor recompensa, la mayor felicidad que puede caber en la criatura el agradar á su Criador?

7. Esto es lo que exige Jesucrísto de una alma que le ame [3]. Quie-

1 Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, intra in gaudium Domini tui. *Matth.* 25, 23.

2 Si dignus fueris agere aliquid quod Deo placet, aliam præter id mercedem requiris? *Chrysost. lib.* 2 *de Compunct. cord.*

3 Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum. *Cant.* 8, 6.

re que ella le ponga como un sello sobre su corazon y sobre su brazo, á fin de que no emprenda ni haga jamás cosa alguna sino para complacer á Dios, y que Dios sea siempre el único objeto de sus pensamientos y de sus acciones. El que quiere ser santo, dice Sta. Teresa, no debe tener otro deseo que agradar á Dios. Toda accion hecha por Dios, por pequeña que sea de otra parte, es superior á todo precio. Y la razon es, porque todo lo que se hace con la mira de agradar á Dios es un acto de caridad, que nos une por consiguiente á Dios, y nos procura los bienes eternos.

8. Dícese que la pureza de intencion es la alquimia celeste que tiene la virtud de cambiar el hierro en oro, es decir, de transformar en oro de santo amor las acciones mas humildes, como el trabajo, el reposo, las recreaciones. Por esto pensaba Sta. María Magdalena de Pazzi, que los que obran siempre con

esta pura intencion van directamente al cielo sin pasar por las llamas del purgatorio. Refiérese en el *Tesoro espiritual*, tom. IV. cap. 4, que un santo solitario al empezar cualquier accion tenia costumbre de levantar los ojos al cielo: y preguntándosele el motivo, respondió: *trato de asegurar mi golpe*. Es decir, que, como el cazador, empezaba ante todo por fijar la vista en su objeto, que era Dios, á fin de no errar el golpe, que era agradar á Dios. Y esto es lo que debemos hacer nosotros al comenzar cualquiera accion, y aun durante ella, renovando de tiempo en tiempo nuestra intencion de agradar á Dios.

9. Aquellos que en todas sus acciones no tienen otra mira que la voluntad del Señor, disfrutan y saborean aquella santa libertad de espíritu, posesion esclusiva de los hijos de Dios, libertad que les hace abrazar todo cuanto place á Jesucristo, á pesar de toda la repugnancia

del amor propio ó del respeto humano. El amor de Dios constituye en una indiferencia absoluta lo dulce, lo amargo; todo es igual. Renunciase á las propias inclinaciones para no querer sino aquello que agrada á Dios, y con la misma tranquilidad ocupan las cosas pequeñas ó agradables; basta que aquellas á que nos dedicamos agraden á Dios.

10. Muchas personas hay que quieren servir á Dios, pero en tal empleo, en este lugar, con tales compañeros, y en circunstancias de su gusto; de otro modo ó no le sirven, ó le sirven de mala gana. No gozan estas almas de verdadera libertad de espíritu, sino que son esclavas del amor propio; motivo por el cual tienen poco mérito hasta en el bien mismo que hacen, y se hallan siempre inquietas, porque el yugo de Jesucristo se les hace pesado. Aquellos por el contrario, que aman de veras al Señor, no hallan gusto sino en hacer lo que le agra-

da, y en hacerlo en el tiempo, lugar y manera que le agrada: estando siempre tan contentos en la bajeza y en la obscuridad como en los honores y dignidades. He aquí lo que hace el verdadero amante de Jesucristo; esto es tambien lo que debemos hacer combatiendo las instigaciones del amor propio, que nos hace desear empleos honoríficos y análogos á nuestras inclinaciones.

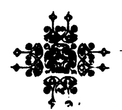
11. Esta indiferencia ha de llegar hasta á nuestros ejercicios espirituales, por manera que estemos prontos á abandonarlos tan luego como el Señor nos llame á otra parte. El Padre Alvarez hallándose un dia muy ocupado temia perder al Señor de vista si no se retiraba para orar: pero el Señor le reprendió, diciéndole: *Aunque no te tenga siempre conmigo, debe bastarte que me valga de ti.* Escelente aviso á aquellos que se inquietan cuando la obediencia ó la caridad les obligan á omitir sus prácticas de piedad; esta inquie-

tud no viene por cierto de Dios, sino ó del demonio, ó del amor propio. Agradar á Dios hasta morir; tal es la primera máxima de los santos.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Yo os ofrezco, Dios mio, todo mi corazon; mas ¡ay! ¿cual es este corazon que os ofrezco? Habia sido criado para amaros, y este corazon se ha rebelado mil veces contra vos; mas vedle ahora, Jesus mio, como se arrepiente de haberos ofendido, y os ama. Sí, ¡ó divino Redentor mio! yo me arrepiento de haberos despreciado, y estoy resuelto á obedeceros y amaros á toda costa. ¡Ah! por el amor que os llevó á morir sobre la cruz por mí, inspiradme tanto amor hácia vos, que os ame con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis fuerzas; que os ame mas que á mí mismo, ¡ó verdadero y único amigo de mi alma! Y ¿á quien querria amar yo en lugar

vuestro ? ¿ Quien como vos dió nunca su vida por mi salud ? ¿ Y yo no os amaria ? Ah ! no puedo pensar en mi pasada ingratitud sin derramar un torrente de lágrimas. ¡ Desdichado de mí ! yo estaba perdido, mas yo espero que por vuestra gracia vos me habeis vuelto la vida ; no quiero emplearla sino en amaros, ¡ ó mi soberano bien ! Haced pues que os ame, amor infinito: nada mas os pido. ¡ O María ! madre mia, recibidme en el número de vuestros servidores, y hacedme recibir en el número de los de vuestro hijo Jesus.



CAPÍTULO VIII.

CHARITAS NON AGIT PERPERAM.

El que ama á Jesucristo huye de la tibieza y busca la perfeccion. Los medios para llegar á ella son: 1.° el deseo; 2.° la resolucion; 3.° la oracion mental; 4.° la comunion; 5.° la súplica.

1. A medida que avanza y se perfecciona la caridad en el amor de Dios, rechaza todo lo que no se conforma con la santidad [1]. S. Pablo asegura que la caridad reune en un alma las mas perfectas virtu-

[1] Quia (*charitas*) quæ in solum Dei amorem dilatat, quidquid à rectidune discrepat, ignorat. *S. Greg. Morul. lib.* 10, *cap.* 8.



des [1]. Y como la caridad ama la perfeccion, aborrece por consecuencia la tibieza, á la cual nos abandonamos algunas veces, con peligro de perder la caridad, la gracia, el alma y todo.

2. Dos especies hay de tibieza: la una que se puede evitar, y la otra que es inevitable. La tibieza *inevitable* es aquella de la cual no se eximen los mismos Santos; comprende todos los defectos que se cometen por pura fragilidad natural y sin una entera voluntad, como las distracciones en la oracion, pequeñas inquietudes interiores, palabras inútiles, vanas curiosidades, deseos de dejarse ver, alguna sensualidad en la bebida ó comida, algunos movimientos de concupiscencia, que no se reprimen con la presteza que se debiera, y otros semejantes. Todos estos defectos debemos evitarlos cuanto podamos; pero atendida

1 Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis. *Coloss.* 3, 14.

la debilidad de nuestra naturaleza corrompida por el pecado, nos es imposible evitarlos todos. Así, pues, debemos en verdad detestarlos despues de haberlos cometido, pues no dejan de disgustar á Dios; mas siguiendo lo dicho ya en el anterior capítulo, debemos guardarnos bien de turbar por ellos nuestro espíritu. Estos pensamientos de inquietud, dice S. Francisco de Sales, no vienen de Dios, que es el rey de la paz; sino que vienen siempre ó del demonio, ó del amor propio, ó de la estimacion que tenemos de nosotros mismos.

3. Es, pues, preciso rechazar desde luego estos pensamientos perturbadores, y no hacer uso de ellos. Semejantes defectos, dice el mismo Santo, siendo indeliberados é involuntarios, se borran tambien sin una espresa voluntad: basta para ello un acto de dolor ó de amor. La venerable hermana María vió un dia un globo de fuego, que en un mo-

mento reducia á cenizas gran número de pequeñas pajas que habia allí diseminadas. Con esto quiso Dios darle á entender que un acto ferviente de amor divino, consume todas las faltas de pura fragilidad. Otro tanto dice el santo concilio de Trento de la Eucaristía, á la cual llama *antídoto contra las faltas de cada dia* [1]. Estos defectos son faltas, verdad es, pero no son un obstáculo á la perfeccion, es decir, para marchar á la perfeccion, pues la perfeccion verdadera no se halla sino en el cielo.

4. La tibieza evitable, empero, ó que puede evitarse, es un obstáculo á la perfeccion. En este estado se halla el que comete pecados veniales deliberados, pecados que se ven claramente, y que pudieran muy bien evitarse con el socorro de la gracia. ¡*Dios os preserve*, decia Sta. Teresa, *de un pecado deliberado*,

1 Antidotum quo liberamur a culpis quotidianis. *Sess.* 13, *c.* 2.

por pequeño que sea! Tales son por ejemplo, las mentiras voluntarias, las pequeñas maledicencias, las imprecaciones, las palabras ofensivas, las murmuraciones contrarias á la caridad, el deseo de ser estimado, las afecciones desordenadas por personas de diverso sexo, etc. Estos son, continua la misma Santa, otros tantos gusanillos tanto mas temibles en cuanto no se dejan percibir sino cuando han roido las virtudes. El demonio se vale de las faltas pequeñas para preparar el alma á los mayores escesos.

5. Guardémonos, pues, mucho de cometer semejantes faltas deliberadamente, pues ellas nos privan de la abundancia de luces, de gracias y de consuelos interiores. Entonces se empieza por hallar pena y fastidio en los ejercicios de piedad; en seguida se omite la oracion, las comuniones, las visitas al Santísimo Sacramento, las novenas; en fin se abandona todo, como ha sucedido

por desgracia á tantas infelices almas.

6. Considerad la amenaza que intima Dios á las almas tibias: *Ni eres frio, ni caliente: ojalá fueras frio, ó caliente: mas porque eres tibio, que ni eres frio, ni caliente, te comenzaré á vomitar de mi boca* [1]. Sí, vale mas en alguna manera ser frio, privado de la gracia de Dios, que tibio; porque el que es frio, puede ser dispertado por los remordimientos de su conciencia, y mudar de vida; pero el que es tibio, se duerme en sus defectos sin pensar ni siquiera en corregirse, y casi no da esperanza alguna de remedio. Decia el venerable Padre Luis del Puente, que habia cometido una infinidad de faltas durante su vida; pero que nunca habia hecho paz con ellas. Hay muchos que hacen paces con sus defectos, y esta es su perdicion,

1 Neque frigidus es, neque calidus; utinam frigidus esses, etc., sed quia tepidus es... incipiam te evomere. *Ap.* 3, 15 *et* 16.

sobre todo cuando se trata del amor propio, de la vanagloria, de la avaricia, de una antipatía, de una afeccion desarreglada hácia una persona de diverso sexo. Entonces es muy de temer que para tales almas los cabellos, en espresion de S. Francisco de Sales, no se conviertan en cadenas que los arrastren al infierno. A lo menos no llegarán jamás tales almas á la perfeccion, y perderán aquella grande corona que Dios les tenia preparada si hubiesen sido fieles á la gracia. Desde el momento en que el pájaro no halla nada que le detenga, toma su vuelo; asimismo el alma, cuando no tiene adhesion alguna á la tierra, vuela de repente al seno de Dios; mas cuando está ligada, un hilo solo basta para privarla de volar á Dios. ¡Cuantas personas espirituales dejan de santificarse, porque no se esfuerzan en desprenderse de ciertos pequeños apegos!

7. Todo el mal viene de que se

tiene poco amor á Jesucristo. Los unos están llenos de estimacion de sí mismos, los otros se irritan de todo suceso contrario á su voluntad; estos comen mucho por razones de salud; aquellos sumamente distraidos en su interior, escuchan á menudo con avidez discursos estraños al servicio de Dios, y propios únicamente para satisfacer sus caprichos; y los otros, en fin, se sienten heridos del menor disgusto que creen recibir, se turban, faltan á la oracion, ó á lo menos al recogimiento que la oracion exige; pasan en un instante de la alegría á la tristeza ó á la cólera, segun que sus negocios salen ó no á medida de sus deseos: todas estas personas pues no aman, ó aman muy poco á Jesucristo, y desacreditan la verdadera devocion.

8. Mas ¿qué debe hacerse para salir de este infeliz estado de tibieza? Aunque sea sumamente difícil que una alma tibia vuelva á su pri-

mitivo fervor, dice el Señor, que lo que es imposible al hombre, no lo es á Dios[1]. Es pues indispensable rogar, tomar los medios necesarios, y el éxito es seguro. Los medios para salir de la tibieza y avanzar en el camino de la perfeccion, se reducen á los siguientes: 1.º el deseo de esta perfeccion; 2.º la resolucion de hacer todos los esfuerzos para llegar á ella; 3.º la oracion mental; 4.º la comunion frecuente; 5.º la oracion, ó la súplica.

9. El primer medio es pues el *deseo* de la perfeccion. Los santos deseos son como las alas que nos levantan de la tierra; porque dice S. Lorenzo Justiniano, que todo deseo de santidad, por una parte infunde la fuerza necesaria para caminar hácia la perfeccion, y de otra torna mas dulce y mas fácil el camino. El que tiene un verdadero deseo de la perfeccion, no pasa dia

1 Quæ impossibilia sunt apud homines, possibilia sunt apud Deum. *Luc.* 18, 27.

sin hacer algun progreso, y si persevera, al fin llegará á ella. Por el contrario, el que carece de este deseo, retrocederá de contínuo y se hallará siempre mas imperfecto que antes. En la senda de la salud, dice S. Agustin, no avanzar es volver atrás. El que no hace el menor esfuerzo para avanzar, retrograda, y es arrastrado por la naturaleza corrompida.

10. Grande error es el decir: Dios no quiere que todos nosotros seamos santos; Dios quiere, dice S. Pablo [1], que seamos todos santos, cada uno en su estado. El religioso, el secular, el sacerdote, el casado, el negociante, el militar, todos en fin deben ser santos segun su estado. Sta. Teresa asegura, que si nuestros pensamientos son elevados, sacaremos de ello grandes ventajas. No debemos, pues, coartar ni reducir nuestros deseos, sino es-

1 Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra. 1 *Thessalon.* 4, 4.

perar que con el auxilio de Dios, y haciendo todos nuestros esfuerzos, podremos poco á poco llegar á la perfeccion de los Santos. La Santa habia siempre visto á las personas de valor hacer grandes progresos en poco tiempo, porque decia que el Señor se satisface tanto del simple deseo como de su cumplimiento. No concede Dios señalados favores sino á aquellos que han deseado vivamente su amor. No falta jamás en recompensar los buenos deseos de esta vida; ama las almas generosas con tal que desconfien de sí mismas. Esta Santa tenia un deseo tan grande de amar á Jesucristo, que un dia llegó á decirle, que poco le importaba ver á los otros gozando de una gloria mayor que la suya en el paraiso; pero que no sabia como soportara que hubiese quienes mas que ella amasen á Dios.

11. Llenémonos pues de valor[1]:

[1] Dominus animæ quærenti illum. *Thren.* 3, 25.

Dios es bueno y liberal hácia el que le busca con todas las fuerzas de su corazon. Nada hay, ni aun las culpas pasadas, que pueda impedirnos el llegar á ser santos, si verdaderamente lo deseamos. Dice Sta. Teresa: El demonio nos representa como un orgullo el tener ideas elevadas y querer imitar á los Santos; pero nos es sumamente provechoso el escitarnos á grandes cosas, porque aun cuando el alma no tenga por de pronto fuerzas bastantes para llegar al término, con todo toma un vuelo generoso que la lleva muy lejos. Anuncia S. Pablo, que todo contribuye al bien de aquellos que aman á Dios[1]: La Glosa añade, *etiam peccata*, hasta los mismos pecados cometidos, pueden cooperar á nuestra santificacion, en cuanto su memoria nos hace mas humildes y mas reconocidos, á vista de los beneficios de que Dios nos ha colmado

1 Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum. *Rom.* 8, 28.

despues de haberle ofendido tanto. Nada puedo, debe pensar el pecador, nada merezco sino el infierno; pero tengo que haberlas con un Dios infinitamente bueno, que ha prometido atender á cualquiera que le pide; y pues que me ha librado de la muerte eterna, que quiere santificarme y me ofrece para ello su socorro, puedo pues santificarme, no con mis propias fuerzas, sino con la gracia de mi Dios que me fortifica[1]. Cuando, pues, concebimos buenos deseos, apoyados en Dios y llenos de valor, tratemos de ejecutarlos; y si hallamos alguno que nos parezca impracticable, ó que realmente lo sea, resignémonos á la voluntad de Dios, que debe ser siempre preferida á la nuestra. Sta. María Magdalena preferia quedar privada de la perfeccion, que tenerla sin la voluntad de Dios.

12. El segundo medio para lle-

[1] Omnia possum in eo, qui me confortat. *Philip.* 4, 13.

gar á la perfeccion es la resolucion firme de entregarse del todo á Dios. Personas hay que son llamadas á la perfeccion y que la desean; mas porque les falta esta resolucion, viven y mueren en su tibieza y en sus imperfecciones. No basta desear la perfeccion, es menester tambien una firme resolucion de obtenerla. ¡Cuantas almas se alimentan solamente de deseos, y no dan paso alguno en las vias del Señor! Tales son los deseos de que habla el Sabio, que matan al perezoso [1]. El que es indolente todo se le va en deseos, pero jamás toma la firme resolucion de emplear los medios propios de su estado para santificarse. Se le oye decir: ¡Que no haya yo nacido en un desierto, y no aquí! ¡Quien me diera poder pasar á otro monasterio! entonces me daria todo á Dios. Entretanto, no puede sufrir un compañero que le disguste, ni

1 Desideria occidunt pigrum. *Proverb.* 21, 25.

soportar la menor contradiccion, ocúpase en cuidados supérfluos, cae en mil faltas de golosina, de curiosidad, de orgullo, y suspira esclamando: *Que no sea yo, que no pueda!* etc. Semejantes deseos mas que útiles son dañosos, porque el espíritu se nutre de ellos y se adormece en sus imperfecciones. Decia san Francisco de Sales: Una persona unida á un empleo ó á un destino, no debe entretenerse en desear otro género de vida que el que se conforma con su estado actual, ni otros ejercicios incompatibles con este mismo estado; este pensamiento disipa el corazon y produce en él cierta languidez en los ejercicios á que está obligado.

13. Débese, pues, desear la perfeccion, y tomar con valor los medios para llegar á ella. Dios, segun Sta. Teresa, no quiere sino una buena resolucion, lo demas queda á su cargo. El demonio no teme á aquellas almas que carecen de re-

solucion. La oracion mental sirve para hacernos emplear los medios que conducen á la perfeccion. Mas á veces se pasa mucho tiempo meditando, sin jamás concluir nada. Prefiero, decia la misma Santa, una meditacion corta que produzca grandes efectos, á la que dura muchos años sin que en ella se resuelva nunca hacer alguna cosa notable por Dios. Tengo probado que si desde un principio se resuelve á hacer algo con la mira de agradar á Dios, por difícil que sea, no hay que temer.

14. La primera resolucion ha de ser la de morir antes que cometer un pecado con deliberacion, por pequeño que sea. Verdad es que sin la ayuda de Dios no podemos vencer las tentaciones; mas Dios quiere que empezemos por hacer todos nuestros esfuerzos, despues de los cuales él nos da su gracia para ayudar nuestra debilidad y hacernos conseguir la victoria. Esta

resolucion aleja todo obstáculo y nos hace avanzar sin temor, porque nos ofrece la seguridad de que nos hallamos en la gracia de Dios, conforme aquellas palabras de S. Francisco de Sales: la mayor certitud que podemos tener en este mundo de estar en gracia de Dios no consiste en un amor sensible hácia Dios, sino en una entera é irrevocable resignacion á su voluntad, y en una firme resolucion de no consentir jamás en pecado alguno, ni grande, ni pequeño; es decir, que esta certitud consiste en una grande delicadeza de conciencia, que no es escrúpulo. Es preciso ser delicado para ser santo, pero el escrúpulo es un defecto muy perjudicial. Se debe obedecer al Padre espiritual y vencer los escrúpulos que no son sino aprehensiones vanas y fuera de razon.

15. Es indispensable despues resolverse á escoger sin reserva lo mejor, esto es, no solamente lo que

es agradable á Dios, sino hasta lo que le es mas agradable. S. Francisco de Sales invita á comenzar por una fuerte y constante resolucion de darse todo á Dios, protestándole que en adelante queremos pertenecer á él sin ninguna reserva, y renovar á menudo esta resolucion. S. Andres Avelino hizo voto de adelantar todos los dias en la perfeccion. Sin embargo, para ser santo no es necesario hacer este voto, pero es preciso que todos los dias se trate de dar algunos pasos en la perfeccion. S. Lorenzo Justiniano asegura, que una vez se haya entrado de todo corazon en el camino de la perfeccion se siente crecer siempre mas y mas el deseo de progresar en él; y que este deseo se fortifica á medida que se va adelantando, porque cada dia se adquieren nuevas luces; créese siempre no tener virtud alguna, ni hacer el menor bien, y si el bien que se obra es evidente, parece tan imperfecto que se hace

de él muy poco caso. Entonces se trabaja de contínuo para adquirir la perfeccion, sin cansarse jamás.

16. Es menester ademas poner en práctica inmediatamente las resoluciones que se hayan hecho, sin aguardar mañana; ¿quien sabe si despues tendremos tiempo? Seguid en esto el consejo del Ecclesiastes: *Cualquiera cosa que puede hacer tu mano, óbrala con instancia* [1]; esto es, no querais diferir lo que podeis hacer desde luego; y la razon es: *porque ni obra, ni razon, ni sabiduría, ni ciencia habrá en el sepulcro, á donde caminas aprisa* [2]. En la vida futura se acabaron ya el tiempo y los medios de hacer bien y de merecer; despues de la muerte lo que está hecho está hecho. Una religiosa llevaba una vida muy tibia: el Padre Lanzicio dió en su convento ejerci-

1 Quodcumque facere potest mauns tua, instanter operare. *Eccl.* 9. 10.

2 Quia nec opus, nec ratio, nec sapientia, nec scientia erunt apud inferos, quo tu properas. *Ibid.*

cios espirituales: la religiosa ni pensando siquiera en salir de su estado de tibieza, asistió á ellos mal de su grado al principio; mas apenas hubo escuchado el primer discurso, cuando corrió á arrojarse á los pies del Predicador, diciéndole: *Padre mio, yo quiero santificarme, y luego.* En efecto, ocho meses despues murió por la gracia divina en olor de santidad.

17. *Dije yo, voy á empezar*, decia el Profeta Rey [1]: S. Carlos Borromeo repetia tambien todas las mañanas: *Hoy es el dia que empiezo á servir á Dios*; así debemos obrar nosotros, como si realmente no hubiésemos practicado todavía bien alguno. En efecto, todo cuanto hacemos por Dios es nada, pues el hacerlo es nuestro deber. Tomemos pues, cada dia la resolucion de darnos á Dios. No nos paremos en lo que hacen los otros, pues pocos hay que de veras trabajen en hacerse

[1] Et dixi: nunc cœpi. *Ps.* 76. 11.

santos. S. Bernardo dice: si queremos imitar el comun de los hombres seremos siempre imperfectos como ellos. Preciso es vencerlo todo, renunciar á todo, para conseguirlo todo. Como no acabemos por dar todo nuestro corazon á Dios, decia Sta. Teresa, tampoco no nos dará él todo su amor. ¡Dios mio! muy poca cosa es todo cuanto se hace por Jesucristo, pues él nos dió su sangre y su vida. Todo cuanto pudiéramos hacer por Dios no es mas que basura en comparacion de una sola gota de la sangre que por nosotros derramó el Salvador. Los Santos nada perdonan cuando se trata de agradar á Dios, que se nos dió todo entero y sin reserva, precisamente para obligarnos á no negarle nada. Dios se os dió todo á vosotros, dice S. Crisóstomo [1]; ¿no es muy justo que os deis todo á él? Él murió para todos nosotros, dice

1 Totum tibi dedit, nihil sibi reliquit.

el Apóstol, para que cada uno de nosotros no viva sino para amarle [1].

18. El tercer medio para santificarse, es la oracion mental. El que no medita las verdades eternas, segun Gerson [2], no puede sin milagro, vivir como cristiano; y la razon es, porque sin la oracion mental quedamos sin luz, y caminamos palpando tinieblas. Las verdades de la fé no pueden ser perceptibles á los ojos del cuerpo, sino solamente á los del alma cuando se medita: el que no las medita no las ve, y camina por consiguiente entre tinieblas: siendo muy fácil en tal estado que se adhiera á objetos sensibles y que desprecie los bienes eternos. *Porque aunque á nuestro parecer no haya imperfecciones en nosotros*, escribe Sta. Teresa [3], *cuando Dios abre los ojos del alma, como en la*

1 Pro nobis omnibus mortuus est Christus.... ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est. 2. *Cor.* 5. 15.

2 *De medit. cons.* 7.

3 Carta 8. al obispo de Osma.

oracion lo suele hacer, parécense bien estas imperfecciones. Opina S. Bernardo, que el que no medita no tiene horror de sí mismo, porque no se conoce [1]. La meditacion arregla las afecciones del alma, y dirige nuestras acciones hácia Dios; pero sin ella las afecciones se pegan á la tierra, con ellas se conforman las obras y todo está en desórden.

19. Se lee, que una religiosa estando en oracion, escuchó á un demonio que se gloriaba de haber hecho omitir la oracion ordinaria á otra religiosa, y vió en espíritu que alentado el tentador por este primer triunfo, la tentaba ademas para que consintiese en una falta grave; ella estaba á punto de sucumbir si la otra no se lo hubiese advertido al instante y preservado de la caida. Decia Sta. Teresa, que el que renuncia á la oracion mental no tarda en parecerse á una bestia ó á un demonio.

[1] Seipsum non exhorret, quia non sentit.

20. El que abandona, pues, la oracion mental cesará tambien de amar á Jesucristo. Es la oracion la feliz hoguera en donde se enciende y se conserva el fuego del divino amor [1]. Sta. Catalina de Bolonia decia, que quien no adquiere el hábito de la meditacion se priva del dulcísimo lazo que une el alma con Dios; y así no será de admirar que en tal estado de frialdad le lleve el demonio á nutrirse de un fruto emponzoñado. Al contrario; segun Sta. Teresa, el que persevera en la oracion, por esfuerzos que haga el demonio para conducirle al mal; llegará ciertamente por una gracia particular de Dios al puerto de salud. El que no se detiene en el camino de la oracion, aun cuando llegue tarde no faltará en llegar. Y asegura la misma Santa, que si tanto se fatiga el demonio para desviar las almas de la oracion, es por-

[1] In meditatione mea exardescet ignis. *Psal.* 38. 4.

que sabe que es perdida ya para él el alma que á tan santo ejercicio se dedica. ¡Cuantas ventajas no se sacan de la oracion! Ella llena el alma de santos pensamientos, de piadosos afectos, y de firmes resoluciones de darse enteramente á Dios; y en seguida el alma sacrifica al Señor todos los placeres de la tierra, todos los apetitos desordenados. *No puede haber gran perfeccion*, decia S. Luis Gonzaga, *sin mucha oracion:* póngase atencion en estas notables palabras.

21. Tampoco hemos de entregarnos á la oracion mental con el designio de gustar allí las dulzuras del amor divino; esto seria perder el tiempo, ó ganar muy poco. Se debe hacer oracion únicamente para agradar á Dios, es decir, para conocer su santísima voluntad y pedirle la gracia para cumplirla. El venerable P. D. Antonio Torres decia *que llevando la cruz sin consuelos es como se vuela á la perfeccion*. La ora-

cion que no va acompañada de consuelos sensibles es la mas ventajosa para el alma; pero ¡ay del alma que la abandona por no hallar en ella tales consolaciones! Renunciar á la oracion, decia Sta. Teresa, es precipitarse en el infierno por sí mismo sin necesidad de demonios.

22. La oracion habitua á pensar siempre en Dios. El verdadero amor, dice Sta. Teresa, se acuerda siempre de la persona amada. Por esto las personas de oracion no cesan de hablar de Dios, sabiendo cuanto agrada á Dios que los que le aman encuentren sus delicias en hablar de él y del amor que les tiene para inflamar á los demas en su amor. Jesucristo se halla siempre presente á los discursos de los que le sirven, y se complace en verlos como se gozan en hablar de él.

23. La meditacion produce ademas el deseo de la soledad, para conversar allí solos con Dios y conservar el recogimiento interior en

los negocios esteriores indispensa bles: digo indispensables con respecto á los cuidados de familia y á los deberes impuestos por la obe diencia; porque una persona de ora cion debe amar la soledad y no di siparse en asuntos voluntarios é inú tiles; de lo contrario, perderá el espíritu de recogimiento, que es un escelente medio para conservar la union con Dios [1]. El alma que ama á Jesucristo debe ser un jardin cerrado á todas las criaturas, y no debe admitir en su corazon ni pensamientos ni afectos que no se dirijan á Dios. Nadie se santifica teniendo el corazon abierto á todos los objetos. Los Santos van siempre recogidos cuando ganan almas para Dios y en medio de sus trabajos, cuando predican, confiesan, reconcilian ó estudian. Hombres hay que estudian mucho para llegar á ser sabios, y no logran ser ni sabios ni santos;

1 Hortus conclusus soror mea sponsa. *Cant.* 4, 12.

porque la verdadera ciencia es la de los Santos, saber amar á Jesucristo; y el amor divino procura la ciencia y todos los bienes [1]. El venerable Juan Berkmans tenia un gusto muy particular para el estudio , pero nunca permitió que el estudio le estorbase su adelantamiento espiritual. Escribe el Apóstol : *Que no sepan mas de lo que conviene saber*, *sino que sepan con templanza* [2]. Preciso es que un sacerdote sea instruido, porque debe enseñar á los demas la ley divina [3]: mas acuérdese de la *templanza* que recomienda el Apóstol. Abandonar la oracion para dedicarse al estudio, es dar á entender que en el estudio no se busca á Dios sino á sí mismo. El que busca á Dios deja el estudio, cuan-

1 Venerunt autem mihi omnia bona cum illa. *Sap.* 7. 11.

2 Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem. *Rom.* 12. 3.

3 Labia enim sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent ex ore ejus. *Malach.* 2, 7.

do no es actualmente necesario, antes que omitir la oracion.

24. El mayor mal es que sin la oracion mental no se ruega, y el ruego es absolutamente necesario á la salud, lo he inculcado á menudo en mis obras, y sobre todo en un libro titulado: *De la Importancia de la oracion*. ¿Como podemos conser var la caridad si Dios no nos concede la perseverancia? ¿Como nos concederá Dios la perseverancia si no se la pedimos? ¿Y como se la pediremos sin la oraciou? Sin la oracion carecemos de comunicacion con Dios para conservar las virtudes. Sin la oracion mental se ven poco las necesidades del alma, los peligros á que se halla espuesta la salud, los medios de vencer las tentaciones; y como de este modo se conoce poco la necesidad de la oracion, se la omite, y se pierde uno sin remedio.

25. En cuanto á la materia de la meditacion, la mas útil es medi-

tar las postrimerías del hombre, la muerte, el juicio, el infierno, el paraiso; pero sobre todo la muerte, figurándonos hallarnos sobre el lecho de muerte, el crucifijo en las manos, á punto de entrar en la eternidad. La Pasion del Salvador es tambien un asunto muy eficaz para quien ama á Jesucristo, y desea crecer siempre en su santo amor. S. Francisco de Sales dice que la montaña del Calvario es la montaña de los que aman, y que en ella fijan su residencia. ¿Que mas propio para inspirar el amor divino que la vista de un Dios muriendo por nosotros porque nos ama? Las llagas del Salvador son otras tantas flechas que hieren los corazones mas empedernidos. ¡Feliz aquel, que habita en este mundo sobre el monte del Calvario! ¡O feliz, amable, preciosa montaña! ¿quien podrá separarse de ti? ¡Tú abrasas y consumes de amor las almas que te toman por su contínua morada!

26. El cuarto medio para llegar á la perfeccion y obtener la perseverancia es la frecuencia de la santa comunion. Dejamos dicho ya en el capítulo 2.° que nada puede hacer un alma que tanto agrade á Jesucristo como recibirle á menudo en el Sacramento del altar. Opina Sta. Teresa que no hay medio mejor para llegar á la perfeccion que el comulgar á menudo, como así lo demuestra la esperiencia en aquellos que con mayor frecuencia lo practican. El decreto de Inocencio XI, del año 1679, recuerda que los santos Padres han elogiado siempre el uso de la comunion frecuente y casi diaria; y el concilio de Trento ha dicho [1], que la comunion nos libra de las faltas de cada dia y nos preserva de las mortales. Asegura S. Bernardo, que la comunion reprime los movimientos de la cólera y de la incontinencia,

[1] *Sess.* 13. c. 2.

que son las dos pasiones mas fuertes y mas frecuentes entre nosotros. Sto. Tomás dice, que la comunion destruye las sugestiones del demonio [1]. S. Juan Crisóstomo nos enseña, que la comunion inspira una grande inclinacion á las virtudes, mucha actividad para practicarlas, infunde una perfecta paz y hace fácil y deliciosa la via de la perfeccion. No hay sacramento que inflame tanto las almas de divino amor como el sacramento de la Eucaristía, en donde Jesucristo se da todo sin reserva para unirnos todos á él por medio de su amor. Por esto decia el venerable Padre Juan de Avila, *que el que aleja las almas de la frecuente comunion hace oficio de demonio*, pues el demonio aborrece sobremanera este sacramento, del cual las almas reciben tanta fuerza para adelantar en el amor de Dios.

27. Para acercarse dignamente

1 3, *p.*, *q.* 79, *ar.* 1.

á la santa mesa hay que hacer dos especies de preparaciones. La preparacion remota para la comunion frecuente y hasta diaria consiste: 1.º en abstenerse de todo afecto desarreglado y voluntario; 2.º en hacer muchas oraciones mentales; 3.º en mortificar los sentidos y las pasiones. S. Francisco de Sales y Sto. Tomás enseñan, que puede comulgarse todos los dias: el primero [1], *cuando se han vencido la mayor parte de las malas inclinaciones, y se ha llegado á un grado notable de perfeccion;* el segundo [2], cuando se advierte que comulgando todos los dias se hacen progresos en el fervor y en el amor de Dios. Dice Inocencio XI que el uso mas ó menos frecuente de la comunion ha de ser regulado por el confesor, segun el mayor ó menor provecho que reportan de él sus penitentes. La preparacion próxima con-

1 *Filotea, cap.* 20.
2 *Dist.* 2, *q.* 13, *art.* 1, *sol.* 2.

siste en hacer en la mañana misma en que se ha de comulgar á lo menos una hora de oracion mental para pensar en tan importante acto.

28. Para sacar un fruto ópimo de la comunion es tambien preciso ocuparse en una no corta accion de gracias. El padre Juan de Avila, Sta. María Magdalena de Pazzi y Sta. Teresa dicen, que despues de la comunion *es el tiempo propio para alcanzar tesoros de gracias*; el tiempo mas oportuno para inflamarse en amor divino, y que no debe malograrse una ocasion tan bella de tratar con Dios: pues su divina Magestad es incapaz de pagar mal á quien le recibe dándole una buena acogida.

29. Algunas almas pusilánimes, cuando las exhorta su confesor á comulgar con mas frecuencia, responden: *Pero yo no soy digna*. Mas ¿no sabeis que cuanto mas diferís el comulgar, mas indigno os haceis de ello? porque sin la comunion ten-

dreis menos fuerza y cometereis mas faltas. Obedeced á vuestro director y dejaos guiar por él: las faltas no son un obstáculo para la comunion cuando no son plenamente voluntarias; la mayor de vuestras faltas es no obedecer á vuestro Padre espiritual.

30. *Pero yo llevo una vida desarreglada.* ¡Y qué! ¿no sabeis que el mas enfermo es el que mas necesidad tiene de médico y de remedio? Jesucristo en el sacramento es lo uno y lo otro [1]. *Pero mi confesor no me dice que comulgue mas á menudo.* ¿No os lo dice? pedidle vos mismo el permiso; si os lo niega, obedeced: pero preguntádselo á lo menos. *Esto parece orgullo.* Orgullo fuera si quisierais comulgar contra su dictámen, pero no cuando se lo pedís con humildad. Jesus quiere que tengamos hambre de este pan del cielo. Cuando ocurre la idea:

1 Qui semper pecco, debeo semper habere medicinam. *S. Ambr. de Sacr. cap. 6.*



Hoy he comulgado, ó mañana comulgaré; ¡cuan poderoso es este pensamiento para alejar el pecado y hacer practicar la virtud! *Pero no me siento con bastante fervor.* Si hablais de fervor sensible, no es necesario, y no siempre lo concede Dios ni aun á las almas que mas favorece: basta que tengais el fervor de una voluntad resuelta de ser toda de Dios y de amarle siempre mas. Dice Gerson, que quien se abstiene de la comunion, porque no tiene una devocion sensible, obra como haria, uno que no se acercase al fuego porque no tuviese calor.

31. ¡Ah! cuantas personas no comulgan con mas frecuencia porque no quieren resolverse á vivir con mas recogimiento y en un mayor desapego de las cosas terrenas! Se sabe que la frecuente comunion no está en armonía con el deseo de figurar, ni con la vanidad en el vestir, ni con la aficion á la gula, á las comodidades y á las conversacio-

nes ociosas. Se sabe que entonces se hubiera de dedicar mas tiempo á la oracion, mortificar mas los sentidos y el espíritu, y vivir mas retirado del mundo. Todo esto se sabe, y he aquí el motivo por el cual se tiene vergüenza de acercarse con mas frecuencia á la sagrada mesa. Tales almas deben ciertamente abstenerse de la frecuente comunion, mientras se hallen en este infeliz estado de tibieza; pero deben poner todos sus esfuerzos en salir de este estado cuando son llamadas á una vida mas perfecta, si no quieren arriesgar su eterna salud.

32. Para conservar el fervor es tambien muy á propósito practicar á menudo la comunion espiritual, tan alabada por el concilio de Trento, que exhortaba á todos los fieles á practicarla [1]. La comunion espiritual, como asegura Sto. Tomás, consiste en un vivo deseo de recibir á

[1] *Sess.* 13, *cap.* 8.

Jesucristo en el adorable Sacramento [1]. He aquí porque los Santos han querido hacerla muchas veces al dia: ved como se practica. *Señor mio Jesucristo, creo que estais verdaderamente en el santísimo Sacramento. Os amo y os deseo: venid á mi alma. Me uno á vos, y os ruego que no permitais que me separe jamás de vos.* Ó mas breve: *Señor mio Jesucristo, venid á mí: yo os deseo y me uno á vos: quedemos unidos para siempre.* Esta comunion espiritual se puede hacer muchas veces al dia, tales como durante la oracion, durante la visita al santísimo Sacramento, y en la misa cuando comulga el sacerdote. La bienaventurada Angélica de la Cruz, decia: *Si mi confesor no me hubiese enseñado á comulgar así muchas veces al dia, me parece que no hubiera podido vivir.*

33. El quinto y mas necesario de todos los medios para llegar á la

1 *S. Thom.* 3, *p. q.* 80, *a.* 1. *ad* 3.

perfeccion y alcanzar el amor de Jesucristo es la súplica, en la cual Jesucristo nos muestra el grande amor que por nosotros tiene. ¿Puede darse mayor prueba de afecto á un amigo, que decirle: *Amigo querido, pídeme cuanto quieras y yo te lo concederé?* Esto es, pues, precisamente lo que nos dice el Señor: *Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis* [1]. Desde que se hizo tan esplícita promesa, la oracion es todopoderosa cerca de Dios para alcanzar toda suerte de bienes [2]. El que ruega alcanza de Dios todo cuanto quiere [3]. En tanto que perseveráreis en la oracion, estad seguro, dice S. Agustin, que no os faltará la misericordia divina. Y san Juan Crisóstomo añade: Cuando estamos en oracion, antes que ha-

1 Petite et accipietis: quærite et invenietis. *Luc.* 11, 9.

2 Oratio cum sit una, omnia potest, *escribe Teodoreto*.

3 Benedictus Deus qui non amovit orationem meam, et misericordiam suam à me. *Psal.* 65, 20.

yamos acabado de rogar, el Señor nos tiene ya concedida la gracia que le pedimos. Si, pues, somos pobres en bienes espirituales, no nos quejemos sino de nosotros mismos, pues no somos pobres sino en cuanto queremos serlo, y así no somos dignos de compasion. ¿Que compasion mereciera un mendigo que, cuando un hombre muy opulento se encarga de proveerle de todo con tal que se lo pida, prefiere no obstante quedar en su pobreza á pedir lo que necesita? Dios, dice el Apóstol, está enteramente dispuesto á enriquecer á cualquiera que le invoca [1].

34. Todo lo alcanza de Dios la súplica verdaderamente humilde, la cual es tan necesaria como útil á la salud. Verdad es que para vencer las tentaciones tenemos una necesidad absoluta del socorro de Dios; y que cuando los ataques son violentos

[1] Dives in omnes qui invocant illum. *Rom.* 10. 12.

la gracia suficiente que Dios dispensa á todos pudiera procurarnos fuerza bastante para resistirlos; mas en vista de nuestras malas inclinaciones, no nos será suficiente, y nos será precisa una gracia especial. El que ruega pues obtiene esta gracia; pero el que no ruega no la obtiene y se pierde. En cuanto á la gracia de la perseverancia final para morir en gracia de Dios, que es absolutamente necesaria para la salud, dice S. Agustin, que Dios no la concede sino al que ruega. Ved aquí porque es tan corto el número de los que se salvan, porque hay bien pocos que se dediquen á pedir á Dios esta gracia de la perseverancia.

35. Dicen los santos Padres que la oracion nos es necesaria no solo de necesidad de precepto, de modo que se comete un pecado mortal cuando por un mes entero se descuida el encomendar á Dios la salud; sino tambien de necesidad de medio, es decir, que al que no ruega le es

imposible el salvarse; y la razon es esta. No podemos obtener la salud sin la gracia, y Dios no concede esta gracia sino al que se la pide. Como nos vemos de contínuo asaltados de tentaciones y á peligro de perder la gracia de Dios, nuestras súplicas deben ser tambien contínuas. Por esto dice Sto. Tomás, que el hombre para salvarse debe de necesidad rogar contínuamente [1]. Así lo ha declarado Jesucristo: *Conviene orar perseverantemente y no desfallecer* [2]. Lo repite asimismo S. Pablo: *Orad sin cesar* [3]. Si cesamos de encomendarnos á Dios, el demonio nos vencerá. Aunque no podamos merecer la gracia de la perseverancia, segun la doctrina del concilio de Trento [4], podemos no obstante en cierto modo merecerla por la

1 Necessaria est hominis jugis oratio, ad hoc quod cœlum introeat. 3. *p.*, *q.* 39, *a.* 5.

2 Oportet semper orare et non deficere. *Luc.* 18, 1.

3 Sine intermissione orate. 1. *Thess.* 5, 17.

4 *Sess.* 6, *cap.* 13.

oracion, como enseña S. Agustin [1]. El Señor quiere concedernos sus gracias, pero quiere que se le ruegue; quiere, añade S. Gregorio, que se le importune, y que se le haga una especie de violencia por medio de la oracion [2]. Sta. María Magdalena de Pazzi llega á asegurar que cuando pedimos gracias á Dios, no solo nos escucha, sino que en cierto modo nos lo agradece, porque siendo Dios la bondad infinita, desea comunicarse á los hombres, colmarlos de sus bienes; pero quiere ser rogado; así que, cuando ve que se le ruega, es tanto su agrado, que en cierto modo le remunera.

36. Si queremos perseverar en la gracia de Dios hasta la muerte, es preciso que, como los mendigos,

1 Hoc Dei donum perseverantiæ suppliciter emereri potest, idest supplicando impetrari. *De dono persever. cap.* 6.

2 Vult Deus orari, vult cogi, vult quodammodo importunitate Dei vinci.

tengamos siempre la boca abierta para pedir á Dios que nos ayude: *Dulcísimo Jesus mio, tened piedad de mí: no permitais que me separe jamás de vos: Señor, asistidme, ayudadme, Dios mio.* Tal era la súplica contínua de los antiguos Padres del desierto: *Señor, ayudadme; venid presto á mi ayuda* [1], porque si tardais en socorrerme, caeré y estaré perdido. Preciso es hacerlo especialmente en las tentaciones: el que lo descuida está perdido.

37. Tengamos grande confianza en la oracion, Dios ha prometido escuchar al que le ruega: *Pedid, y se os dará;* no lo dudemos, dice S. Agustin, el Señor se ha obligado á concedernos las gracias que le pedimos; no puede faltar á su palabra [2]. Cuando nos encomendamos á Dios, debemos tener una entera

1 Deus in adjutorium meum intende, Domine, ad adjuvandum me festina.

2 Promittendo debitorem se fecit. *De Verb. Dom. Serm.* 2.

confianza que nos atenderá, y que alcanzaremos cuanto queramos; Jesucristo mismo es quien lo ha dicho: *Todas cuantas cosas pidiereis en la oracion tened fé de conseguirlas, y se os concederán*[1].

38. *Mas yo soy pecador,* dirá alguno, *no merezco ser atendido.* ¿Pero que dirá Jesucristo? *Todo aquel que pide recibe. Y quien busca,* añade, *halla*[2]; sea justo sea pecador. Enseña Sto. Tomás que la eficacia de la oracion no procede de nuestros propios méritos, sino de la misericordia de Dios, que ha prometido escuchar á *todo aquel* que le pide[3]. Para alentarnos á pedir nos dice el Salvador: *En verdad, en verdad os digo: que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá*[4]. Como

1 Omnia quæcumque orantes petitis, credite, quia accipietis, et evenient vobis. *Marc.* 11. 24.

2 Omnis qui petit accipit: et qui quærit, invenit. *Luc.* 11, 10.

3 Oratio in impetrando non innititur nostris meritis, sed soli divinæ misericordiæ. 2, 2, *q.* 178, *a* 2 *ad* 1.

4 Amen, amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. *Jo.* 16, 23.

si dijera: Pecadores, vosotros no mereceis alcanzar gracias, pero cuando las deseareis, pedidlas á mi Padre en mi nombre, es decir, por mis méritos y por mi amor; pedidle todo cuanto deseareis y os lo concederá. Notad empero estas palabras: *En mi nombre*, ó bien, como lo esplica Sto. Tomás, *en el nombre del Salvador*, es decir, que las gracias que le pedimos deben ser relativas á nuestra salud, porque la promesa no es para las gracias temporales, las cuales Dios no nos las concede, sino en cuanto son útiles á nuestra salud; de lo contrario nos las niega. Por este motivo debemos pedirle las gracias temporales á condicion que sean útiles á nuestra alma. Mas en cuanto á las gracias espirituales debemos pedirlas con grande, con entera confianza, diciendo: *Señor y Dios mio, en nombre de Jesucristo, libradme de esta tentacion, dadme la santa perseverancia, dadme vuestro amor, dadme*

el paraiso. Podemos pedirlas tambien á Jesucristo y en su nombre, es decir, por sus méritos; él mismo es quien nos lo enseña. *Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré* [1]. Tampoco faltemos en recorrer á María, la dispensadora de las gracias; porque, dice S. Bernardo, si bien Dios es quien da las gracias, las concede por las manos de María [2]. Si María ruega por nosotros, no dudemos del buen éxito, pues todas sus súplicas son atendidas y nunca desechadas.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Jesus, amor mio, yo quiero decididamente amaros de todo mi corazon y santificarme: quiero santificarme para agradaros, y amaros

1 Si quid petieritis me in nomine meo, hoc faciam. *Jo.* 14. 14.

2 Quæramus gratiam, et per Mariam quæramus, quia quod quærit, invenit, et frustrari non potest *Serm. de Aquæduct.*

mucho en esta vida y en la eternidad. Yo nada puedo, pero vos lo podeis todo, y sé que vos quereis que yo sea santo. Veo ya que por un efecto de vuestra gracia mi alma suspira por vos y no busca sino á vos. No quiero ya vivir mas para mí mismo; vos quereis que sea todo de vos, y yo tambien lo quiero. Venid pues, unios á mí, y yo á vos. Vos sois la bondad infinita: vos me habeis infinitamente amado: con tantos motivos para amaros, ¿como pudiera yo amar otra cosa que á vos? Prefiero vuestro amor á todos los bienes del mundo. Vos sois el solo, el único objeto de todos mis afectos. Todo lo abandono para entregarme enteramente á vuestro amor, ¡ó Criador mio, mi Redentor, mi consolador, mi esperanza, mi amor y mi todo! Por pecados que haya yo cometido en lo pasado, no desespero, no, de mi santificacion. Sé, ó Jesus mio, que moristeis para perdonar al que se arrepien-

te. En tanto, yo os amo con todo mi corazon, con toda mi alma, en fin, mas que á mí mismo; y me arrepiento sobre todas las cosas de haberos despreciado, á vos que sois el soberano bien. No soy ya de mí, á vos pertenezco desde ahora: Dios de mi corazon, disponed de mí como os plazca. Acepto para agradaros todas las tribulaciones que querais enviarme, las enfermedades, los dolores, las angustias, las ignominias, la pobreza, las persecuciones, las desolaciones; todo esto yo lo acepto para agradaros, y acepto tambien la muerte que me teneis preparada con todas las congojas y las cruces que la acompañarán: bástame que me concedais la gracia de amaros mucho. Dadme la gracia y la fuerza de compensar por el amor mis infidelidades pasadas ó mi Dios, único amor de mi alma: Ó reina del Cielo, ó María, madre de Dios, poderosa abogada de los pecadores! yo pongo to-

da mi confianza en vuestra interccsion.

CAPÍTULO IX.

CHARITAS NON INFLATUR.

El que ama á Jesucristo no se engrie por sus buenas cualidades sino que se humilla, y halla gusto en verse humillado.

1. El orgulloso es como una bambolla que parece grande, pero cuyo grandor se reduce en sustancia á un poco de viento, que se disipa tan luego como aquella revienta. El que ama á Dios es verdaderamente humilde: ni se envanece por poseer una bella cualidad, porque

reconoce que todo cuanto tiene es un don de Dios, y que de sí mismo no tiene sino la nada y el pecado; y así cuantos mas favores ha recibido del cielo, mas se humilla, y mas indigno de ellos se reconoce.

2. Dios, dice Sta. Teresa hablando de las gracias especiales que Dios le hacia, Dios obra conmigo como los hombres respecto de una casa que amenaza ruina; la apuntalan por todos lados. Cuando un alma recibe alguna visita de parte de Dios, siente un ardor estraordinario de amor divino, acompañado de lágrimas ó de una estremada sensibilidad de corazon: guárdese entonces de pensar que Dios la favorezca así en virtud de alguna obra buena; humíllese y persuádase que Dios le da tan buen tratamiento para que ella no le abandone; de lo contrario, si á causa de estos favores llegase á concebir algun pensamiento de vanidad, creyéndose mas favorecida porque sirve á Dios mejor que las

demas, esta vanidad hará que Dios la prive de todos sus favores. Para conservar un edificio son necesarias dos cosas, el fundamento y el techo: en el edificio, pues, de nuestra santificacion el fundamento es la humildad, la cual nos hace reconocer que por nosotros mismos nada somos y nada podemos; el techo es la proteccion de Dios, en la cual debemos poner únicamente nuestra confianza.

3. Cuanto mas favorecidos somos de Dios, mas debemos humillarnos. Cuando Sta. Teresa recibia alguna gracia especial, poníase á la vista las faltas pasadas, y por este medio el Señor la unia mas estrechamente á él. Cuanto mas un alma se confiesa indigna de gracias, mas el Señor la enriquece con ellas. Thaïs, pecadora al principio y santa despues, se humillaba tanto á la presencia de Dios, que se creia indigna hasta de nombrarle. Así pues, no se atrevia á decir: *Dios mio*, si-

no: *Criador mio, tened piedad de mí.* Refiere S. Gerónimo, que en premio de tanta humildad vió que se le preparaba un grande trono en el Cielo. Sta. Margarita de Cortona, cuando recibia de Dios consuelos estraordinarios, esclamaba: Pero, Señor, ¿como habeis olvidado lo que yo he sido? ¿De este modo me pagais tantas injurias como yo os he hecho? Dios le respondia, que cuando un alma le ama y se arrepiente mucho de haberle ofendido, olvida todas sus faltas pasadas, como lo declaró por boca de Ezechiel: *Si el impío hiciere penitencia... de todas sus maldades, que él obró, no me acordaré yo* [1]: y le mostró como le habia preparado en el Cielo un elevado trono en medio de los Serafines. ¡Oh! si pudiéramos comprender todo el precio de la humildad! vale mas hacer un acto de humil-

1 Si autem impius egerit pœnitentiam... omnium iniquitatum ejus, quas operatus est, non recordabor. *Ezech.* 18, 12 et 22.

dad, que ganar todas las riquezas de la tierra.

4. No creais haber hecho progresos en la perfeccion, decia santa Teresa, si no os considerais como el mas malo de los hombres, y si no deseais ser pospuesto á todos ellos. Esta Santa no se contentaba con decirlo, sino que lo hacia, y todos los Santos lo han hecho como ella. S. Francisco de Sales, Sta. María Magdalena de Pazzi y todos los demas se tenian sinceramente por los mayores pecadores del mundo, y se admiraban de que la tierra los sostuviera, y de que no se abriese bajo sus pies. El venerable Juan de Avila, que llevó desde su mas tierna juventud una santa vida, hallándose en el lecho de la muerte, el sacerdote que le asistia le iba diciendo cosas sublimes, le trataba como santo y como un distinguido sabio; mas el venerable Padre de Avila le dijo: Yo os ruego, Padre mio, que me hagais la recomendacion del al-

ma como se hace á un malhechor condenado á muerte, pues yo no soy otra cosa. Tal es la opinion que los Santos tienen de sí mismos en vida y en muerte.

5. Así debemos hacerlo, si queremos conservarnos en la gracia de Dios hasta la muerte, y salvarnos; no pongamos nuestra confianza sino en Dios. El orgulloso confia en sus propias fuerzas, y por esto mismo cae; pero el humilde, como no confia sino en Dios, por mas que se vea asaltado por las mas vehementes tentaciones, resiste y no cae, porque dice: *Todo lo puedo en aquel que hace fuerte* [1]. El demonio tan presto nos lleva á la presuncion como á la desesperacion: cuando nos dice que no peligramos de caer, entonces es cuando hemos de temer mas, porque si cesa Dios un instante de asistirnos con su gracia, somos perdidos: y cuando nos induce

[1] Omnia possum in eo qui me confortat. *Philip.* 4, 13.



á la desconfianza, volvamos nuestras miradas hácia Dios, y digámosle firmemente confiados [1]: *Dios mio, en vos he puesto toda mi esperanza, no quede yo jamás confundido ni privado de vuestra gracia.* Estos actos de desconfianza de nosotros mismos y de confianza en Dios debemos hacerlos hasta nuestro último suspiro, rogando siempre al Señor que se digne concedernos la santa humildad.

6. Pero no basta para ser humilde tener un bajo concepto de nosotros mismos, y reconocer toda nuestra miseria; el que es verdaderamente humilde, dice Tomás de Kempis, se desprecia á sí mismo, y desea ser tambien despreciado de los demas; esto es lo que quiere Jesucristo que hagamos á ejemplo suyo: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon* [2]. El que se dice ser

[1] In te Domine speravi, non confundar in æternum. *Ps.* 30, 2.

[2] Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde. *Matth.* 11 29.

el mayor pecador del mundo, y se irrita cuando le desprecian, manifiesta que es humilde de boca, no de corazon. Sto. Tomás de Aquino dice, que quien es sensible á los desprecios, aun cuando haga milagros, se halla ciertamente muy distante todavía de la perfeccion. Habiendo la Madre de Dios enviado S. Ignacio de Loyola para instruir á Sta. María Magdalena de Pazzi en la humildad, le dió la siguiente instruccion: *La humildad consiste en alegrarse de todo lo que nos conduce á despreciarnos á nosotros mismos*. Notad la palabra alegrarse; si pues la parte inferior siente disgusto á motivo de los menosprecios, es menester que se complazca en ellos la parte superior y espiritual.

7. ¿Como será posible amar á Jesucristo, considerar los sufrimientos y las injurias que tuvo que sufrir [1], y no amar el menosprecio?

[1] Tunc expuerunt in faciem ejus, et colaphis

Y para enseñaros aun mas la humildad quiso Jesucristo quedar espuesto sobre nuestros altares, no con un esterior de triunfo y de gloria, sino sobre una cruz, á fin de que tuviésemos siempre á la vista el estado de ignominia á que se vió reducido. Esta reflexion colmaba á los Santos de alegría cuando se veian despreciados. Jesucristo apareció un dia con la cruz sobre las espaldas á S. Juan de la Cruz, el cual dijo al Salvador: Señor, ya que vos fuisteis despreciado por mi amor, nada mas os pido sino que me hagais sufrir y ser despreciado por amor vuestro.

8. Decia S. Francisco de Sales, *que soportar los oprobios es la piedra de toque de la humildad y de la verdadera virtud*. Si una persona que profesa la piedad, que se da á la oracion mental, á la frecuente comunion, á los ayunos, á las mortificaciones,

eum ceciderunt, alii autem palmas in faciem ejus dederunt. *Matth.* 27, 67.

no puede soportar una afrenta, una palabra ofensiva, ¿que concluirémos de aquí? Que es un vaso vacío sin humildad y sin virtudes. ¿Que sabe hacer un alma que ama á Jesucristo y que no sabe sufrir un menosprecio por el amor de aquel que tanto sufrió por ella? Ya que tanto aborreceis las humillaciones, dice la *Imitacion*, esta es una prueba que no estais muerto al mundo, que no teneis la humildad, y que no tomais al Salvador por modelo. Si no tenemos que sufrir por Dios bofetones ó heridas, suframos á lo menos algunas palabras.

9. ¡Que escándalo no da una persona que comulga con frecuencia, y que se irrita á la menor palabra de menosprecio! Y ¡cuanto no edifica, por el contrario, aquel que responde á los desprecios con palabras de bondad para apaciguar al que le ha ofendido, ó que no responde, ni se queja sino que conserva un semblante sereno é inaltera-

ble! Dice S. Juan Crisóstomo, que quien es humilde y manso es útil no solo á sí mismo, sino tambien á los demas, por el buen ejemplo que les da su mansedumbre en las injurias. Mas ¿cuando y en qué se debe ser humilde? La *Imitacion* cita ejemplos de casos en los cuales se debe muy especialmente practicar la humildad. A veces se pondrá atencion á lo que dicen los otros, y se despreciará lo que decís vos; otras lograrán los demas lo que solicitan y á vos os será negado lo que pedireis: otros serán preconizados por todo el mundo, y nadie hablará de vos: otros serán promovidos á empleos, y á vos no se os hallará bueno para nada. Ved ahí las pruebas á que sujeta el Señor á uno que le sirve con fidelidad, para ver si sabe vencerse y permanecer tranquilo. No hay duda que la naturaleza quedará contristada alguna vez, pero vos ganareis mucho si lo sufrís todo en silencio.

10. Decia Sta. Juana de Chantal, *que aquel que es verdaderamente humilde, cuanto mas es humillado mas se humilla*; y la razon es, porque no se cree nunca tan humillado como merece. Los que así se portan, son llamados bienaventurados; no llama él tales á los que son estimados, honrados y aplaudidos como nobles, sabios y poderosos, sino á los que son maldecidos, perseguidos y calumniados por los hombres, porque les prepara, si lo sufren todo con paciencia, una grande recompensa en el cielo [1].

11. Débese sobre todo practicar la humildad cuando algun superior ó cualquier otro nos reprende por alguna falta. Personas hay, que á manera de erizos, mientras no se les toca parecen tranquilos y mansos; pero si un superior ó un amigo

[1] Beati estis, cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum vos mentientes, propter me. Gaudete et exultate, quoniam merces vestre copiosa est in cœlis. *Matth.* 5, 11 *et* 12.

les reprende por alguna falta, vése-
les al punto cubiertos de espinas,
niegan el hecho, ó pretenden haber
tenido razon; miran como enemigo
suyo á cualquiera que les advierte
sus defectos, imitando á los que se
irritan contra el cirujano que les
cura la herida. El que es santo y
humilde, dice S. Crisóstomo, se
humilla cuando se le corrige, y gi-
me de su error: el orgulloso gime
tambien, pero gime porque se le
ha descubierto su falta; y por esto
se turba, responde y se indigna con-
tra el que le advierte. El que quiere
ser verdaderamente santo, dice san
Felipe Neri, no debe jamás escusar-
se, ni aun cuando fuese falsa la in-
culpacion. No obstante es menester
esceptuar de esta regla el caso en
que fuese necesario esplicarse para
evitar el escándalo. ¡Cuan merito-
rio se hace delante de Dios el que
siendo injustamente reprendido, ca-
lla y no se escusa! Decia Sta. Tere-
sa, que se adelanta y perfecciona

mas á veces no escusándose, que oyendo diez sermones, porque no escusándose, se empieza á adquirir la libertad de espíritu, y no embarazarse por si dicen bien ó mal de nosotros.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Verbo encarnado, por los méritos de vuestra santa humildad, virtud que os hizo abrazar tantas ignominias é injurias por nuestro amor, libradme, os ruego, del orgullo, y hacedme participante de vuestra humildad. ¿Como podré quejarme de los ultrajes que se me hacen, yo, que tantas veces he merecido el infierno? ¡Ah! Jesus mio, por el mérito de tantos oprobios como suportasteis durante vuestra pasion, hacedme la gracia de vivir y de morir como vos en una profunda humildad sobre la tierra. Yo quisiera verme por vuestro amor despreciado y abandonado de todo el mundo;

pero sin vos nada puedo. ¡Yo os amo, ó mi soberano bien, yo os amo, ó bien amado de mi alma! yo os amo, y me propongo, mediante vuestra santa gracia, sufrirlo todo por vuestro amor, afrentas, traiciones, persecuciones, dolores, aridez, abandonos, todo, en fin, con tal que vos mismo no me abandoneis, ó único amor de mi alma! No permitais que me aleje nunca de vos; dadme el deseo de agradaros, un amor ferviente, la paz en los sufrimientos, y resignacion en la adversidad. Habed piedad de mí; yo nada merezco, pero lo espero todo de vos, que me habeis rescatado con vuestra sangre preciosa. Tambien espero en vos, ¡ó María, reina y madre mia! vos que sois el refugio de los pecadores.

CAPÍTULO X.

CHARITAS NON EST AMBITIOSA.

El que ama á Jesucristo nada mas desea sino á Jesucristo.

1. El que ama á Jesucristo no busca ser amado ni estimado de los hombres; todo lo que desea es ser bien visto de Dios, que es el único objeto de su amor. S. Hilario declara que todo el honor del siglo es artimaña del demonio [1]. El enemigo negocia para el infierno, cuando inspira al alma el deseo de hacerse estimar; pues perdiendo entonces la humildad, se pone á riesgo de caer en todos los escollos. El santo

[1] Omnis sæculi honor diaboli negotium est. *S. Hilar. in Matth.* 6.



apóstol Santiago asegura que el Señor tiende la mano al humilde, y resiste al orgulloso [1]; es decir, que ni aun escucha sus plegarias; pues es indudablemente un efecto del orgullo el ambicionar la estimacion de los hombres , y complacerse en los honores que de ellos se reciben.

2. ¿Puede leerse sin estremecimiento y horror lo que sucedió al hermano Justino del órden de san Francisco , por haber alimentado dentro de sí mismo este deseo de ser estimado de los hombres? Este hermano habia llegado á un punto tan eminente de perfeccion , que el papa Eugenio IV , concibiendo una alta opinion de su santidad , le hizo venir, le recibió con amor , le abrazó, le hizo sentar á su lado. Justino se envaneció por tan distinguido favor en términos , que S. Juan Capestran su abad , le dijo: Erais un ángel cuando partisteis, y á vues-

[1] Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam. *Jacob.* 4, 6.

tro regreso no sois ya mas que un demonio. Su orgullo fué creciendo progresivamente; queria que se le guardasen las mayores consideraciones, acabó por matar á su hermano de una cuchillada, apostató y huyó á Nápoles, en donde cometió otros crímenes, y por fin murió impenitente en un calabozo. Con mucha razon, pues, decia un gran servidor de Dios, que cuando oimos hablar de la caida de algunos cedros del Líbano, como de un Salomon, de un Tertuliano, de un Osío, que todo el mundo tenia por santos, es una prueba que no se habian dado enteramente á Dios, que nutrian en su interior algunos sentimientos de orgullo, y que por esto prevaricaron. Temblemos, pues, cuando percibamos que se levanta en nuestro corazon alguna ambicion de ser vistos y estimados del mundo; y cuando el mundo nos tributa algun honor, guardémonos mucho de no complacernos en él: este quizás

seria la causa de nuestra perdicion.

3. Guardémonos mucho sobre todo de los pretendidos puntos de honor. Sta. Teresa decia que aquel que está pegado á ellos no podrá jamás llevar una vida verdaderamente espiritual. Muchas personas hacen profesion de ella ; pero al mismo tiempo son idólatras de su estimacion propia : tienen una apariencia de virtud, mas en el fondo conservan el deseo de ser alabados en todas sus acciones, y cuando nadie los alaba, se alaban ellos á sí mismos; en una palabra, quieren parecer mejores que los otros, y apenas se toca á su reputacion, se turban, abandonan la comunion y todos sus ejercicios de piedad, y no sosiegan un instante hasta que les parece haber recobrado la honra. Mas no así obran los que aman de veras á Dios, pues no solo evitan todo cuanto puede atraerles elogios, sino que se contristan con los que se les dan, y

se alegran de que se les menosprecie.

4. Nada mas soy, decia S. Francisco de Asis, sino lo que soy á los ojos de Dios. ¿De qué sirve el ser estimado de los hombres, si en el juicio de Dios somos despreciables? Y ¿qué importa que nos menosprecie el mundo, si nos ama Dios [1]? Las alabanzas de los hombres no pueden librarnos de la pena debida á nuestras iniquidades, y sus inculpaciones no pueden privarnos del mérito de nuestras buenas obras. ¿Qué nos importa, decia Sta. Teresa, el ser acusados y despreciados por la criatura, si á vuestros ojos, ¡ó Dios mio! somos grandes y sin defectos? Nada deseaban tanto los Santos como vivir en la obscuridad y en el desprecio. ¿Que tuerto se nos hace cuando se tiene de nosotros mala opinion? Esta es la que cada

1 Nec malam conscientiam sanat præconium laudantis, nec bonam vulnerat conviciantis opprobrium. *Lib.* 3, *contra Petil.*

cual ha de tener de sí mismo. Nosotros hemos de saber que somos malos, y pretendemos que los demas nos tengan por buenos.

5. La vida oculta trae grandes ventajas á los que quieren amar de todo corazon á Jesucristo. El Señor quiso darnos en sí mismo el ejemplo, pasando en la obscuridad los treinta primeros años de su vida en una tienda de artesano. Los Santos, para evitar la estimacion de los hombres, fueron á visitar los desiertos. Decia S. Vicente de Paul que el deseo de que se hable de nosotros con honor, que se alabe nuestro comportamiento, y que se diga que nos conducimos en todo admirablemente, es un mal que nos hace olvidar á Dios, inficiona nuestras acciones mas santas, y daña mas que toda otra cosa á nuestros adelantamientos en la vida espiritual.

6. ¿Queremos, pues, progresar en el amor de Jesucristo? Destruyamos el amor á nuestra propia es-

timacion. Pero ¿como? Sta. María Magdalena de Pazzi nos lo enseña: la vida del deseo de ser estimado consiste en gozar de una buena reputacion con todo el mundo; la muerte, pues, de este deseo consiste en ocultarse para no ser conocido de nadie. En tanto que no se ha llegado á esta muerte, no se podrá ser jamás verdadero servidor de Dios.

7. Para hacernos gratos á los ojos de Dios, debemos renunciar á la ambicion de aparecer, y de agradar á los hombres, pero sobre todo al deseo de dominar sobre los demas. Sta. Teresa preferia ver [illegible] der su monasterio con todas sus religiosas, antes que ver entrar en él [illegible] tan maldita ambicion; y que[illegible] si se hallase por desgracia una [illegible] ligiosa que aspirase á ser nombrada superiora, fuese arrojada del monasterio, ó á lo menos encerrada para siempre. Sta. María Magdalena de Pazzi decia, que el ho-

nor de una persona espiritual era el ocupar en todas partes el último lugar, y el tener horror á ser preferida á los demas. Toda la ambicion de un alma que ama á Dios debe ser el aventajar en humildad á todos los otros, segun aquellas palabras del Apóstol: *Sed superiores en humildad* [1]. En una palabra, el que ama á Dios no debe tener otra mira ni otro objeto que Dios.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Jesus mio, dadme la ambicion de agradaros é inspiradme un profundo olvido de todas las criaturas y de mí mismo. ¿De qué me sirve el ser estimado de todo el mundo, si no lo soy de vos, que sois el único amor de mi alma? Mi dulce Jesus, vos venisteis á la tierra para ganar nuestros corazones: si yo no sé daros el mio, tomadle vos mismo, lle-

[1] In humilitate superiores. *Phil.* 2, 3.

nadie de vuestro amor, y no permitais que me separe ya mas de vos. Yo os he ofendido, mas ahora me arrepiento de todo mi corazon, y nada me aflige tanto como el recuerdo de mis pecados. Consuélome al pensar que vuestra bondad es infinita, y que jamás negais vuestro amor á un pecador que os ama. ¡Amable Redentor, único amor de mi alma! yo os he despreciado, mas ahora os amo mas que á mí mismo, y me doy á vos sin reserva. No tengo mas deseo que amaros y complaceros: recibid este deseo, aumentadle, y destruid en mí todo deseo de los bienes de la tierra. Vos sois demasiado digno de ser amado, y demasiadas obligaciones tengo yo para con vos para dejaros de amar. Aquí me teneis: quiero ser todo de vos, y por vuestro amor quiero sufrir todo cuanto sea de vuestro agrado, pues por mí habeis muerto en la cruz. Vos quereis que yo sea santo, y vos podeis hacer que lo sea:

en vos pues pongo toda mi confianza. Y vos, ó María, madre de mi Dios! yo espero tambien en vuestra proteccion.

CAPÍTULO XI.

CHARITAS NON QUAERIT QUAE SUA SUNT.

El que ama á Jesucristo aspira á desasirse de toda criatura.

1. El que quiere amar perfectamente á Jesucristo, debe desterrar de su corazon todo lo que no es Dios, todo amor propio. No debe buscarse á sí mismo, sino solamente lo que agrada á Dios. Esto es lo que nos manda el Señor cuando nos dice:

Amarás á Dios de todo tu corazon [1]. Para amar á Dios de todo corazon es necesario 1.° desterrar de él todo lo que sabe á terrestre; 2.° llenarle de amor divino. Así que, un corazon que conserva alguna afeccion de la tierra no puede ser todo de Dios. S. Felipe Neri decia, que cuanto mas amamos la criatura, menos amamos á Dios. Pero ¿como se puede purificar el corazon de todo afecto terrestre? Se le purifica por las mortificaciones, y por el desapego á toda criatura. Quéjanse ciertas almas de que buscando á Dios ne le encuentran; mas ved lo que les responde Sta. Teresa: *Desasid vuestro corazon de la criatura y buscad á vuestro Dios: entonces le encontrareis.*

2. El mal está en que hay personas que quieren santificarse, pero á su modo; quieren amar á Jesucristo, pero siguiendo su inclina-

1 Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo. *Matth.* 22, 37.



cion; es decir, sin renunciar á sus diversiones, á la vanidad en el vestir y á las delicias de la mesa. Aman á Dios; pero si no pueden llegar á obtener tal empleo, viven inquietas, y si se toca á su reputacion se irritan, si no curan de tal enfermedad pierden la paciencia. Aman á Dios, pero conservan el amor de las riquezas, de los honores y de las vanidades: quieren pasar por nobles, por sabias, por mejores que los demas. Tales personas tienen oracion, frecuentan los sacramentos, pero como en estos ejercicios traen un corazon enteramente terreno, poco fruto sacan de ellos. El Señor ni aun les habla, porque ve que seria en vano, como así lo declaró un dia á Sta. Teresa: « Yo hablaria á muchas almas, pero el mundo hace demasiado estruendo á sus oidos para que oigan mi voz. » ¡Oh! si se alejasen un poco del mundo! El que está, pues, henchido de terrestres afecciones, ni aun es ca-

paz de escuchar la voz de Dios que le habla ; mas ¡ ay de él ! pegado á las cosas sensibles , cuan fácil es que un dia no le cieguen , que cese de amar á Jesucristo , y que para no perder bienes caducos pierda un bien infinito y eterno ! Decia santa Teresa ser muy justo que el que corre tras bienes perecederos perezca tambien él.

3. El emperador Tiberio queria que el Senado colocase á Jesucristo en el número de los Dioses [1] : mas el Senado se denegó á ello diciendo , que aquél era un Dios orgulloso , que queria ser adorado solo y sin compañeros. Esto es una verdad , Dios quiere ser adorado solo y amado de nosotros , no por orgullo , sino porque lo merece. Como nos ama mucho , exige todo nuestro amor , y no sufre que otro tenga parte en un afecto que quiere todo para él , ni quiere que amemos

1 *S. Aug. lib. 1. cap. 22 , de conf. etc.*

otra cosa mas que á él; y si ve que una criatura tiene alguna parte en un corazon, le tiene en alguna manera envidia, como lo dice el apóstol Santiago, porque él no sufre rivales, sino que quiere ser el único amado [1]. El Señor llama á su Esposa un *jardin cerrado*, porque el alma que verdaderamente le ama tiene el corazon cerrado á todo amor terrenal para conservar solamente el de Jesucristo. ¿No merece Jesucristo todo nuestro amor? ¡Él nos ha amado y nos ama tanto! Muy bien lo conocen los Santos; decia S. Francisco de Sales, que si hubiese sabido que una sola fibra de su corazon no fuese de Dios, hubiera querido arrancársela al instante.

4. David deseaba tener alas como la paloma, es decir, un corazon puro y desprendido de toda afeccion terrena para volar al seno de

1 An putatis, quia inaniter Scriptura dicat: Ad invidiam concupiscit vos spiritus, qui habitat in vobis? *Jac.* 4, 5.

Dios y reposar en él [1]. Muchas almas quisieran verse desatadas enteramente de la tierra para volar á Dios, y harian grandes progresos en la virtud si se desasiesen enteramente de todo; mas porque amenazan en su corazon algun pequeño afecto desarreglado y no se esfuerza á renunciar á él, continuan en el lánguido estado de su miseria, sin jamás avanzar un paso en el camino de la perfeccion. S. Juan de la Cruz decia: «El alma pegada con afecto á un objeto por pequeño que sea, aun cuando tuviese de otra parte muchas virtudes, jamás llegará á la union perfecta con Dios; porque poco importa que el pájaro esté atado por un hilo fuerte ó flaco, pues por débil que sea, el pájaro estará atado mientras no lo rompa, y no podrá volar jamás.» Es una lástima ver almas ricas en virtudes y en gracias, que por no tener va-

1 Quis dabit mihi pennas sicut columbæ? volabo, et requiescam. *Ps.* 54, 7.

lor para renunciar á una pequeña aficion, no pueden llegar á la union divina, cuando les bastaria tomar un generoso vuelo capaz de romper el hilo que las tiene detenidas, y por este medio adquiririan un tesoro infinito de gracias, pues que Dios se comunicaria á ellas plenamente.

5. El que quiere que Dios se dé todo á él, debe darse todo á Dios. *Mi amado para mí*, decia la sagrada Esposa, *y yo para mi amado* [1]. Jesucristo, porque nos ama mucho, quiere todo nuestro amor, y si no lo tiene todo entero, ya no está contento. Sta. Teresa escribia á una priora de uno de sus monasterios: « Haced de modo que eleveis las almas á un desprendimiento total de la criatura, porque ellas deben ser las esposas de un rey tan celoso, que quiere que hasta se olviden á sí mismas. » Sta. María Magdalena de Pazzi quitó un librito de

1 Dilectus meus mihi, et ego illi. *Cant.* 2, 16.

piedad de una de sus novicias por la sola razon de que estaba aficionada á él en demasía. Hay almas que hacen regularmente la oracion mental, la visita al santísimo Sacramento y la comunion; mas porque su corazon está ocupado de antemano por algun afecto terreno, hacen poco ó ningun progreso en la perfeccion; y continuando en vivir así, no solamente serán siempre miserables, sino que están en peligro de perderlo todo.

6. Preciso es, pues, como David, rogar á Dios que purifique nuestro corazon de todo apego terreno [1], porque de otro modo no podremos ser todos de él. Jesucristo mismo lo ha dicho: Es preciso renunciarlo tódo, para ser su verdadero discípulo [2]. Así los antiguos padres del desierto, cuando se presentaba un jóven para agregarse á

1 Cor mundum crea in me, Deus. *Ps.* 50, 12.
2 Qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus. *Luc.* 14, 33.

su compañía, le hacian ante todo esta pregunta: *¿Traeis aquí un corazon vacío para que pueda llenarlo el Espíritu Santo?* Rogando santa Gertrudis al Señor, que le diese á conocer lo que de ella queria, él le dijo: *Lo que de tí quiero es un corazon vacío de la criatura.* Es preciso, pues, decir á Dios con todo corazon: Señor, yo os prefiero á todo, á la salud, á las riquezas, á las dignidades, á los honores, á las alabanzas, á las ciencias, á los consuelos, á las esperanzas, á los deseos, y hasta á las gracias y á los beneficios que de vos recibir pudiera. En una palabra, os prefiero á todo lo que no sois vos, ¡ó Dios mio! Todo lo que vos podeis darme fuera de vos, ó Dios mio, no me basta. Á vos solo os quiero, y nada mas.

7. Desde el momento en que un corazon queda vacío de la criatura, viene á llenarle el amor de Dios. Sta. Teresa decia: «Alejad de vuestros ojos las ocasiones dañosas, y

desde luego el alma se volverá hácia Dios y le amará. » Sí, porque el alma no puede vivir sin amar; ella debe amar ó el Criador ó las criaturas; y si no ama las criaturas, amará ciertamente al Criador. En una palabra, preciso es renunciar á todo para alcanzarlo todo. Mientras Sta. Teresa conservó una afeccion, aunque honesta, hácia uno de sus parientes, no era toda de Dios; mas desde que hubo roto enteramente con esta afeccion, mereció que Jesucristo le dijese: *Ahora Teresa eres toda mia, y yo soy todo tuyo.* ¡Tan poco como es un corazon para amar á un Dios tan bueno y tan amable, que merece un amor infinito, y quisiéramos nosotros partir un corazon entre él y las criaturas! El venerable Luis de la Fuente se avergonzaba de decir á Dios: Señor, yo os amo sobre todas las cosas, mas que las riquezas, los honores, mis parientes y amigos: porque le parecia como si dijese:

Señor, yo os amo mas que el lodo, el humo y los gusanos de la tierra.

8. El profeta Jeremías dice que el Señor es infinitamente bueno con aquel que le busca [1]; es decir, con aquel que no busca sino á Dios solo. ¡ Pérdida feliz ! preciosa conquista ! perder los bienes de la tierra que no llenan el corazon y acaban luego, por adquirir un bien infinito y eterno, todo un Dios! Cuéntase que un príncipe estando de caza encontró un piadoso solitario que caminaba por los bosques; el príncipe le preguntó quien era y á donde iba. —Y vos, señor, le respondió el anacoreta, ¿qué haceis en esta soledad? —Yo doy la caza á los animales, le dijo el príncipe. —Pues yo, replicó el solitario, busco á Dios. Y continuó su camino. A ejemplo suyo, nuestro solo y único objeto en esta vida debe ser buscar á Dios para amarle y hacer su volun-

1 Bonus est Dominus animæ quærenti illum. *Thren.* 3, 25.

tad, despues de haber desterrado de nuestro corazon todo apego á la criatura. Cuando nos sintamos tentados á amar los bienes del mundo, digámonos á nosotros mismos: ¿Qué son las dignidades del mundo sino un lodo, un humo que á la muerte desaparece? Feliz el que puede decir: Jesucristo, Señor mio, todo lo he dejado por vuestro amor; á vos solo amo, y vos solo me bastais.

9. Cuando un alma se halla enteramente poseida del amor divino, ella por sí misma y con el socorro de la gracia se va despojando de todos los objetos terrenos que la impedirian de ser toda de Dios. Decia S. Francisco de Sales, que cuando arde una casa, se arrojan los muebles por la ventana; es decir, que cuando una persona se da toda á Dios, sin necesidad de exhortaciones, de confesores ni de predicadores, procura por sí misma despojarse de toda afeccion terrena. El

P. Segneri, el jóven, decia, que el amor divino nos despoja felizmente de todo para no hacernos poseer sino á Dios. Un hombre rico habia renunciado á todos sus bienes, y se habia reducido á la pobreza voluntaria por el amor de Jesucristo; uno de sus amigos le preguntó la causa, y sacando de su seno el libro del Evangelio: *Ved ahí*, le dijo, *el que me ha robado todas mis riquezas*. El Espíritu Santo dice: *Si diere el hombre toda la substancia de su casa por el amor, como nada la despreciará* [1]. Cuando un alma pone en Dios todo su amor, lo desprecia todo, riquezas, placeres, dignidades, honores, hasta los cetros, no quiere otra cosa que Dios, diciendo y repitiendo sin cesar: *Dios mio, á vos solo quiero, y nada mas*. Dice S. Francisco de Sales que el puro amor de Dios consume todo lo que no es Dios para

1 Si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione, quasi nihil despiciet eam. *Cant.* 8, 7.

convertirlo todo en este mismo amor: pues todo cuanto se hace por el amor de Dios es amor.

10. Decia la sagrada Esposa: *Me introdujo en la cámara del vino, ordenó en mí la caridad* [1]. Escribe santa Teresa que cuando el divino amor se apodera de un corazon, de tal manera le embriaga, que le hace olvidar todas las criaturas. Un hombre ébrio es como un muerto; ni ve, ni oye, ni habla; tal es el estado de un alma ébria de amor divino: carece casi absolutamente de sentidos para las cosas de este mundo; no quiere pensar sino en Dios, ni hablar sino de Dios, ni obrar sino por Dios; en una palabra, quiere que todas sus acciones y todo su amor sea para Dios. En los sagrados Cánticos el Señor prohibe dispertar su amada que está durmiendo [2].

1 Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem. *Cant.* 2. 4.

2 Ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam. *Cant.* 2, 7.

Este dulce sueño del alma que ama á Jesucristo no es otra cosa, dice S. Basilio, que un olvido voluntario y habitual de todas las criaturas para no ocuparse sino en Dios, y poder decirle con S. Francisco: *Mi Dios, ¿qué son las riquezas, las dignidades y los bienes del mundo? Vos solo, ó Dios mio, sois todo mi tesoro.* ¡Ah! que no comprendamos toda la fuerza de estas palabras: *Mi Dios, y mi todo!* Nada hay mas dulce para quien ama, que repetirlas sin cesar.

11. Es, pues, necesario para llegar á la perfecta union con Dios, el desprenderse totalmente de las criaturas, y particularmente el renunciar al amor desordenado de nuestros padres y parientes. Jesucristo dijo: *Si alguno de los que me siguen no aborrece*, ó no ama menos que á mí, *á su padre y madre, y á la muger, y á los hijos, y á los hermanos y hermanas, y aun su vida misma, no puede ser mi discípulo* [1]. ¿Y

[1] Si quis venit ad me, et non odit patrem

porqué este ódio de los parientes? Porque muy á menudo los mayores enemigos de nuestra alma son nuestros allegados. *Y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa* [1]. S. Carlos Borromeo acostumbraba decir, que cuando iba á casa de sus parientes sentia siempre una disminucion de piedad. El P. Antonio Mendoza preguntado porque no se acercaba á la casa de sus parientes, respondió: «Porque sé por esperiencia que no hay lugar en que los religiosos pierdan mas la devocion que en la de sus deudos.»

12. Cuando se trata de elegir estado, es muy cierto, como enseña Sto. Tomás de Aquino, (2. 2. *q.* 10. *a.* 5.) que no estamos obligados á obedecer á los autores de nuestros dias. Si un jóven es llamado al estado religioso y sus padres se oponen

suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres. adhuc autem, et animam suam non potest meus esse discipulus. *Luc.* 14, 26.

1 Et inimici hominis domestici ejus. *Matth.* 10, 36.

á ello, debe preferir la voluntad de Dios á la de sus padres, los cuales mirando por sus intereses personales quieren dañar á su bien espiritual [1]. Los padres, dice S. Bernardo, consienten en que sus hijos se condenen, con tal que no abandonen su casa.

13. Lo mas particular es que padres y madres que de otra parte viven en el temor de Dios, no omiten medio para estorbar la vocacion de un hijo que quiere ser religioso: no obstante, escepto de algunos casos muy raros, no puede escusárseles de falta mortal. Mas se dirá, este jóven ¿no pudiera salvarse sino se hiciese religioso? ¿Acaso todos los que se quedan en el mundo se condenan? A esto respondo: que los no llamados al estado religioso se salvarán en el mundo cumpliendo los deberes de su estado; pero los que son á él llamados y no obe-

1 **Frequenter amici carnales aversantur profectui spirituali.** *S. Thom.* **2. 2., *q.* 186. *art.* 10.**

decen la voz de Dios podrán salvarse es verdad, pero se salvarán muy difícilmente, porque carecerán de los socorros especiales que el Señor les habia preparado en el estado religioso, y sin los cuales no se salvarán. El teólogo Habert pretende que el que falta á su vocacion, permanece en la Iglesia como un miembro fuera de su lugar, y por lo tanto no podrá sin mucha dificultad cumplir con sus deberes y salvarse [1].

14. El P. Granada llama á la eleccion de estado la rueda principal: y así como en un reloj, una vez desarreglada esta rueda todas las demas están en desórden, asimismo, si se falta á la vocacion, toda la vida es un puro desórden. ¡Cuantos infelices jóvenes para obedecer á sus padres han perdido su

1 Non signe magnis difficultatibus poterit saluti suæ consulere, manebitque in corpore Ecclesiæ velut membrum, quòd ægre servire potest, et cum deformitate. *De ord. c.* 1. §. 2.



vocacion, han tenido un mal fin, y han venido á ser la ruina de su familia! Un jóven dejó de hacerse religioso por respeto á su padre, mas teniendo despues con él algunas pendencias, le mató con su propia mano, y pereció á manos de la justicia. Otro jóven, puesto en un seminario, fué llamado al estado religioso, no correspondió á su vocacion, abandonó poco á poco todos sus ejercicios de piedad, y se abandonó en fin á la disolucion: mas una noche, saliendo de la casa de una muger de mala vida, fué muerto por un rival: á sus gritos corrieron sacerdotes para socorrerle, pero ya estaba muerto. ¿Cuantos ejemplos como este pudiera yo citar aquí?

15. Sto. Tomás el Angélico exhorta á los que son llamados á una vida mas perfecta, á no tomar en esto consejo de sus padres, porque en esta materia son sus enemigos [1]. Y si los hijos no están obli-

1 Ad hoc consilio amovendi sunt carnis pro-

gados á tomar el consejo de sus padres acerca de su vocacion, menos deberán pedirles y esperar de ellos el permiso para seguirla, sobre todo cuando tienen motivos para temer que les será negado injustamente, ó que les pondrán obstáculos á ella. Sto. Tomás de Aquino, S. Pedro de Alcántara, S. Francisco Javier, S. Luis Beltran y muchos otros abrazaron el estado religioso, sin ni siquiera hacerlo saber á sus padres.

16. Y no solo hay peligro de perderse cuando para condescender á la voluntad de los padres no se entra en el estado religioso sintiéndose llamado; sino que se corre el mismo riesgo cuando para no disgustar á los deudos se abraza el estado eclesiástico sin ser llamado á él. Tres señales indican el llamamiento á tan subli-

pinqui....propinqui enim in hoc negotio amici non sunt, sed inimici, juxta sententiam Domini: Inimici hominis domestici ejus. *Opusc.* 17, c. 10.

me estado: la ciencia, la pureza de intencion, es decir, el no buscar sino á Dios, y una buena vida. El santo concilio de Trento manda á los obispos no elevar á los sagrados órdenes sino aquellos que habrán sido probados, y cuya conducta es irreprensible [1]. Aunque esto se entienda directamente de la prueba esterior que debe exigir un obispo acerca de la probidad de un ordenando, no puede dudarse que el concilio no exige solamente la probidad esterior sino la interior, sin la cual la primera es ilusoria. Dice el concilio en el capítulo XII que los ordenandos deben ser dignos; y así, para probar la probidad del ordenando prescribe Intersticios en cada órden.

17. De ello da la razon Sto. Tomás, y es, que el ordenando en cada órden que recibe está destinado al supremo ministerio de servir á

1 *Sess.* 23. *cap.* 13.

Jesucristo en el sacramento del altar; así pues, la santidad de un eclesiástico ha de sobrepujar á la santidad de un religioso [1]. Sto. Tomás habla aquí especialmente de aquellos que se presentan para ordenarse: y dice que es menester que sean santos antes que se les ordene, y muestra la diferencia que hay entre el estado de un religioso y el de un ordenando: porque en el estado religioso se purifica uno de sus vicios, pero para recibir los sagrados órdenes es preciso ser ya puro y santo. Sto. Tomás declara en otro lugar [2] que esta santidad debe preceder á la ordenacion, y la llama necesaria; no solamente para que el que es ordenado ejerza dignamente su órden, sino tambien para que el ordenando sea digno de ser contado entre los

1 Quia per sacrum ordinem aliquis deputatur ad dignissima ministeria, quibus ipsi Christo servitur in Sacramento altaris, ad quod requiritur major sanctitas exterior; quam requirat etiam religionis status. 2. 2. *q.* 184, *art.* 8.

2 *part. Supplem. qu.* 35, *art.* 1. *ad.* III. 3.

ministros de Jesucristo: concluyendo que la gracia del sacramento no será por esto inútil, sino que ayudará al ordenando á adquirir mayores merecimientos.

18. En mi *Teología moral* (*L.* 6. *cap.* 2. *n.* 63.) probé que los que reciben el órden sagrado sin que su vida anterior haya sido buena verdaderamente, no pueden quedar escusados de falta grave, por haber subido á un grado tan sublime sin vocacion: pues no puede decirse llamado por Dios aquel que toma un órden sagrado sin hallarse aun libre de un hábito vicioso, sobre todo en materia de impureza; no le basta hallarse bien dispuesto actualmente y bastante arrepentido para que pueda ser absuelto, porque no por esto está en buena disposicion para recibir los santos órdenes, si antes y con largo tiempo de anticipacion no ha llevado una vida arreglada; de otra manera, comete un pecado mortal á

causa de la presuncion con que sin ser llamado se coloca en el ministerio santo, dice S. Anselmo [1]; y á causa del grande peligro de condenarse á que se espone en semejante caso, segun Abelly [2]. Soto asegura tambien, hablando del sacramento del órden, que la santidad positiva en el ordenando es de precepto [3]. Tomás Sanchez [4], Holzman [5], la escuela de Salamanca [6], todos son de la misma opinion. Así

1 Qui enim se ingerit, et propriam gloriam quærit, gratiæ Dei rapinam facit; et ideo non accipit benedictionem, sed maledictionem.

2 Qui sciens, nulla divinæ vocationis, habita ratione se in sacerdotium intruderet, haud dubie seipsum in apertum salutis discrimen, injiceret.

3 Quamvis morum integritas non sit de essentia Sacramenti, est tamen præcepto divino maxime necessaria.... At vero quod de idoneitate eorum, qui sacris sunt initiandi ordinibus, definitur, non est generalis illa dispositio, quæ in suscipiendo quodcumque Sacramentum requiritur, ne sacramentalis gratia obicem inveniat: enim vero quod ad sanctitatem ordinis homo non solum gratiam suscipit, sed ad sublimiorem gradum conscendit, requiritur in eo morum honestos, et virtutum claritas.

4 *Consil. cap.* 1., *d.* 46, *num.* 1.

5 *De Sacr. Ord.*

6 *De Sacr. Ord. cap.* 5., *num.* 46.

pues, lo que acabo de decir no es solo el parecer de un doctor particular, es un comun sentir fundado en la doctrina de Sto. Tomás.

19. En este caso cometerán pecado mortal no solo el ordenando que recibe los órdenes sin tener la probidad que se requiere, sino tambien el obispo que se los confiere sin una prueba suficiente para estar moralmente seguro de la buena conducta del ordenando; y el confesor que absuelve á un pecador habitual, que sin una larga prueba de su enmienda quiere ser promovido á los sagrados órdenes; y por fin los padres, que conociendo la mala conducta de su hijo, no perdonan medios para hacerle tomar los órdenes sagrados con el fin de que sea despues el apoyo de la familia. No instituyó Jesucristo el estado eclesiástico para que ayudase las casas de los seculares, sino para procurar la gloria de Dios y la salud de las almas. Algunos consideran

el estado eclesiástico como un empleo ó un oficio honorífico y lucrativo; pero se engañan. Así que, cuando los padres van á suplicar al obispo que ordene uno de sus hijos, cuya fama es de ignorante ó libertino, alegando que su familia es pobre y que no saben como hacerlo. el obispo debe responderles: *No, hijo mio, el estado eclesiástico no fué establecido para socorrer la pobreza de las familias, sino para procurar el bien de la Iglesia.* Preciso es despacharles sin darles oidos, porque tales sugetos acarrearian la ruina no solamente de sus almas sino tambien la de sus familias y la de su pais.

20. Por lo que hace á los sacerdotes que viven en el seno de su familia, instados por sus padres que se dediquen menos al santo ministerio que á interesarse en aumentar los intereses de la familia, deben responderles lo que el Salvador respondió á su santa Madre: *¿No sa-*

biais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre [1]? Yo soy sacerdote: mi deber no es el de amontonar dinero, procurar honores, regir la casa, sino el estar retirado, hacer oracion, estudiar y socorrer las almas. Cuando es absolutamente necesario ayudar á la familia, debe hacerlo en cuanto pueda, pero sin perjuicio de su propia santificacion y la de los demas; este es su principal negocio.

21. El que quiere ser todo de Dios no debe desear ser estimado del mundo. Mas ¡ay! cuantos hay que para lograr esta estimacion, se alejan de Dios, y hasta llegan á perderle! Oyen hablar, por ejemplo, de alguno de sus defectos: ¿que no hacen para justificarse y para manifestar que es una falsedad, una calumnia? Si practican alguna obra buena, todos los medios emplean

1 Nesciebatis, quia in his, quæ Patris mei sunt, oportet me esse? *Luc.* 2. 49.

para que la sepa todo el mundo con el fin de ser alabados por ella. No es este el modo de obrar de los santos: quisieran estos que todo el mundo conociera sus defectos para ser tenidos por tan miserables como lo son ellos á sus propios ojos; y quisieran, al contrario, que sus virtudes fuesen conocidas solo de Dios á quien desean agradar únicamente. Este es el motivo porque les gusta la vida obscura y oculta, pues quieren obedecer al Salvador, el cual nos inculca hacer la limosna y rogar en secreto: *Cuando des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace la derecha* [1]. Y luego: *Al contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora en secreto á tu Padre* [2].

22. Sobre todo es preciso des-

[1] Te autem faciente eleemosynam, nesciat sinistra tua, quid faciat dextera tua. *Matth.* 6, 3.

[2] Tu autem cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum in abscondito. *Ibid.* 6.

prenderse de sí mismo, es decir, de su propia voluntad. Al que logra al fin vencerse á sí mismo, poco le costará el vencer las demas repugnancias; y esta es la advertencia que hacia muy á menudo S. Francisco Javier, porque dijo Jesucristo: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo* [1]. He aquí en resúmen lo que hemos de hacer para ser santos, *renunciar á nosotros mismos, y apartarnos de nuestra propia voluntad* [2]. Dice S. Francisco de Asis que este es el mayor don que podemos recibir de Dios. Asegura S. Bernardo, que si todos los hombres renunciasen á su propia voluntad, nadie se condenara [3]: la propia voluntad vuelve defectuosas hasta las buenas obras [4]. Si por ejemplo un penitente quisiese hacer alguna mortifica-

1 Si quis vult post me venire, abneget semetipsum. *Ibid.* 16. 24.

2 Post concupiscentias tuas non eas, et à voluntate tua avertere. *Eccl.* 18. 30.

3 Cesset propria voluntas, et infernus non erit.

4 Grande malum propria voluntas, qua fit ut bona tua tibi bona non sint.

cion, contra la voluntad de su padre espiritual, esta mortificacion, como hija del amor propio, seria defectuosa. ¡Ay de aquel que vive esclavo de su propia voluntad! Deseará muchas cosas que no podrá lograr, y se verá forzado á sufrir otras que le serán desagradables. *¿De donde nacen las riñas y pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales hacen la guerra en vuestros miembros? Codiciais, y no lograis* [1]. El primer enemigo que tenemos es la carne: huyamos la ocasion, mortifiquemos nuestros ojos, encomendémonos á Dios, y cesará la guerra. El segundo enemigo es la avidez de las riquezas: amemos la pobreza, y la guerra cesará. El tercero es la ambicion: amemos la humildad y la vida oculta, y se acabará tambien la guerra. El cuarto y

1 Unde bella, et lites in vobis? Nonne hinc? Ex concupiscentiis vestris, quæ militant in membris vestris? Concupiscitis, et non habetis. *Jac.* 4, 1 *et* 2.



mas peligroso de todos los enemigos es la propia voluntad: resignémonos á la voluntad de Dios, y la guerra cesará. S. Bernardo dijo que todas nuestras inquietudes nacen de no poder satisfacer la propia voluntad [1]. De ello se quejaba el Señor á Sta. María Magdalena de Pazzi, diciéndola: *Hay almas que quieren tener mi espíritu; pero como quieren tenerle á su guisa, se hacen incapaces de recibirle.*

23. Es menester pues amar á Dios, pero amarle del modo que á él le agrada, no como nos agrada á nosotros. Dios quiere que el alma quede despojada de todo, á fin de poderla unir á sí y llenarla de su amor. A este propósito dice Sta. Teresa: La oracion unitiva no me parece ser mas que una muerte total á las cosas de este mundo para no gozar sino de Dios. Lo cierto es, que

1 Unde turbatio nisi quia propriam voluntatem sequimur?



cuanto mas nos desprendamos de las criaturas por el amor de Dios, mas nos llenará él de su amor y nos unirá á sí. Muchas personas quisieran llegar á la perfecta union con Dios, mas no quisieran sufrir ni las adversidades, ni las dolencias, ni la pobreza, ni las afrentas; sin embargo, mientras no estén enteramente resignadas á la voluntad de Dios, no llegarán á esta union perfecta. Dice Sta. Catalina de Génova, que para llegar á la union con Dios es preciso pasar por el crisol de las adversidades. Dios nos las envia para purificarnos de todas nuestras malas inclinaciones interiores y esteriores. Así pues, los desprecios, las enfermedades, la pobreza, las tentaciones, todo nos es en estremo necesario para combatir y vencer, y estinguir en nosotros, á fuerza de victorias, todo sentimiento contrario á la ley de Dios. Mientras las adversidades no nos parezcan dulces, por respecto á Dios, no lle-

garemos por cierto á esta union divina.

24. San Juan de la Cruz dice, que para llegar á la perfecta union con Dios, es menester practicar una entera mortificacion de los sentidos y apetitos; en cuanto á los sentidos, desechar desde luego todo placer que no tenga por mira la gloria de Jesucristo; por ejemplo, si nos viene el deseo de ver ú oir alguna cosa que no serviria para unirnos mas á Dios, renunciar á ella. En cuanto á los apetitos, inclinarse siempre á lo mas penoso, á lo mas desagradable, á lo mas pobre, sin desear otra cosa que el sufrimiento y el desprecio. En una palabra, el que ama verdaderamente á Jesucristo pierde el afecto á todas las cosas de este mundo, y busca como despojarse de todo para quedar solamente unido á Jesucristo. Todos sus deseos se dirigen á Jesus, piensa siempre en Jesus, suspira siempre por Jesus, y á Jesus tan solo

quiere agradar en todo tiempo, en todo lugar y en toda ocasion; mas para llegar á este punto es necesario pensar de continuo en desterrar del corazon todo afecto que no sea por Dios. ¿Qué debe, pues, hacer un alma para darse toda á Dios? Debe 1.º evitar todo cuanto disgusta á Dios, y hacer todo lo que mas le agrada; 2.º aceptar sin escepcion todo lo que Dios envia, por duro, por desagradable que sea; 3.º preferir en todo la voluntad de Dios á la suya. Ved ahí el modo de ser enteramente de Dios.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Mi Dios, y mi todo, yo conozco que no obstante mis ingratitudes y mis negligencias, continuais en llamarme á vuestro amor. Aquí me teneis, no resistiré mas. Yo renuncio á todo para ser de vos; renuncio á mí mismo y á mi propia voluntad. ¡Ah! ¿qué no habeis hecho

para que yo os ame? Sí: yo os amo: mi alma arde en amor por vos, ó mi dulce Jesus, por vos solo suspiro. ¿Y como pudiera no amaros despues de haberos visto morir de dolor por mi salud? ¿Como pudiera veros clavado en este árbol de dolores, sin amaros con todo mi corazon? Sí, yo os amo con toda mi alma, y no tengo otro deseo que amaros en esta vida y por toda la eternidad. ¡Ó Dios mio, amor mio, esperanza mia, mi fuerza y mi consuelo! haced que os sea fiel; ilustradme para que conozca lo que debo arrancar de mi corazon, y dadme la fuerza necesaria para practicarlo: pues en todo quiero obedeceros. ¡Esposo divino de mi alma! me ofrezco y me doy todo á vos para satisfacer al deseo que teneis de uniros conmigo, á fin de unirme tambien á vos, ¡ó mi Dios y mi todo! ¡Ah! venid, ó Jesus mio! tomad posesion de todo mi sér, y fijad en vos todos mis pensamientos y

todos mis afectos. Yo renuncio á todas mis inclinaciones, á todos los consuelos, á todas las criaturas, vos solo me bastais. Hacedme la gracia de no pensar en otra cosa que en vos, de no desear sino á vos, de no trabajar sino para vos, ¡ ó mi amor, y mi todo! Y vos, ó María, madre de mi Dios! alcanzadme la perseverancia.

CAPÍTULO XII.

CHARITAS NON IRRITATUR.

El que ama á Jesucristo no se irrita jamás contra su prójimo.

1. La virtud que apacigua la cólera cuando se recibe alguna contrariedad nace de la mansedumbre.

En los precedentes capítulos hemos hablado ya de los actos que tienen relacion con la mansedumbre; mas como esta es una virtud que debemos practicar acá en la tierra, entraremos además en algunos pormenores mas especiales y mas prácticos.

2. La humildad y la mansedumbre fueron las dos virtudes favoritas de Jesucristo, por lo cual nos dice que aprendamos de él el ser humildes y mansos [1]. Nuestro Redentor tuvo el nombre de Cordero, tanto por causa del sacrificio de la Cruz, como por la dulzura especial que manifestó durante su vida, y sobre todo en el tiempo de su pasion. Cuando en casa de Caifás recibió un bofeton y fué tratado de temerario, Jesus no hizo mas que responder: *Si he hablado mal, dime en qué, y si bien por qué me hieres* [2]? Has-

1 Hoc discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.

2 Si males locutus sum, testimonium perhibe de malo; si autem bene, quid me cædis? *Jo.* 18. 23.

ta la muerte se portó Jesus con la misma mansedumbre. Cuando estaba en la cruz y le blasfemaban é insultaban su santo nombre, rogaba á su Padre que les perdonase: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que, hacen* [1].

3. ¡Oh! cuan agradables son á Jesus los corazones humildes y mansos, que saben soportar las afrentas, las burlas, las calumnias, las persecuciones, y hasta los golpes y heridas sin enfurecerse contra aquellos que los ultrajan ó que los hieren [2]! La oracion del manso es siempre agradable á Dios, es decir, que es siempre atendida. Dios promete especialmente el paraíso á los que son mansos: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra* [3]. El padre Alvarez dice que el cielo

1 Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. *Luc.* 23. 34.

2 Mansuetorum semper tibi placuit deprecatio. *Judith* 8. 16.

3 Beati mites, quia ipsi possidebunt terram. *Matth.* 5. 4.

es la patria de los que acá en la tierra son despreciados y pisoteados; y en verdad, porque á estos y no al hombre soberbio, honrado y estimado del mundo, está reservada la posesion del reino eterno. Dice David que los que son mansos no solo alcanzarán la felicidad eterna, sino que aun en este mundo *se deleitarán en muchedumbre de paz* [1]. Los santos no conservan ningun resentimiento con aquel que los maltrata, sino que le aman mas que antes; y en premio de su paciencia, aumenta el Señor sù paz interior. Cuando alguno habla mal de mí, dice Sta. Teresa, paréceme que le llevo un nuevo afecto. Léese en el acta de canonizacion de cierta santa, que las injurias venian á ser un título para ser amados de ella. No puede llegarse á tan alto grado de mansedumbre sin tener una grande humildad, una baja opinion de sí

1 Mansi hæreditabunt terram, et delectabuntur in multitudine pacis. *Ps.* 36, 11.

mismo, y sin creerse digno de toda suerte de desprecios; pues ¿porqué el hombre soberbio está siempre colérico y vengativo? Porque tiene una alta opinion de sí mismo, y se cree digno de todo honor.

4. *Bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor* [1]. Es preciso, pues, morir en el Señor para ser feliz y para empezar á gustar la felicidad ya en esta vida; entendiéndose la felicidad que puede gozarse en la tierra, felicidad, que si bien muy inferior á la del cielo, es tal, sin embargo, que escede á todos los placeres sensibles de esta vida, decia el Apóstol á sus discípulos [2]. Mas repito que para alcanzar esta paz, hasta en medio de las afrentas y de las calumnias, es necesario estar muerto en el Señor; pues el que es muerto no siente nin-

1 Beati mortui, qui in Domino moriuntur. *Apoc.* 14. 13.

2 Et pax Dei, quæ exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra. *Philip.* 4, 7.

gun mal tratamiento. Así, el que es manso, á la manera de un muerto que no ve, y que es insensible, debe sufrir todos los desprecios. El que ama de veras á Jesucristo llega á aquel estado, pues resignado enteramente á su santa voluntad, recibe con la misma paz y la misma igualdad de espíritu la prosperidad y la adversidad, los consuelos y las aflicciones, las injurias y los obsequios. Así lo practicaba el Apóstol, y decia despues: Yo rebozo de alegría en medio de las tribulaciones [1]. ¡Feliz el que llega á este grado de virtud! El gusto de una paz contínua es mas preciosa que todos los bienes de este mundo. S. Francisco de Sales decia: *¿Que vale todo el mundo comparado con la paz del corazon?* Y en verdad, ¿de qué sirven todos los tesoros y todos los honores del mundo al que vive inquieto y no tiene paz en su corazon?

1 Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. 2. *Cor.* 7, 4.

5. Para vivir siempre unidos á Jesucristo, es menester que conservemos en todo la paz del alma, sin dejarnos turbar por las adversidades que nos sobrevienen [1]. El Señor no habita en corazon devorado de inquietud. Escuchemos las bellas lecciones de mansedumbre que nos da S. Francisco de Sales: No os dejeis dominar de la cólera, dice, ni le deis jamás entrada á vuestro corazon bajo cualquiera pretesto que sea; pues una vez introducida en él, ya no está en nuestro poder el desterrarla, ni á nuestro arbitrio el moderarla. Los remedios para ella son: 1.° rechazarla al momento, pensando en otras cosas, y guardando silencio; 2.° á imitacion de los Apóstoles cuando vieron la mar agitada por la tempestad, recorrer á Dios, á quien pertenece el pacificar los corazones; 3.° si habeis tenido la debilidad de dejar introdu-

1 Non in commotione Dominus. 3. *Reg.* 19, 11.

cir la cólera, haced cuanto os sea posible para calmaros; humillaos luego, y hablad con bondad y dulzura á aquel contra quien estabais irritado; hacedlo con suavidad y sin violencia, pues importa mucho no enconar las llagas. El mismo santa decia que habia tenido mucho que trabajar para superar dos pasiones que en él dominaban, á saber, la cólera y el amor: en cuanto á la primera, confesaba que debió combatirla doce años pàra domarla; y cambió el objeto de la segunda, desasiéndose de las criaturas para dar todo su amor á Dios. Por este medio adquirió el santo una paz dè corazon tan profunda què la descubria en lo esterior por la inalterable serenidad de su rostro.

6. Cuando uno se siente agitado por la cólera, espera un alivio manifestándola por medio de las palabras y de las acciones; pero en esto solo se consigue aumentar la turbacion. Para conservarnos en una paz

continúa, guardémonos de estar de mal humor. Si alguna vez nos hallamos á él dispuestos, debemos apartarle luego por medio de una lectura agradable, ó por un cántico, ó por una conversacion. Dice el Espíritu Santo: *La ira reposa en el seno del necio* [1]. La cólera halla lugar en el corazon del insensato que ama poco á Jesucristo, y en él permanece mucho tiempo; mas si se desliza furtivamente en el corazon del verdadero sabio no tarda en ser arrojada, sin poderse allí detener. Un alma que ama verdaderamente á Jesucristo, nunca está de mal humor, porque, no teniendo otra voluntad que la de Dios, tiene siempre lo que ella quiere, y de consiguiente está siempre tranquila; la voluntad de Dios la calma en todas las adversidades, y así se manifiesta dulce y afable con todo el mundo. Mas esta dulzura no puede lograrse

1 Ira in sinu stulti requiescit. *Eccl.* v. 10.

sin un grande amor hácia Jesucristo. En efecto, la esperiencia nos enseña, que nunca somos tan caritativos hácia los demas, como cuando sentimos mas ternura y amor por Jesucristo.

7. Mas parece alguna vez necesario, se dirá, para reprimir la insolencia espresarse con alguna severidad: dice David: *Indignaos, pero no pequeis* [1]. Luego alguna vez es lícito encolerizarse, con tal que se haga sin pecar. Aquí está cabalmente la dificultad. En lo especulativo parece alguna vez conveniente hablar ó responder con fuerza á algunas personas para hacerlas entrar en sí mismas; pero en la práctica es muy difícil hacerlo sin alguna falta por nuestra parte: así lo mas seguro es advertir ó responder siempre con dulzura y estar alerta contra la animosidad. S. Francisco de Sales confesaba de sí no haberse jamás

[1] Irascimini, et nolite peccare. *Ps.* 4, 5.

entregado al resentimiento, sin que luego no se arrepintiese. Aprovechémonos de esta confesion, y cuando nos sintamos movidos, lo mas seguro es callar y diferir la advertencia ó la respuesta para ocasion mas oportuna, es decir, cuando habrá pasado la agitacion del espíritu.

8. Sobre todo cuando somos reprendidos por nuestros superiores ó por nuestros amigos es cuando mas debemos ejercitar la mansedumbre. S. Francisco de Sales dice, que quien es dócil á las correcciones demuestra con esto solo, que ama las virtudes opuestas á los defectos de que se le reconviene, y que hace progresos en la perfeccion. Tambien es necesario que seamos dulces con nosotros mismos. El demonio nos infunde la idea de que es laudable enfurecerse contra sí mismo, cuando se comete alguna falta; mas con esta instigacion solo procura entregarnos á la turbacion, y

volvernos incapaces de hacer bien. A este objeto decia S. Francisco de Sales: Persuadíos que todos los pensamientos que nos conturban no vienen de Dios, que es el príncipe de la paz; sino que vienen del demonio, ó del amor propio, ó de la estimacion que nos tenemos á nosotros mismos. He aquí las tres fuentes de todas nuestras turbaciones. Por esto cuando tales pensamientos nos vienen, debemos al punto desecharlos y despreciarlos.

9. Jamás necesitamos tanto de dulzura como cuando nos vemos obligados á dar á otros alguna reprension. Las correcciones hechas con un zelo amargo son muchas veces mas dañosas que útiles; en especial cuando está perturbado aquel á quien se dirigen, es preciso esperar que se ponga tranquilo. Tambien hemos de abstenernos de reprender á los otros cuando nos hallamos de mal humor, porque entonces viéndose el delincuente re-

prendido con acrimonía, hará poco caso de una reprimenda hecha por pasion. Esta regla concierne al bien del prójimo: en cuanto á nosotros hagamos ver que amamos á Jesucristo, soportando en paz y con alegría los malos tratamientos, las injurias y los desprecios.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Mi dulce Jesus, alegría de mi alma, vos que fuisteis el juguete del furor y del desprecio de los hombres, ¡cuan amables nos ha hecho vuestro ejemplo los desprecios y los sufrimientos del mundo! Yo os prometo sufrir de aquí en adelante toda especie de ultrajes por vuestro amor. Dadme la fuerza para ejecutar tan bella resolucion. Hacedme conocer y practicar todo lo que vos quereis de mí. Mi Dios y mi todo, yo no quiero buscar ningun bien fuera de vos, que sois mi bien infinito. Vos que tan solícito os mos-

trais por mis intereses, haced que no tenga yo otro cuidado que agradaros. Haced que todos mis pensamientos no se dirijan sino á evitar todo lo que os ofende, y á complaceros en todas las cosas. Alejad de mí toda ocasion que pudiera desviarme de vuestro amor. Yo me despojo de mi libertad, y os la consagro para siempre. Yo os amo, ¡ bondad infinita! yo os amo, ó mi dulce amado! Verbo encarnado! yo os amo mas que á mí mismo. Habed piedad de mí, y curad las llagas que el pecado ha hecho en mi alma. Yo me abandono todo á vos, ó Jesus mio! no quiero ser sino de vos, quiero sufrirlo todo por vos, no quiero otro bien que vos. Vírgen santa, Madre de mi Salvador y mia, ¡ó María! yo os amo, y pongo en vos mi esperanza; socorredme por vuestra poderosa intercesion.

CAPÍTULO XIII.

CHARITAS NON COGITAT MALUM, NON GAUDET SUPER INIQUITATE, CONGAUDET AUTEM VERITATI.

El que ama á Jesucristo no quiere ninguna otra cosa sino lo que quiere Jesucristo.

1. La caridad anda siempre unida con la verdad: conociendo que Dios es el solo bien verdadero, aborrece la iniquidad, que es contraria á la voluntad divina, y se complace únicamente en la voluntad de Dios. He aquí porque el alma que ama á Dios se cata poco de lo que se dice de ella, y no piensa sìno en agradar al Señor. Nadie está mejor con Dios que quien se ocupa en satisfacer á la verdad, y que no

hace el menor caso de lo que los hombres piensan ó hacen con respecto á él.

2. Hemos dicho ya anteriormente, que toda la santidad y perfeccion de un alma consiste en vivir en una entera abnegacion de sí misma, y en no seguir sino la voluntad de Dios. Conviene desenvolver esta verdad. ¿Queremos, pues, santificarnos? no sigamos jamás nuestra propia voluntad, sino la de Dios, porque todos los preceptos y los consejos divinos se reducen en sustancia á hacer y sufrir todo lo que Dios quiere y de la manera que Dios quiere. Roguemos al Señor que nos dé la santa libertad de espíritu, libertad que nos conduce á abrazar todo lo que agrada á Jesucristo, no obstante toda la repugnancia del amor propio, ó del respeto humano. El amor de Jesucristo deja en una total indiferencia: lo dulce, lo amargo, todo es igual: nada se ve de lo que complace á sí mismo; no

se ve sino lo que agrada á Dios: con la misma satisfaccion ocupan las cosas grandes que las pequeñas, lo que agrada y lo que disgusta: basta que agrade á Dios, todo es bueno.

3. S. Agustin dice: *Ama á Dios, y haz lo que quieras*. El que ama de veras á Dios no busca sino como agradar á Dios y pone todas sus glorias en servirle fielmente. El que no procura mas que contentar á su amado, dice Sta. Teresa, quiere todo lo que á este agrada. Tal es la fuerza del amor cuando es perfecto, que llega á olvidar las ventajas y satisfacciones personales para no pensar sino en cumplir los deseos del que ama, y en darle honor. Toda nuestra desgracia, ¡ó Dios mio! es de no amaros demasiado. ¡Ah! si en todos nuestros pasos no viéramos mas que á vos, muy presto llegaríamos al término; pero caemos, tropezamos á cada instante, y hasta nos desviamos, porque no consi-

deramos el verdadero camino. Así pues, el único objeto de todos nuestros pensamientos, nuestras acciones, nuestros deseos y nuestras súplicas debe ser agradar á Dios; y la senda que ha de llevarnos á la perfeccion consiste en seguir en todo la voluntad de Dios.

4. Dios quiere que cada uno de nosotros le ame de todo su corazon: y se ama de todo corazon á Jesucristo, cuando se le dice sinceramente con el Apóstol: *Señor, dadme á conocer lo que de mí quereis, pronto estoy en hacerlo.* Estemos seguros que cuando queremos lo que Dios quiere, queremos nuestro mayor bien, pues Dios quiere siempre lo que nos es mas ventajoso. S. Vicente de Paul decia: *la conformidad á la voluntad de Dios es el tesoro del cristiano y el remedio á todo mal, porque encierra la abnegacion de sí mismo, la union con Dios y todas las virtudes.* Este es, pues, el compendio de la perfeccion. El Salvador dijo que no caeria un

cabello de nuestra cabeza sin la voluntad celestial, es decir, que nos paga ampliamente por todo lo que podemos pensar ó sufrir conformándonos á su santa voluntad y para agradarle. Dice Sta. Teresa que el Señor no nos envia nunca una afliccion sin recompensarla con algun favor, si la aceptamos resignados.

5. Mas nuestra conformidad á la voluntad de Dios ha de ser entera y sin reserva, constante y sin interrupcion. Ved ahí el colmo de la perfeccion, y lo que debe ser el blanco de todas nuestras acciones, votos y deseos. Al leer los raptos y éstasis de Sta. Teresa, de S. Felipe Neri y de otros santos, vienen deseos alguna vez de llegar á estas uniones sobrenaturales. Tales deseos empero son contrarios á la humildad, y debemos desecharlos; seremos santos, si nuestra voluntad está íntimamente unida á la de Dios. Nos engañamos, decia Sta. Teresa, cuando creemos que la union con Dios consiste en

éstasis, en raptos, y en consuelos interiores. Esta union no consiste sino en someter nuestra voluntad á la de Dios, de manera que todo en nosotros sea dirigido por la voluntad de Dios. He aquí la union verdadera y esencial que he deseado yo siempre, y que pido continuamente al Señor. Repítese muchas veces: Señor, yo os consagro toda mi voluntad, no quiero sino lo que vos quereis: mas cuando llega alguna contrariedad no nos sabemos resignar á la voluntad de Dios, nos quejamos de que todos los males hayan caido sobre nosotros, y nos hacemos desgraciados.

6. Si en todas nuestras adversidades nos resignamos perfectamente á la divina voluntad, nos santificaremos, y seremos los mas felices de los hombres. Pongamos, pues, todo nuestro cuidado en conformarnos á ella en todo cuanto nos sobrevenga, agradable ó desagradable, segun aquel aviso del Espíritu San-

to: *No te vuelvas á todo viento*[1]. Vense algunos que como veletas cambian á todo viento, son dulces y alegres en la prosperidad, impacientes y tristes en la desgracia; estos no llegan nunca á la perfeccion, y viven desgraciados, porque las adversidades son mas frecuentes que las prosperidades. Decia Sta. Dorotea, que recibir con la misma igualdad de alma todo lo que Dios nos envia es un grande medio para conservar la paz del corazon. Los antiguos padres del desierto no eran ni iracundos ni tristes, porque todo cuanto les sobrevenia lo tomaban con placer como venido de las manos del Señor. ¡Feliz aquel que vive en una entera conformidad á la voluntad divina! Ni se engrie por los sucesos prósperos, ni se abate por los infortunios, pues sabe que todo parte igualmente de las manos de Dios. Siendo esta voluntad soberana la

1 Ne ventiles te ad omnem ventum. *Eccl.* 5. 11.

única regla de sus deseos, no hace sino lo que Dios quiere, ni quiere sino lo que Dios hace. No emprende muchas cosas, sino que se dedica á hacer bien la que sabe que es grata á Dios. Así es que prefiere las mas pequeñas obligaciones de su estado á las acciones mas grandes y mas gloriosas, pues considera que en estas puede tener parte el amor propio, cuando en las primeras no hay ciertamente sino la voluntad de Dios.

7. Seremos felices si nos sometemos á todo lo que Dios disponga con respecto á nosotros, sin atender si es ó no conforme á nuestro gusto. Sta. Juana de Chantal decia: ¿Cuando lograremos por fin el aceptar contentos todo lo que nos sucede, no viendo en ello mas que la voluntad de Dios, el cual nos envia las prosperidades y las desgracias por amor y para nuestro mayor bien? ¿Cuando nos abandonaremos enteramente entre los brazos de nuestro

Padre celestial, que tanto nos ama, dejándole el cuidado de nuestras almas y de nuestros negocios, sin reservarnos otra cosa sino el deseo de agradarle? Los amigos de S. Vicente de Paul acostumbraban decir que Vicente era siempre Vicente, porque en todas las circunstancias conservaba la misma serenidad y la misma dulzura; se habia dejado enteramente á la voluntad de Dios, sin temer nada ni querer otra cosa que lo que agradaba á Dios. En este santo abandono, decia Sta. Teresa, es donde nace esta preciosa libertad de espíritu que poseen las almas perfectas y que les procura toda la felicidad que se puede desear en esta vida: pues cuando nada se teme, y nada se quiere ni se desea de todo cuanto hay en el mundo, todo se posee.

8. Muchos, al contrario, acomodan la santidad á sus inclinaciones. ¿Son tal vez melancólicos? buscan la soledad: ¿tienen aficion á la

vida activa? se dedican á la predicacion, á los negocios: ¿son de un humor acre? practican austeridades y mortificaciones: ¿son amantes de la liberalidad? hacen limosnas. Otros se dan á oraciones vocales y á romerías, y en estos ejercicios hacen consistir toda su santidad. Aunque las obras esteriores pueden ser frutos del amor que se tiene á Jesucristo, el verdadero amor consiste en una entera abnegacion de sí propio y en una conformidad total á la voluntad del Señor; entonces se escoge lo que agrada mas á Dios, y no lo que agrada á nosotros.

9. Ya se dice que se quiere servir á Dios, pero en el destino, en el lugar, con las personas y circunstancias que placen, otramente se abandona la obra, ó se hace con displicencia. En este caso no hay libertad de espíritu, sino esclavitud al amor propio: merecemos poco, vivimos en la inquietud, porque estamos pegados á nuestra propia vo-

luntad, y hallamos pesado el yugo de Jesucristo. Los que aman con toda verdad á Jesucristo, no aman sino lo que le place, y porque le place; le aman en el tiempo, en el lugar y del modo que Jesucristo lo quiere; ora les ocupe en cosas honoríficas ó bajas, ora les coloque en una posicion brillante ú obscura. He aquí lo que produce el verdadero amor á Jesucristo, que nosotros debemos buscar á todo precio, combatiendo las inclinaciones del amor propio, que no quisiera sino ocupaciones gloriosas de su gusto. ¿De que sirve verse colmado de honores, de riquezas en este mundo contra la voluntad de Dios? El bienaventurado Enrique decia: Prefiriera yo ser un vil insecto, si tal fuese la voluntad de Dios, á ser un serafin por un efecto de mi propia voluntad.

10. Muchos dirán en el dia del juicio: *Señor, Señor, ¿pues no profetizamos en tu nombre, y en tu nom-*

bre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros[1]*?* Mas el Señor les responderá: *Nunca os conocí: apartaos de mí los que obrais la iniquidad*[2]: vuestro amor propio y no mi voluntad era vuestro norte en la tierra. Este aviso se dirige con especialidad á los sacerdotes, que trabajan mucho para el bien de las almas, pero que quedan siempre en el lodazal de sus propias imperfecciones. La perfeccion consiste 1.º en un verdadero desprecio de sí mismo: 2.º en la entera mortificacion de la propia voluntad: 3.º en una perfecta conformidad á la voluntad de Dios. El que no reune estas tres virtudes, está fuera del camino de la perfeccion. Por esto acostumbraba decir muy atinadamente un grande servidor de Dios, que era mejor proponernos por objeto de nuestras

1 Domine, Domine, nonne in nomine tuo prophetavimus, dæmonia ejecimus, et in nomine tuo virtutes multas fecimus? *Matth.* 7. 22.

2 Numquam novi vos; discedite à me, qui operamini iniquitatem. *Matth.* 7. 23.

acciones la voluntad de Dios, que su gloria: porque haciendo su voluntad, procurábamos tambien su gloria, al paso que, queriendo trabajar por la gloria de Dios nos engañamos muchas veces, y hacemos nuestra propia voluntad so pretesto de la gloria de Dios. S. Francisco de Sales observa que muchos dicen á Dios; Señor, yo me doy todo á vos sin reserva; pero que hay pocos que así lo practiquen. Este abandono total de sí mismo á Dios, consiste en recibir con una cierta indiferencia todos los sucesos que tiene dispuestos la divina Providencia, las aflicciones como los consuelos, los menosprecios y los oprobios lo mismo que el honor y la gloria.

11. En la adversidad pues y en los sufrimientos se conoce si de veras se ama á Jesucristo. No ama verdaderamente á Jesucristo, dice Tomás de Kempis, aquel que no está dispuesto á sufrirlo todo por su amor, y á seguir su voluntad en to-

das las cosas. Al contrario, decia el P. Alvarez, el que es resignado en los padecimieutos, adelanta á pasos de gigante en la perfeccion. ¡ Que mayor felicidad se puede gustar en la tierra, que tener alguna certitud de que se agrada á Dios ! pues nunca hay tanta seguridad de agradar á Dios, como abrazando con resignacion las cruces que nos envia. Dios ama que se le dé gracias en sus beneficios; pero un *Bendito sea Dios* pronunciado en la adversidad, es preferible á mil acciones de gracias en la prosperidad.

12. No basta recibir con resignacion las adversidades que nos vienen directamente de Dios, como las enfermedades, el poco dinero, las pérdidas accidentales: es preciso resignarse tambien á aquellas que vienen indirectamente de Dios y directamente de los hombres, como las persecuciones, los robos, las injurias; pues unas y otras vienen siempre de Dios. Semei insultó á Da-

idv y le apedreó: querian los que acompañaban á David que Semei muriese; pero David respondió: Dejadle decir, porque el Señor permite que en castigo de mis pecados me cargue de injurias y de ultrajes.

13. Santa María Magdalena de Pazzi decia: que todas nuestras súplicas y oraciones no deben tener otro objeto que obtener de Dios la gracia de seguir en todo su santa voluntad. Hay almas que no buscan en sus oraciones sino percibir sentimientos tiernos y agradables; pero las almas fuertes, y que desean verdaderamente ser todas de Dios, no buscan sino conocer la voluntad del Señor, y alcanzar la fuerza para cumplirla perfectamente. Para llegar á un perfecto amor, es menester someter en todo nuestra voluntad á la de Dios. No creais, decia S. Francisco de Sales, haber llegado á un perfecto amor, en tanto que vuestra voluntad, aun en las

cosas mas repugnantes, no esté enteramente sometida y con gusto á la voluntad de Dios; porque como decia Sta. Teresa, el don que ofrecemos á Dios de nuestra voluntad le mueve á abajarse y unirse con nosotros; pero nunca podremos obtener esta union sino por medio de súplicas continuas, y por un deseo sincero de ser del todo y sin reserva de Jesucristo.

14. ¡O corazon amabilísimo de mi Salvador! corazon lleno de amor para con los hombres, ya que vos nos amais con tanta ternura, corazon digno de reinar plenamente sobre nuestros corazones; ¡que no pueda yo dar á conocer á todo el mundo el amor que vos nos teneis, y los favores de que colmais las almas que sin reserva os aman! Agradeced, ¡ó mi dulce Jesus! la ofrenda y el sacrificio que os hago hoy dia de toda mi voluntad. Hacedme conocer todo lo que de mí quereis, que pronto estoy á

cumplirlo, mediante vuestra gracia.

De la obediencia.

15. El medio mas seguro para conocer lo que Dios quiere de nosotros es el de obedecer á nuestros superiores y directores. La voluntad de Dios, decia S. Vicente de Paul, nunca se cumple mejor que cuando se obedece á los superiores, conforme lo que dice el Espíritu Santo: *Es mucho mejor la obediencia, que las víctimas* [1]. Dios agradece mas el sacrificio de nuestra propia voluntad sometida á la obediencia que todos los demas; porque en las limosnas, en las austeridades, en las maceraciones damos á Dios lo que nos pertenece; pero consagrándole nuestra voluntad le damos todo cuanto somos. En la ofrenda de nuestros bienes y en nuestras mortificacio-

[1] Melior est obedientia, quam victimæ. *Eccl.* 4. 17.



nes no recibe sino la parte de un todo; pero en nuestra voluntad recibe entero este mismo todo. Así, cuando decimos á Dios: Señor, dadme á conocer por medio de la obediencia todo lo que vos quereis de mí, pues estoy pronto á hacerlo, nada nos resta que ofrecerle.

16. El que se ha entregado pues á la obediencia, debe desprenderse en todo de su propia opinion. Que cada cual tenga sus opiniones particulares, dice S. Francisco de Sales, en nada se opone á la virtud; pero lo que le es contrario es el estar adherido á estas mismas opiniones. Pero, ¡ah! nada es tan difícil como desprenderse de ellas. El número de los que se dan todos á Dios es pequeño, porque hay pocos que se sometan enteramente á la obediencia. Hay personas de tal manera adictas á su propia voluntad, que cuando han de obrar por obediencia, aun cuando la cosa seria de su gusto, porque se la impone la obe-

diencia, se les hace amarga y difícil, porque solo desean hacer su propia voluntad. No es así como obran los santos, quienes no están tranquilos sino obedeciendo. Santa Juana de Chantal dijo en cierta ocasion á sus religiosas, que por aquel dia hicieran todo lo que quisiesen. Pero por la tarde fueron á rogarla con urgencia que no les concediese mas semejante libertad, pues nunca se habian visto tan conturbadas.

17. Es un error el creer que hay acciones mas meritorias que las que se hacen en virtud de la obediencia. S. Francisco de Sales dice que dejar lo que prescribe la obediencia para unirse á Dios por la oracion, la lectura ó el recogimiento, es retirarse de Dios para unirse á su amor propio. Sta. Teresa añade, que el que hace una obra buena en sí, pero contraria á la obediencia, obra ciertamente por instigacion del demonio, y no por una inspiracion de Dios, como tal vez se precia de

ello; porque, dice la Santa, las inspiraciones de Dios están siempre de acuerdo con la obediencia. Por esto todo lo que pide Dios á un alma resuelta á amarle, es que obedezca. Una obra hecha en virtud de obediencia, es mejor, dice el P. Rodriguez, que cualquier otra obra imaginable: vale mas levantar una paja de tierra por obediencia, que hacer una larga meditacion y darse una disciplina sangrienta por propia voluntad. Sta. María Magdalena de Pazzi decia, que estimaba mas ejercitar la obediencia, que estar en oracion; porque en la obediencia, decia, estoy segura de la voluntad de Dios cuando no lo estoy en cualquier otra ocupacion. Todos los maestros de la vida espiritual enseñan, que vale mas omitir algun ejercicio de devocion por obediencia, que darse á él sin obediencia. La santísima Vírgen reveló á santa Brígida, que el que por obediencia omite una mortificacion, tiene un

doble mérito: el de la mortificacion que queria hacer, y el de la obediencia que se la hace omitir. El célebre Francisco Arias fué un dia á visitar al venerable P. Juan de Avila, amigo suyo, y hallándole pensativo y triste le preguntó el motivo. ¡Cuan feliz sois, le respondió entonces este padre, viviendo bajo la obediencia y estando seguro de hacer la voluntad de Dios! En cuanto á mí, yo no sé si la voluntad de Dios es que vaya de pueblo en pueblo á anunciar la divina palabra, ó que me esté en el confesonario para oir á los que se presenten. Mas el que vive sujeto á la obediencia está seguro de hacer en todo la voluntad de Dios, y hasta lo que le es mas agradable; ¿puede haber mayor consuelo?

18. Para que sea perfecta la obediencia, es preciso que abarque la voluntad y el juicio; en cuanto á la voluntad es preciso obedecer de buen grado y no por fuerza como los es-

clavos: en cuanto al juicio es preciso conformarse con el del superior, y no examinar como ni porque nos manda. Esta es la razon porque Sta. María Magdalena de Pazzi decia que la perfecta obediencia exige un alma sin juicio propio, ó á lo menos que renuncia á él en lo que obedece. S. Felipe Neri decia asimismo, que para obedecer bien es preciso hacer sin raciocinar lo que la obediencia nos impone, supuesto ser muy cierto que la cosa mandada es la mas perfecta que pudiéramos hacer, aun cuando la contraria fuese mejor en la presencia de Dios.

19. Lo mismo diremos de los seglares respecto á la obediencia á su padre espiritual. Es muy bueno que reciban de ellos reglas para sus negocios espirituales y temporales, por este medio practicarán siempre lo mejor. S. Felipe Neri decia: los que quieran adelantar en los caminos de Dios deben entregarse á la direccion de un confesor ilustrado,

y obedecerle como á Dios; haciéndolo así estén seguros de no haber de dar cuenta de sus acciones al Señor. Se ha de creer al confesor, porque no permitirá Dios que se engañe: nada desconcierta tanto las artimañas del demonio como seguir la voluntad de otro para el bien; nada al contrario es tan peligroso como el conducirse por sí mismo. Hablando S. Francisco de Sales de la direccion del padre espiritual para caminar en las vias de Dios, dice que este es el mejor de todos los medios que se pueden aconsejar. Buscad cuanto querais, dice el venerable Padre Ávila, nunca hallareis tan segura la voluntad de Dios como por medio de esta humilde obediencia tan recomendada y tan bien practicada por los primeros maestros de la vida espiritual. Lo mismo enseñan S. Bernardo, san Bernardino de Sena, S. Antonio, S. Juan de la Cruz, Sta. Teresa, Gerson y todos los teólogos. S. Juan

de la Cruz llega á decir que es casi dudar de la fé no conformarse con lo que dice el confesor; es orgullo y falta de fé. Así pues, entre las máximas de S. Francisco de Sales las dos siguientes son muy propias para consolar las almas escrupulosas : 1.ª Un verdadero obediente no se ha jamás perdido. 2.ª Es menester contentarse con saber del padre espiritual que se va por el buen camino sin informarse del como. Muchos teólogos como Gerson, S. Antonino, Gaetano, Navarro, Sanchez, Bonacina, Córdova, Castropalao y otros son de parecer que el escrupuloso tiene obligacion grave á obrar contra los escrúpulos, cuando hay razon de temer que le ocasionen un grave daño en el alma ó en el cuerpo, como hacerle perder la salud ó el juicio: por este motivo los escrupulosos deben tener mas escrúpulo de no obedecer al confesor que de obrar contra el escrúpulo. Así que, por conclusion de este ca-

pítulo, ved ahí en que consiste toda la perfeccion: 1.º en renunciar á sí mismo, ó sea á la propia voluntad; 2.º en seguir en todas las cosas la voluntad de Dios; 3.º en rogar de continuo á Dios que nos dé fuerza para ejecutar lo uno y lo otro.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Amable Jesus, divino Redentor de mi alma, ya que vos descendisteis del Cielo para daros todo á mí ¿que puedo yo buscar sobre la tierra y en el Cielo fuera de vos, ó Dios mio[1] que sois el soberano bien, el único bien digno de ser amado? Sed pues el solo dueño de mi corazon, poseedle todo enteramente; que mi alma no ame sino á vos, que no obedezca ni busque como agradar sino á vos. No envidio á otros las riquezas de la tierra; á vos solo quie-

[1] Quid mihi est in cœlo? et a te quid volui super terram? Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum. *Ps.* 72. 25.

ro, á vos que sois y sereis mi tesoro en esta vida y en la eternidad. Yo os doy, ó mi Jesus, todo mi corazon y toda mi voluntad: ella fué rebelde en otro tiempo, mas ahora os la consagro enteramente. Dadme á conocer lo que de mí exigís, que estoy pronto á practicarlo, mediante vuestra santa gracia. Disponed enteramente de mí y de todo lo que me pertenece: yo acepto de antemano con una perfecta resignacion todo cuanto será de vuestro agrado enviarme. ¡O Dios infinitamente amable! vos me habeis amado hasta morir por mí; yo os amo con todo mi corazon; yo os amo mas que á mí mismo y entrego mi alma en vuestras manos. Renuncio desde hoy á todo amor del mundo: abandono la criatura, y me doy todo á vos, ¡ó Criador mio! ¡Ah! por los méritos de vuestra pasion recibidme y conservadme fiel hasta la muerte. En adelante, ¡ó mi Jesus! no quiero vivir sino para vos; no quiero

amar sino á vos; no quiero buscar otra cosa que cumplir vuestra voluntad: asistidme con vuestra gracia. Y vos, ó María, esperanza de mi alma, no me denegueis vuestra proteccion.

CAPÍTULO XIV.

—

CHARITAS OMNIA SUFFERT.

El que ama á Jesucristo lo sufre todo por Jesucristo, y en especial las enfermedades, la pobreza y los desprecios.

1. En el capítulo V hemos hablado de la virtud de la paciencia en general. Entremos ahora en el pormenor sobre algunos puntos en

los cuales es necesario ejercitar alguna virtud.

Enfermedades.

Dice el P. Alvarez que un cristiano no debe pensar haber aprovechado algo en la vida espiritual, si en memoria de lo que sufrió Jesucristo, no sufre tambien con amorosa paciencia los dolores, la pobreza y los desprecios. Los dolores y las enfermedades sufridas con paciencia nos procuran grandes merecimientos. Dice S. Vicente de Paul que si nosotros conociéramos el tesoro precioso que se encierra en las enfermedades, las aceptaríamos con la misma alegría con que se reciben los mayores beneficios; en medio de los mas agudos dolores de una enfermedad contínua, nunca se quejaba, conservando de tal modo toda su serenidad, que parecia no tener mal alguno. ¡Cuanto edifica un enfermo que así sabe soportar sus dolencias! Cuando san

Francisco de Sales estaba enfermo, esponia simplemente al médico el mal que tenia, tomaba puntualmente todos los remedios que le prescribia, por repugnantes que fuesen, y nunca se quejaba de lo que sufria. ¡Que leccion para aquellos que al menor asomo de enfermedad no cesan de quejarse con todo el mundo, y quisieran que padres y amigos estuviesen al rededor de su cama para compadecer todos sus padecimientos! Sta. Teresa decia á sus religiosas: Sabed sufrir algo por el amor de Jesucristo sin que lo adviertan vuestras compañeras. El Padre Luis Dupont se vió por un favor especial de Dios acometido un viernes santo por tantos dolores corporales, que no tenia parte del cuerpo que no sufriese un tormento particular. Lo comunicó á uno de sus amigos; mas apenas se lo hubo dicho se arrepintió é hizo voto de no manifestar nunca mas á nadie lo que padeciese en lo sucesivo.

2. He dicho por un especial favor, porque los santos consideran como favores las enfermedades y las dolencias que Dios les envia. Un dia que S. Francisco de Asis estaba en estremo sufriendo sobre su lecho, le dijo el asistente: Padre mio, rogad á Dios que calme vuestros dolores y que no cargue tanto sobre vos el peso de su brazo. A estas palabras bajó el Santo del lecho, se puso de rodillas, y dió gracias á Dios de todo lo que sufria; y despues dijo á su compañero: Si yo no supiera que habeis hablado por sencillez, ya no quisiera veros mas.

3. Pero no es esta enfermedad, se dirá, la que mas me aflige; es el no poder ir á la iglesia para hacer mis devociones, comulgar, oir la misa; no puedo asistir al coro, ni celebrar, ni siquiera hacer oracion, porque mi alma está como aniquilada. Pero decidme, os ruego, ¿porqué quereis ir á la iglesia ó al coro? ¿porqué quereis comul-

gar, decir ú oir la misa? ¿No es para agradar á Dios? Pues ahora no es del gusto de Dios que asistais al oficio, ni que comulgueis, ni que oigais la misa; quiere únicamente que quedeis con paciencia en vuestro lecho, y que sufrais esta enfermedad. Qué ¿no os satisface esta reflexion? Entonces pues no buscais lo que agrada á Dios sino lo que á vos os agrada. El padre Avila escribia á un sacerdote, que le hacia precisamente las mismas quejas: Mi caro amigo, no penseis ahora en lo que hariais si estuvierais en buena salud, sino pensad en estar enfermo tanto como plazca á Dios. Si no procurais sino hacer la voluntad divina ¿qué os importa el estar sano ó enfermo?

4. Vos no podeis hacer oracion, es decir, no podeis meditar; pero ¿no podeis hacer actos de resignacion á la voluntad de Dios? ¿Que mas bella oracion hacer pudierais que abrazar con amor esta cruz que

place á Dios enviaros? En esto imitareis á S. Vicente de Paul, que cuando estaba peligrosamente enfermo, trataba de ponerse en la presencia de Dios, y sin violentarse para fijarse en un punto particular, exhalaba de tiempo en tiempo actos de amor, de confianza, de gratitud, y con mucha mas frecuencia de resignacion cuando aumentaban los dolores. S. Francisco de Sales decia que las tribulaciones consideradas en sí mismas aterran; pero consideradas en la voluntad de Dios son amables y deleitosas. No podeis hacer oracion, es verdad; ¿pero que mejor oracion que fijar de tiempo en tiempo los ojos sobre un crucifijo y ofrecerle las penas que sufrís en union con los dolores inmensos que sufrió Jesucristo en la cruz?

5. Sentia una Santa agudísimos dolores, alguno le presentó un crucifijo, diciéndole que rogase al Señor la librára de aquellas penas.

¿Como, respondió ella, quereis que piense en bajar de la cruz teniendo en las manos un Dios crucificado? Yo quiero sufrir por el amor de aquél que quiso sufrir por mí dolores mucho mas grandes que los mios. Esto es precisamente lo que dijo el mismo Jesucristo á Sta. Teresa, un dia en que estaba enferma de peligro: se le apareció todo cubierto de llagas, y le hizo oir estas palabras: Mira, hija mia, lo que he sufrido por tí, considera si tus penas pueden compararse con las mias. De allí en adelante, la Santa, cuando se veia afligida por alguna enfermedad, acostumbrada decir: Cuando yo pienso de cuantas maneras sufrió el Señor siendo la misma inocencia, no sé como podia yo quejarme de mis sufrimientos. Sta. Liduvina tuvo que sufrir por espacio de treinta y ocho años gran número de enfermedades, la fiebre, la gota en los pies y en las manos, la inflamacion de garganta, llagas por

todo su cuerpo; mas como tenia siempre á la vista los dolores de Jesucristo, estaba siempre alegre y contenta. S. José Franciscano, teniendo que sufrir una operacion muy dolorosa, y tratándose de atarlo por medio de que el dolor no le obligase á moverse, tomó el crucifijo y esclamó: Este es quien me ata y me compromete á sufrir en paz toda especie de dolores por su amor; y aguantó la operacion sin quejarse. S. Jonás, mártir, colocado durante toda una noche en el hielo por órden del tirano, dijo á la mañana siguiente, que nunca habia pasado noche mas tranquila que aquella, porque no habia cesado de representarse á Jesucristo sobre la cruz, y que sus dolores comparados con los del Salvador, le habian parecido mas bien dulzuras que tormentos.

6. ¡Que fondo de merecimientos no puede adquirirse sufriendo con paciencia las enfermedades!

Dios manifestó un dia al P. Alvarez la gloria que tenia preparada á una buena religiosa por una enfermedad que habia ella sufrido con paciencia, y le dió á conocer que habia merecido mas ella en ocho meses de enfermedad, que las otras religiosas en muchos años. Los dolores y las enfermedades aceptadas con paciencia acaban de formar la corona que nos prepara Dios en el cielo. Esto es lo que fué revelado á Sta. Liduvina. Despues de todos los dolores de que hemos hablado, esta Santa deseaba todavía sufrir el martirio por Jesucristo. Un dia en que ella estaba suspirando por esta gracia, vió una bellísima corona, pero que no estaba aun acabada; conoció que para ella estaba preparada, y por esto, deseando que fuese completa, rogó á Dios que aumentase sus dolores. Dios la escuchó y le envió soldados que á las injurias añadieron los malos tratamientos y la hirieron cruelmente.

En seguida vió ella un ángel que tenia en su mano acabada la corona, el cual le dijo que sus últimos padecimientos habian puesto en ella las últimas piedras preciosas que faltaban; y poco tiempo despues, espiró.

7. Los dolores y las ignominias se vuelven seguramente muy dulces y agradables á las almas que aman con ardor á Jesucristo. Por este amor ardiente sufrian los mártires los potros, las uñas de hierro, los demas tormentos y la muerte. San Procopio, durante su martirio, decia al tirano: Atorméntame tanto como quieras, pero sepas que para quien ama á Jesucristo nada hay tan dulce como sufrir por su amor. El mártir S. Gordiano decia al tirano que le amenazaba de muerte: Tú me amenazas con la muerte, y á mí lo que me da pena es no poder morir mas de una vez por Jesucristo mi Salvador. ¿Hablaban así estos Santos porque fuesen insensibles.

á los tormentos, ó débiles de espíritu? No, responde S. Bernardo, ni eran flacos de espíritu, ni insensibles á los tormentos; pero amaban á Dios, y así es que les era muy ventajoso perderlo todo y sufrirlo todo, hasta la muerte, por el amor de Dios.

8. En tiempo de enfermedad es cuando debemos especialmente estar prontos á aceptar la muerte, y el género de muerte que plazca á Dios enviarnos. Hemos de morir indispensablemente; una enfermedad ha de acabar nuestros dias, pero no sabemos cual será esta última enfermedad. Así pues, en cada dolencia hemos de prepararnos á la muerte, como si aquella fuese la última de nuestra vida. Mas, se dirá, yo he cometido muchos pecados, y no he hecho penitencia. Quisiera vivir únicamente para satisfacer á la justicia de Dios antes de morir. ¿Y como sabeis que continuando á vivir hareis penitencia, y no sereis

mas malos que antes? Ahora podeis esperar que Dios os ha perdonado; ¿que mejor penitencia que aceptar con resignacion la muerte, si Dios así lo quiere? S. Luis Gonzaga murió á la edad de veinte y tres años, y se resignó á la muerte diciendo: Ahora tengo confianzas de hallarme en gracia de Dios, y no sé lo que seria de mí en lo venidero: asi es que muero contento si es del agrado del Señor el sacarme ahora de este mundo. El padre Juan de Avila era de parecer que cuando uno se halla en buena disposicion, aunque medianamente, debe desear la muerte, para salir del peligro tan frecuente en la tierra de pecar y de perder la gracia de Dios.

9. Añadamos á esto que, atendida nuestra natural fragilidad, no podemos vivir sin cometer pecados, á lo menos veniales; esta sola razon deberia movernos á abrazar la muerte con alegría para no ofender mas á Dios. En fin, si amamos de veras á

Dios, debemos desear verle y amarle con todas nuestras fuerzas en el cielo, lo cual no puede lograrse perfectamente en la tierra; y si la muerte no nos abre la puerta, no podemos entrar en esta patria de amor. Por esto esclamaba S. Agustin: Señor, hacedme morir, pues solo la muerte puede procurarme la dicha inefable de veros cara á cara, y de amaros para siempre en el cielo.

Pobreza.

10. En segundo lugar se debe ejercitar la paciencia cuando se sufre la pobreza. Dice S. Agustin: El que no tiene á Dios nada tiene; el que tiene á Dios lo tiene todo. En efecto, el que ama á Dios, y está unido á su divina voluntad, halla en Dios toda suerte de bienes. Ved un S. Francisco, descalzo, vestido con un saco, falto de todo; pero diciendo: *Mi Dios y mi todo*, se halla mas rico que todos los monarcas de la

tierra. Solo es pobre aquel que desea bienes que no tiene; pero el que nada desea, y que se halla contento en su indigencia, es completamente rico. De estas almas dice san Pablo: *Como que nada tenemos, y todo lo poseemos* [1]. Aquellos que aman de veras á Dios, nada tienen y lo tienen todo; pues cuando les faltan los bienes temporales, hallan en Dios todo su consuelo y su contento. Los santos no solo han sufrido la pobreza con paciencia, sino que han procurado como despojarse de todo para no vivir sino en Dios y por Dios. Si no tenemos el deseo de renunciar á todos los bienes de la tierra, contentémonos á lo menos del estado en que plugo al Señor colocarnos; no busquemos las riquezas temporales sino las eternas, infinitamente mas preciosas; convenzámonos de lo que decia Sta. Teresa, á saber: que cuanto menos tenga-

1 Nihil habentes, et omnia possidentes. 2. Cor. 6, 10.

mos acá en la tierra, mas elevados seremos en el cielo.

11. San Buenaventura compara la abundancia de los bienes temporales al gloton que priva el alma de volar hácia Dios. Y al contrario, dice S. Juan Clímaco, que la pobreza es un medio de llegar á Dios sin obstáculo. Jesucristo dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Á las otras bienaventuranzas no promete el cielo sino en lo venidero; pero á los pobres promete ya en esta vida una alegría celeste, que es un paraiso anticipado, con tal que estos pobres no deseen los bienes terrenos, sino que se contenten con los alimentos y el vestido. *Teniendo pues que comer, y con que cubrirnos, contentémonos con esto* [1]. ¡O bienaventurada pobreza! esclama S. Lorenzo Justiniano, que nada posee y que nada teme! Ella está siempre

1 Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contentis simus. 1. *Tim.* 6, 8.

alegre, aun en la abundancia, puesto que todo lo que molesta é incomoda es ventajoso para el alma. El avaro anda siempre afamado como un mendigo, porque cuantas mas riquezas tiene mas desea, y no llega jamás al punto de satisfacer su avidez; el pobre, al contrario, que sabe contentarse de lo poco que hay, está siempre rico, porque como nada mas desea, tiene todo lo que quiere.

12. Un dia dijo Jesucristo á la bienaventurada Angélica de Foligno: Si la pobreza no fuese un bien muy grande, no la hubiera yo escogido para mí, ni dejado participar de ella á mis elegidos. Y realmente, esta pobreza de Jesucristo es la que movió á los santos á amar tanto la pobreza. El deseo de las riquezas causa la perdicion de un grande número de almas. *Los que pretenden enriquecerse caen en tentacion, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles, y perniciosos, que hunden á los hombres en el abismo de*

la muerte y de la perdicion[1]. Por los bienes perecederos de este mundo, se pierde á Dios, que es un bien infinito y eterno; ¡que locura! Muy cuerdo era S. Basilio mártir, cuando solicitado por el emperador Licinio que renegase de Jesucristo, prometiéndole que le haria príncipe de los sacerdotes de los falsos dioses, le respondió: que aun cuando le diese todo su imperio, no le hubiera jamás podido volver todo cuanto le habria robado, haciéndole perder á Dios. Dios, pues, debe bastarnos; contentémonos con los bienes que nos envia; alegrémonos de nuestra pobreza y de las privaciones que la acompañan; en esto consiste el mérito. Muchos son pobres, mas como quisieran no serlo, no tienen mérito alguno, pues que, segun S. Bernardo, la virtud

[1] Qui vult divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia, et nociva, quæ mergunt homines in interitum et perditionem. 1, *Tim*. 6. 9.

de la pobreza no consiste en ser pobre, sino en amar la pobreza [1].

13. El amor de la pobreza es especialmente necesario á los religiosos, pues han hecho voto de ella. Muchos religiosos, dice el mismo S. Bernardo, quieren ser pobres, pero quieren tambien que nada les falte [2]. De manera que, segun la observacion de S. Francisco de Sales, quieren tener el honor de la pobreza, pero no sus incomodidades. Un religioso que quiere ser pobre, y que se queja cuando le falta alguna cosa, es un objeto de irrision para los ángeles y para los hombres. Los verdaderos religiosos aman mas la pobreza que las riquezas. La hija del emperador Maximiliano II, religiosa de Sta. Clara, llamada Sor Margarita de la Cruz, se presentó delante del archiduque Alberto, su hermano, con un vestido

1 Non paupertas virtus reputatur, sed paupertatis amor. *Epist. ad Duc. Contrand.*

2 Pauperes esse volunt, eo tamen pacto ut nihil eis desit. *Ser. de Adv. Dom.*

remendado. El príncipe manifestó su sorpresa, diciendo que aquel vestido no convenia á una persona de su rango. Pero la buena religiosa le contestó: Sabed, hermano, que estoy yo mas contenta con este andrajo, que todos los monarcas con su púrpura. ¡ Felices los religiosos, esclama Sta. María Magdalena de Pazzi, que desprendidos de todo por medio de la santa pobreza, pueden decir: ¡ Dios mio! vos sois mi herencia y todo mi tesoro! Habiendo Sta. Teresa recibido muchas limosnas de un mercader, le mandó decir, que su nombre estaba inscrito en el libro de vida, y que en prueba de esto, iba á perder los bienes de la tierra. En efecto, el mercader hizo bancarrota, y quedó pobre hasta la muerte. Decia S. Luis Gonzaga, que la señal mas cierta de ser del número de los escogidos, era el persistir en el temor de Dios en medio de los desastres y de las tribulaciones de la vida.

14. Es en cierto modo una pobreza el quedar privado por la muerte de los parientes y amigos; así es preciso soportar su muerte con mucha resignacion y paciencia. Hay algunos que cuando pierden un pariente ó un amigo, están inconsolables, se retiran de toda sociedad, y se entregan á tales escesos de tristeza y de impaciencia, que se hacen inaccesibles. Yo les pregunto ¿á quien agradan con obrar así? ¿A Dios? Dios quiere que se resignen á su voluntad. ¿Será á las almas de aquellos cuya pérdida lloran? Mas si están en el infierno, les tienen horror á ellos y á sus llantos; si están en el paraiso, desean que los vivos den gracias á Dios por ellas: si están en el purgatorio anhelan que rueguen por ellas, que se sometan á la divina voluntad, y que trabajen por su propia santificacion para volver á verlas un dia en el cielo. ¿A que sirven pues los llantos? El venerable P. José Carac-

ciolo, hallándose un dia en medio de sus padres, que no cesaban de llorar á uno de sus hermanos difunto, les dijo: Reservemos nuestras lágrimas para mas digno objeto, para llorar la muerte de Jesucristo, que ha sido nuestro padre, nuestro hermano y nuestro esposo, y que murió por amor de nosotros. Imitemos á Job, el cual, cuando vinieron á noticiarle la muerte de sus hijos, dijo con una santa resignacion: *El Señor me los habia dado, y él es quien me los quita. Tal es su voluntad, y tal por consiguiente debe ser tambien la mia: así, sea siempre bendito su santo nombre!*

Desprecios.

15. Debemos en fin ejercitar la paciencia y mostrar á Dios nuestro amor, sufriendo tranquilos los desprecios y los desaires de los hombres. Cuando un alma se da toda á Dios, Dios permite que sea despre-

ciada y perseguida. Un ángel se apareció un dia al bienaventurado Enrique, y le dijo: Enrique, hasta aquí habeis sido mortificado á vuestro gusto, mas de aquí en adelante lo sereis por parte de los otros. El dia siguiente asomando el Bienaventurado por una ventana, vió un perro que jugaba con un trapo, y le hacia pedazos, al mismo tiempo oyó una voz que le dijo: De este mismo modo será desgarrada por los hombres tu reputacion. Al instante el bienaventurado Enrique bajó á la calle como aquel despedazado andrajo, para que le sirviese de consuelo en las persecuciones que se le pronosticaban.

16. Las afrentas y las injurias forman las delicias de los santos. Treinta años habia que S. Felipe Neri estaba sufriendo en la casa de S. Gerónimo, en Roma, muchos malos tratamientos por parte de algunas personas, y por esto no la hubiera dejado, para trasladarse

al reciente oratorio de la nueva iglesia á donde le invitaban á pasar sus discípulos, que ya la habitaban, si no se hubiese visto forzado á ello por una órden espresa del Papa. S. Juan dè la Cruz, debiendo cambiar de aires á causa de una enfermedad que le conducia al sepulcro, dejó un convento mas cómodo, en donde se hallaba un prior que le era muy adicto, escogió otro que era pobre, cuyo prior le era contrario, y que por mucho tiempo y casi hasta la muerte le despreció y le maltrató, hasta el estremo de prohibir á los demas religiosos que le visitasen. Los santos buscan siempre como ser despreciados. Sta. Teresa decia, que el que aspira á la perfeccion, debe guardarse mucho de decir: Sin razon se me hace este agravio; pues no se llega á la perfeccion cuando no se quiere llevar otra cruz sino la que se apoya en la razon. S. Pedro Martir, estando preso, se quejaba porque se le ha-

bia puesto en prision sin haber hecho mal alguno : y el Señor le respondió : ¿Que mal habia hecho yo á quien crucificaron y mataron los hombres ? Este pensamiento consuela á los santos en sus sufrimientos. S. Eleázaro preguntado por su esposa como lo hacia para sufrir con tanta paciencia las injurias que recibia, hasta de sus domésticos, contestó : Echo una mirada sobre un crucifijo, y veo que los ultrajes que se me hacen nada son comparados con los que el Salvador sufrió por mí, y por este medio Dios me da la fuerza de resignarme á todo. El menosprecio, la pobreza, los dolores y todas las tribulaciones son para una alma que no ama á Dios un motivo para alejarse mas de él ; pero para una alma ébria de amor divino son un motivo para unirse mas á Dios y amarle con mayor ardor [1]. Las tribulaciones, por grandes,

[1] Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem. *Cant.* 8, 7.

por numerosas que sean, no solo no apagan sino que aumentan las llamas de la caridad en un corazon que no ama nada mas que á Dios.

17. Mas ¿porqué Dios nos aflige con tantas cruces? ¿por qué se complace en vernos perseguidos y maltratados de los hombres? ¿Es Dios un tirano, un sér tan cruel que se plazca en vernos sufrir? No, Dios no es un tirano, no es un sér cruel; pero nos ama, y bástanos saber que nos ha amado hasta morir por nosotros. Si se place en vernos sufrir, es para nuestro bien, á fin de que, sufriendo en la tierra nos veamos libres de las penas debidas á nuestros pecados, y que nos seria preciso soportar en la otra vida; quiere desasirnos de los placeres sensibles de la tierra, semejante á una madre, que queriendo destetar á su hijo, pone alguna cosa amarga en sus pechos para que al niño le disguste: y tambien, para darnos ocasion de probarle nuestro amor

por nuestra paciencia y nuestra resignacion: en fin, para hacernos adquirir por medio de los sufrimientos un tesoro mayor de méritos y de gloria en el cielo. Ved ahí porque el Señor por amor y por bondad se place en vernos sufrir.

18. Concluyo, pues, diciendo, que para ejercitar bien la paciencia en las tribulaciones, hemos de pensar que vienen de Dios, ya directa, ya indirectamente por medio de los hombres. Por esto en nuestras tribulaciones hemos de dar gracias al Señor, aceptar con alegría y como nuestro mayor bien cuanto se digna enviarnos; sea agradable, sea penoso, pues todo coopera al bien de los que le aman [1]. Todas nuestras penas nos parecerán ligeras al lado de las del infierno que hemos merecido. Mas el mejor medio para sufrir con paciencia todas las adversidades, es la oracion; la gracia que

1 Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum. *Rom.* 8, 28.

es su efecto nos dará la fuerza que nos falta. Así lo han hecho los santos; han recorrido á la oracion, y han vencido las persecuciones y los tormentos.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Señor, sé que el cielo no se da sino á los que sufren sobre la tierra, y sufren con paciencia. Dadme pues, ó Dios mio, esta virtud de la paciencia, y podré decir con David: *De Dios es mi paciencia* [1]. Hállome, es verdad, en disposicion de sufrir en paz todas las tribulaciones; mas cuando llegan, me contristo y me desaliento, pierdo todo el mérito de mis sufrimientos, porque no sufro por amor de vos. Mi dulcísimo Jesus, por los méritos de la paciencia que tuvisteis sobre la tierra sufriendo por amor de mí, dadme la fuerza para sufrir toda especie de cru-

[1] Ab ipso patientia mea. *Ps.* 61, 6.

ces por amor de vos. Yo os amo, ó mi Redentor; yo os amo, ó mi soberano bien; yo os amo con todo mi corazon y mas que á mí mismo, ó mi Dios, mi tesoro y mi amor! Arrepiéntome sobre todas las cosas de haberos ofendido, y os prometo aceptar con paciencia todas las aflicciones y las penas que será de vuestro agrado enviarme; pero de vos solo espero la fuerza para ejecutar esta mi resolucion, y sobre todo para sufrir en paz los dolores de la agonía y de la muerte. O María, mi reina y mi madre, alcanzadme una verdadera resignacion en todo lo que me queda que sufrir durante mi vida, y en la hora de mi muerte.



CAPÍTULO XV.

CHARITAS OMNIA CREDIT.

El que ama á Jesucristo cree todo lo que este ha dicho.

1. Una persona que ama cree todo cuanto dice aquel á quien ama; por esto cuanto mas grande es el amor de un alma á Jesucristo, mas viva y constante es su fé. El buen ladron, viendo que el Salvador moria en la cruz sin haber hecho mal alguno, y que sufria con tanta paciencia, empezó á amarle; y este amor, unido á las luces divinas, le hizo creer que Jesucristo era verdaderamente el Hijo de Dios, y le inspiró tanta confianza en él, que le rogó que se acordase de él cuando hubiese llegado á su reino.

2. La fé es el fundamento de la caridad, que perfecciona la fé. El que mas perfectamente ama á Dios, tiene tambien una fé mas perfecta. La caridad hace que la fé sea no solamente en el espíritu, sino tambien en la voluntad, los que creen especulativamente pero sin la voluntad, son los pecadores, que conocen la verdad de la fé; pero que no quieren vivir segun los preceptos divinos; estos tienen una fé muy débil. Si tuviesen una fé viva, creyendo que la gracia es el mayor de los bienes, y el pecado el mayor de los males, mudarian de vida; mas toda vez que prefieren á Dios los miserables bienes de la tierra, es menester decir que no creen, ó que tienen una fé muy lánguida. Al contrario, el que cree no solo en especulacion sino tambien en práctica; que se complace en creer lo que Dios revela porque ama á Dios, este cree con perfeccion, y de consiguiente procura confor-

mar su vida con las verdades que cree.

3. El defecto de fé en los pecadores no viene de la obscuridad de la fé, porque aunque haya querido Dios que estas verdades nos fuesen incomprensibles para que tuviésemos mérito en creer, no obstante, la verdad de la fé es tan evidente, por los medios y por las pruebas que nos la han manifestado, que el no creer seria no solo una imprudencia sino una impiedad, una insensatez. La debilidad pues de la fé, nace de la mala vida. El que desprecia la amistad para no privarse de los placeres prohibidos, quisiera que no hubiese leyes que los prohibiesen, ni penas para castigarlos; trata pues de evitar el pensamiento de las verdades eternas, de la muerte, del juicio, del infierno: estas ideas le aterran, y emponzoñan sus placeres. Se buscan medios para persuadirse que no hay alma, ni Dios, ni infierno, para vivir y mo-

rir como los brutos que no tienen ley ni razon.

4. La corrupcion de costumbres es la que impulsa á publicar tantos libros y sistemas de materialistas, de indiferentes, de deistas, de naturalistas. Los unos niegan la existencia de Dios, los otros la Providencia, diciendo que Dios, despues de haber criado á los hombres, no pasó ningun cuidado de ellos, que le es indiferente que le amen ó que le ofendan, que se salven ó que se pierdan. Pretenden otros que Dios es cruel, que ha criado almas para el infierno, que las conduce á pecar para que se condenen y le maldigan para siempre en el fuego eterno.

5. ¡O ingratitud y maldad de los hombres! Dios los ha criado por misericordia, para hacerlos eternamente felices; les ha colmado de luces y de gracias para que pudiesen adquirir la vida eterna; los ha rescatado por medio de sus vivos

dolores en un amor infinito, y estos mismos hombres se esfuerzan en no creer nada para vivir en sus vicios! Mas á pesar de todo su deseo, estos desgraciados no podrán jamás librarse de los remordimientos y del temor de la divina venganza. Yo he publicado una obra titulada: *La verdad de la Fé*, en la cual he demostrado lo absurdo de los sistemas forjados por los incrédulos. Haga el cielo que renuncien á sus vicios, que amen á Jesucristo; entonces ya no tendrán mas dudas, y creerán firmemente todas las verdades reveladas por Dios.

6. El que ama sinceramente á Jesucristo piensa siempre en las máximas eternas y conforma á ellas su conducta; conoce con el Sabio [1] que toda grandeza terrestre no es mas que humo, lodo y engaño; que la única felicidad del alma consiste en amar á su Criador, en cumplir

1 Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.

su voluntad: que el hombre nada vale sino lo que es delante de Dios; que de nada sirve ganar el universo si se pierde el alma; que todos los bienes de la tierra no pueden satisfacer el corazon del hombre; que Dios solo le contenta; en fin, que es preciso abandonarlo todo para adquirirlo todo.

7. Otros cristianos hay que no son tan perversos como los de que acabamos de hablar, los cuales nada quisieran creer para vivir en sus vicios á sus anchuras. Otros, repito, creen; pero tienen una fé lánguida: creen los misterios y las verdades reveládas, pero no las creen todas. Jesucristo ha dicho: *Bienaventurados los pobres* [1]*: bienaventurados los que lloran* [2]*: bienaventurados los que han hambre* [3]*: bienaventurados los que padecen persecucion* [4]*:*

1 Beati pauperes. *Luc.* 6, 20.
2 Beati qui lugent. *Matth.* 5, 5.
3 Beati qui esuriunt. *Ibid.* *v.* 6.
4 Beati qui persecutionem patiuntur. *Ibid*, *v.* 10.

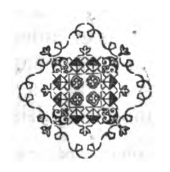
bienaventurados sois, cuando os maldijeren, y dijeren todo mal contra vosotros[1]. ¿Creerá pues en el Evangelio el que dice: felices los que tienen dinero, feliz el que no sufre, feliz el que se divierte, desdichado del que es perseguido y maltratado por los hombres? Estos pues no creen, ó no creen sino en parte el Evangelio; el que cree totalmente en él, mira como grande dicha el ser pobre, enfermo, despreciado y perseguido del mundo. Así cree y se espresa el que cree cuanto encierra el Evangelio; y ama de veras á Jesucristo.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Mi dulce Jesus, vida de mi alma; creo que vos sois el único bien digno de ser amado. Creo que vos me amais en gran manera, pues que tan gratuitamente quisisteis sufrir

1 Beati estis, cum maledixerint vobis, et dixerint omne malum adversum vos. *Ibid. v.* 11.

toda suerte de tormentos y hasta la muerte por mi salud. Creo que ni en la tierra ni en el cielo hay felicidad mayor que la de amaros y hacer vuestra voluntad. Lo creo firmemente, y á todo renuncio para ser todo de vos, y no poseer sino á vos. Por los méritos de vuestra pasion, ayudadme, y hacedme tal como vos quereis que sea. ¡ Verdad infalible! creo en vos; misericordia infinita! espero en vos; bondad infinita! os amo; amor infinito, que os habeis dado todo á mí en vuestra pasion y en el sacramento adorable de la Eucaristía! yo me doy todo á vos. Protegedme, ¡ó María! vos que sois el refugio de los pecadores y mi dulcísima madre.



CAPÍTULO XVI.

CHARITAS OMNIA SPERAT.

El que ama á Jesucristo lo espera todo de Jesucristo.

1. La esperanza aumenta la caridad, y la caridad aumenta la esperanza. La esperanza en la divina bondad aumenta el amor á Jesucristo. Escribe Sto. Tomás que cuando esperamos recibir algun bien de alguno emp zamos tambien á amarle [1]. No quiere el Señor que pongamos nuestra confianza en las criaturas [2]; y maldice al que confia en el

1 Ex hoc enim quod per aliquem speravimus nobis posse provenire bona, movemur in ipsum sicut bonum nostrum, et sic incipimus ipsum amare. *Sanctus Tom.* 2, 2, *q.* 40 *art.* 2.

2 Nolite confidere in principibus. *Ps.* 145. 2.



hombre [1], porque no quiere que las criaturas sean el objeto de nuestro amor. S. Vicente de Paul no puede consentir en que se busque el apoyo en la proteccion de los hombres, por la razon de que el Señor se retirará entonces de nosotros; en vez de que, cuanto mas confiamos en él, mas crece el amor que le tenemos [2]. ¡Oh! cuan rápidos son los progresos que hace en la perfeccion aquél cuyo corazon se dilata por la confianza en Dios! No solo corre sino que vuela á ella, porque habiendo puesto toda la confianza en Dios, cesa de ser débil y viene á ser fuerte con la fuerza de Dios, que se comunica á todos los que en él esperan [3]. El águila vo-

1 Maledictus homo, qui confidit in homine. *Jerem.* 17, 5.

2 Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum. *Ps.* 118. 32.

3 Qui confidunt in Domino, mutabunt fortitudinem, assument pennas ut aquilæ, current et non laborabunt, ambulabunt, et non deficient *Isa.* 40, 31.

lando se acerca al sol; el alma, sostenida por su confianza en Dios, se desata de la tierra y se une á él por el amor.

2. Así como la esperanza sirve para aumentar nuestro amor hácia Dios, el amor aumenta nuestra esperanza, porque la caridad nos hace hijos adoptivos de Dios. En el órden natural, somos la obra de sus manos; mas en el órden sobrenatural, es decir, por los méritos de Jesucristo, somos constituidos hijos de Dios, y participantes de la naturaleza divina [1]. Y haciéndonos la caridad hijos de Dios, nos hace tambien los herederos del reino de los cielos [2]. Pues es propio de los hijos el habitar en la casa de su padre, y de los herederos el percibir la herencia. La caridad aumenta por consiguiente la esperanza de los bienes eternos: así que las almas que aman

1 Ut efficiamini divinæ consortes naturæ. 2. *Petr.* 1, 4.
2 Si autem filii et hæredes. *Rom.* 8, 17.

de veras á Dios no cesan de pedirle que llegue su reino.

3. Por otra parte Dios ama á quien le ama [1]. Colma de gracias al que le busca [2]. Así pues cuanto mas se ama á Dios, mas motivo hay para esperar en él. Esta esperanza produce en los santos la paz inalterable que conservan hasta en la adversidad, pues que, amando á Dios y sabiendo cuan generoso es con los que le aman, en él solo ponen toda su confianza y encuentran su reposo. He aquí porque la esposa de los Cantares nadaba en las delicias, porque no amando á nadie mas que á su amado, se apoyaba solo en él, y sabiendo de que modo remunera al que le ama, estaba gozando de paz y de alegría [3]. Así el Sabio tenia razon en decir, que re-

1 Ego diligentes me diligo. *Prov.* 8, 17.

2 Bonus est Dominus animæ quærenti illum. *Thren.* 3, 25.

3 Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum? *Cant.* 8. 5.

cibiendo la caridad, lo habia conseguido todo [1].

4. El primer objeto de la esperanza cristiana, es la posesion de Dios en el Cielo. Mas no creamos que la esperanza de poseer á Dios en el Cielo, sea un obstáculo á la caridad. Estas dos virtudes son inseparables. Es la caridad aquel tesoro precioso que nos hace amigos de Dios [2]. La amistad se funda en la comunicacion de los bienes, y sin esta comunicacion no habria amistad [3]. Jesucristo dijo á sus discípulos [4] que por haberles hecho sus amigos, les habia comunicado todos sus secretos.

5 S. Francisco de Sales dice, que si hubiese una bondad infinita,

1 Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa. *Sap.* 7. 11.

2 Infinitus enim thesaurus est hominibus, quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiæ Dei *Sap.* 7. 14.

3 Si nulla esset communicatio, nulla esset amicitia. *S. Tom.* 2. 2. *q.* 65, *a.* 5.

4 Vos autem dixi amicos, quia omnia quæcumque audivi a Patre meo, nota feci vobis. *Joan.* 15. 15.

es decir, un Dios, al cual, lo que es imposible, no perteneciéramos en modo alguno, y con el que no pudiésemos tener la menor union ni comunicacion, le estimaríamos sin duda mas que á nosotros, y pudiéramos tener el deseo de amarle; pero no le amaríamos, porque el amor supone la union: la caridad es una amistad, y la amistad tiene por fundamento la comunicacion, y por fin la union. Por esto enseña Sto. Tomás que la caridad no escluye los deseos de la recompensa, que Dios nos prepara en el Cielo, sino que nos la hace mirar como el objeto principal de nuestro amor, que es Dios, formando la felicidad de los habitantes del Cielo; porque la amistad exige que el amigo esté en posesion de su amigo [1].

[1] Amicorum est, quod quærant invicem perfrui; sed nihil aliud est merces nostra, quam perfrui Deo, videndo ipsum; ergo charitas non solum non excludit, sed etiam facit habere oculum ad mercedem. *Sanctus Thomas in 3 sent. Dist.* 29. *qu.* 2, *art.* 4.



6. Tál es la reciprocidad de comunicaciónes de dones espresada por la esposa de los Cantares [1]. En el cielo el alma se da toda á Dios y Dios se da todo al alma, en cuanto ella es capaz, y segun el grado de sus méritos. Pero conociendo el alma su nada en comparacion de la infinita amabilidad de Dios, y viendo por consiguiente que Dios merece infinitamente mas ser amado de ella, que ella no merece serlo de Dios, desea mas lo que agrada á Dios que su satisfaccion propia. Complácese en la gloria que Dios le comunica; pero es para retornarla despues al mismo Dios, y aumentar la gloria divina en cuanto ella puede. El alma en el cielo viendo intuitivamente á Dios, no puede dejar de amarle con todas sus fuerzas. Dios por su parte no puede aborrecer al que le ama. Mas si Dios, por un imposible, pudiese aborrecer un alma

[1] Dilectus meus mihi, et ego illi. *Cant.* 2, 16.

que le ama, y si un alma bienaventurada pudiese existir sin amar á Dios, preferiria ella sufrir todas las penas del infierno, con tal que le fuese dado amar á Dios, aun cuando él la aborreciese, antes que vivir sin amar á Dios, aunque pudiese disfrutar de todas las demas delicias del paraiso. Y la razon es, que conociendo el alma que Dios merece infinitamente mas que ella el ser amado, desea mucho mas amar á Dios que ser ella misma amada de Dios.

7. Sto. Tomás define la esperanza cristiana, una esperanza cierta de la eterna felicidad [1]. Esta certitud nace de la infalibilidad de Dios que ha prometido la vida eterna á sus fieles servidores. La caridad pues, quitando el pecado, quita al mismo tiempo todo obstáculo para llegar á la felicidad; así que, cuanta mayor es la caridad, mas fortifi-

1 Spes est expectatio certa beatitudinis.

ca nuestra esperanza, la cual jamás será por cierto un obstáculo á la pureza del amor; porque el amor, dice S. Dionisio Areopagita, tiende naturalmente á la union con el objeto amado. El amor, dice S. Agustin, es como un lazo de oro que une juntamente los corazones de la persona que ama y de la que es amada[1]. Y como esta union no puede efectuarse mediando distancia, el que ama desea siempre la presencia de la persona amada. La esposa de los Cantares, viéndose alejada de su amado, desfallecia, y rogaba á sus compañeras que le hiciesen saber su pena para invitarle á que viniere á consolarla con su presencia[2]. Un alma que ama mucho á Jesucristo, mientras está sobre la tierra, no puede vivir sin el deseo

1 Amor est quasi junctura quædam duo capulans.

2 Adjuro vos, filiæ Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuntietis ei, quia amore langueo. *Cant.* 5, 8.

intenso de volar pronto al Cielo para unirse con su amado.

8. Por esta razon, el desear la posesion de Dios en el cielo, no tanto por la felicidad de amarle, como por el placer que se dará á Dios amándole, es un amor puro y perfecto. La satisfaccion que sienten los bienaventurados amando á Dios, no daña á la pureza de su amor, y mas satisface á los santos el amor que tienen á Dios, que el contento que hallan en amarle. Se dirá quizá que el amor acompañado del deseo de la recompensa es un amor de concupiscencia, y no una amistad. Respondo á esto, que debemos distinguir entre las promesas temporales prometidas por el hombre, y la recompensa del paraiso que promete Dios á los que le aman: las recompensas que dan los hombres son separadas de sus personas; no se dan nunca á sí mismos sino solamente sus bienes; cuando la principal recompensa que da Dios á los bienaven-

turados es él mismo [1]. Así que, desear el paraiso es desear á Dios, que es nuestro último fin.

9. Mas ¿ si Dios revelase á una alma que será borrada del libro de la vida, esta alma deberia contentarse para conformarse con la voluntad de Dios? No, responde santo Tomás, y peca si en ello consiente, porque esto seria consentir en vivir en estado de culpa, estado opuesto al fin para el cual la crió Dios; pues Dios no cria las almas para el infierno en donde ellas le aborrecen, sino para el paraiso en donde le aman incesantemente: por esto no quiere él la muerte del pecador, sino que se convierta y se salve. El mismo Santo añade que el Señor no quiere que nadie se condene sino por el pecado, y así que, consintiendo en su propia condenacion no se conformaria á la voluntad de Dios sino á la del pecado [2]. Mas si

1 Ego merces tua magna nimis. *Gen.* 15, 1.
2 Unde velle suam damnationem absolute,

Dios revelase á esta alma el decreto de su condenacion, en virtud de la prevision de su pecado, ¿deberia ella entonces consentir? No, responde aun Sto. Tomás, pues que deberia mirar esta revelacion, no como un decreto irrevocable, sino como una amenaza que no tendrá su efecto sino en el caso de persistir ella en el pecado.

10. Mas alejemos de nuestro espíritu pensamientos tan funestos, que no sirven sino para resfriar la confianza y el amor. Amemos á Jesucristo todo lo que podamos en este mundo; suspiremos sin cesar por la hora que ha de unirnos á él en el Cielo para amarle perfectamente; el principal objeto de nuestra esperanza ha de ser de llegar allí, y de amarle con todas nuestras fuerzas[1].

non esset conformare suam voluntatem voluntati divinæ, sed voluntati peccati. *S. Thom. de ver. q.* 3, *a.* 8.

[1] Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, ex tota anima tua, et ex omnibus viribus tuis, etc. *Luc.* 10, 27.

No puede el hombre, dice Sto. Tomás, cumplir perfectamente sobre la tierra el precepto de amar á Dios: no hay sino Jesucristo Dios y hombre juntamente, y María llena de gracia y exenta del pecado original, que lo hayan cumplido enteramente. Por lo que hace á nosotros, miserables hijos de Adan, nuestro amor para con Dios va siempre mezclado de alguna imperfeccion; tan solamente en el cielo, cuando verémos á Dios cara á cara, le amarémos, y nos hallarémos en la necesidad de amarle con todas nuestras fuerzas.

11. Así pues el objeto de nuestros pensamientos, de nuestros deseos y de nuestras esperanzas, ha de ser el ir á poseer á Dios en el cielo, para amarle con todas nuestras fuerzas, y gozar de su propia felicidad. El mayor placer que tienen los santos en el cielo, es conocer la inmensa felicidad de su amado y soberano dueño, pues aman á Dios inmensa-

mente mas que á sí mismos. Cada uno de ellos, por un efecto del amor que tiene á Dios, estaria contento de sacrificar toda su felicidad y sufrir toda especie de tormentos, para que no faltase á Dios, suponiéndolo posible, la mas mínima parte de la felicidad de que está gozando. Viendo pues que Dios es infinitamente feliz, y que su felicidad es eterna, este pensamiento forma todo su paraiso. En este sentido debe entenderse lo que el Señor dice al alma, poniéndola en posesion del paraiso: *Entra en el gozo de tu Señor* [1]. No dice al gozo que entre en el alma, sino al alma que entre en el gozo de Dios, pues que el gozo de Dios es el que hace el de los bienaventurados; de manera que el bien de Dios, sus riquezas y su felicidad serán el bien, las riquezas y la felicidad de los bienaventurados.

[1] Intra in gaudium Domini tui. *Matth.* 25, 21.

12. Desde que un alma entra en el cielo, y ve y descubre la gloria y la belleza infinita de Dios, se halla como embriagada y consumida de amor; piérdese y queda como abismada en la infinita bondad de Dios; olvídase entonces de sí misma y arrebatada de amor divino, no piensa sino en amar á Dios [1]. Así como en la embriaguez, ya no piensa mas en sí, del mismo modo el alma bienaventurada no piensa sino en amar á Dios y en agradarle; desea poseerle enteramente, y en realidad le posee, sin temor de nunca mas perderle; desea darse toda á él, y lo hace realmente á cada instante, sin reserva: Dios le manifiesta su amor, y se lo mostrará por toda la eternidad.

13. En el cielo el alma queda toda unida á Dios, y le ama con todas sus fuerzas y con un amor completo, el cual, aunque finito, por-

[1] Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ. *Ps.* 35, 9.

que la criatura no es susceptible de un amor infinito, no obstante es tal, que la satisface enteramente, hasta no dejarle nada que desear. Dios por su parte se comunica y se une al alma, llenándola de sí mismo tanto como ella es susceptible, segun sus méritos; uniéndose á ella no solo por medio de sus dones, de sus luces y de sus amorosos atractivos, como se une al hombre en esta vida, sino que se une á ella por su propia esencia. Al modo que el fuego penetra el hierro y parece transformarle todo en sí mismo, así Dios penetra el alma y la llena de sí mismo, por manera que aunque no cesa ella de existir, con todo está llena de tal modo de Dios y abismada en el mar inmenso de la substancia divina, que se encuentra como anonadada y sin existencia. Esta es la felicidad que deseaba el Apóstol á un discípulo [1].

[1] Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei. *Ephes.* 3, 19.

14. Tal es el término que el Señor en su bondad quiere que obtengamos en la otra vida; y nuestra alma no disfrutará jamás completo reposo, hasta que sea perfectamente unida á Dios en el cielo. Verdad es que los que aman á Jesucristo hallan la paz en la conformidad á la voluntad divina; mas no pueden hallar un reposo perfecto en esta vida, porque este reposo no se alcanza sino en el último fin, que es ver á Dios cara á cara y quedar consumido de divino amor: mientras el alma no está en posesion de este fin, anda inquieta entre gemidos y suspiros [1].

15. Sí, ¡ó Dios mio! yo vivo en paz en este valle de lágrimas, porque tal es vuestra voluntad; mas no puedo menos de sentir una amargura inesplicable, pensando que no estoy todavía enteramente unido á vos, que sois mi centro, mi reposo

1 Ecce in pace amaritudo mea amarissima. *Is.* 38, 17.

y mi todo. Los Santos, bien que inflamados en amor de Dios, no hacian sino suspirar sobre la tierra por la patria de la bienaventuranza. David esclamaba: *¡Ay de mí! que mi morada en tierra agena se ha prolongado* [1]. *Seré saciado cuando apareciere tu gloria* [2]. S. Pablo decia tambien: *Tengo deseo de ser desatado de la carne, y estar con Cristo* [3]. *El bien que aguardo es tan grande*, decia igualmente S. Francisco de Asis, *que las penas son para mí placeres*. He aquí otros tantos actos de una perfecta caridad. Enseña el Angélico, que el mas alto grado de caridad á que puede llegar un alma en esta vida, es desear ardientemente el ir á unirse á Dios y poseerle en el cielo [4]. Mas la

1 Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est! *Ps.* 119, 5.
2 Satiabor cum apparuerit gloria tua. *Ps.* 16, 15.
3 Desiderium habens esse cum Christo. *Philip.* 1, 23.
4 Tertium autem studium est, ut homo ad hoc principaliter intendat, ut Deo inhæreat, et

felicidad del cielo, como hemos observado ya, no consiste tanto en el gozo que da Dios al alma, como en el gozo que esta recibe de la felicidad de Dios, á quien los bienaventurados aman mas que á sí mismos.

16. La mayor pena que sufren las almas del purgatorio, es el deseo que tienen de poseer á Dios; esta pena afligirá especialmente las almas de aquellos que en esta vida no habrán tenido sino un débil deseo del paraiso. Dice el cardenal Belarmino que hay en el purgatorio un lugar llamado *carcer honoratus*, en donde las almas no sufren pena alguna de sentido, sino solamente la privacion de la vista de Dios. Muchos ejemplos de esta especie de pena nos refieren S. Gregorio, el venerable Beda, S. Vicente Ferrer y Sta. Brígida; esta pena se impone no por los pecados cometidos, sino

eo fruatur, et hoc pertinet ad perfectos, qui cupiunt dissolvi et esse cum Christo. *S. Thom.* 2, 2. *q.* 24, *a.* 9.



por haber deseado poco el paraiso durante la vida. Muchas almas aspiran á la perfeccion sin por esto desear separarse de la tierra, para ir á unirse á Dios. Mas como la vida eterna es un bien infinitamente precioso que Jesucristo nos ha merecido por su muerte, Dios castiga desde luego estas almas por el poco deseo que de ella tuvieron durante su vida.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Dios mio, vos me habeis criado para el paraiso y para abrirme sus puertas me habeis rescatado del infierno. Sin embargo, yo os he muchas veces ofendido, renunciando con esto á la felicidad que me teniais preparada, y he vivido contento de verme condenado al infierno. Mas vuestra infinita misericordia me ha perdonado, segun confio, todas mis ingratitudes pasadas, despues de haberme mil veces librado del infierno. ¡Ah! Jesus mio! yo no os

he sido siempre fiel! yo no os he amado siempre! Mi único consuelo es que aun estoy á tiempo de hacerlo. Yo os amo, ¡ó querido de mi alma! yo os amo con todo mi corazon y mas que á mí mismo. Yo sé que vos quereis que me salve, para que pueda ir á amaros eternamente en el cielo: gracias os doy por tanta bondad, y os suplico me concedais la gracia de amaros mucho durante el resto de mi vida, para amaros despues eternamente. ¡Ah! ¿cuando me veré, Salvador mio, libre del peligro de perderos, y de tal modo consumido de amor á vista de vuestra infinita belleza que me vea en la necesidad de amaros? ¡Ó dulce, ó feliz, ó amable necesidad, que me librará de todo temor de desagradaros, y me forzará á amaros con todas mis fuerzas! Verdad es que mi conciencia me dice que no puedo pretender alcanzar el cielo; mas vuestros méritos, ó Redentor mio, son toda mi esperan-

za. Reina del cielo, ó María, vuestra intercesion es todopoderosa para con Dios, en vos pues confio.

CAPÍTULO XVIII.

CHARITAS OMNIA SUSTINET.

El que ama á Jesucristo con mucho ardor no cesa de amarle en medio de las tentaciones y de las mayores angustias.

1. Las penas que mas afligen á las almas que aman á Dios, no son ni la pobreza ni las enfermedades, ni las deshonras ni las persecuciones; sino que son las tentaciones y las angustias interiores. Cuando un alma vive en el temor y en el amor de Dios, los dolores, las ignomi-

nias y los malos tratamientos de los hombres, lejos de afligirla la consuelan, porque en ellos encuentra medios de dar á Dios pruebas de su amor. Como la leña en un incendio, estos sucesos sirven para acrecentar su amor hácia Dios. Pero el verse espuesta por la tentacion á perder la gracia, ó temer en la disolucion haberla ya perdido, de aquí las penas mas amargas para quien ama de corazon á Jesucristo: solo el amor puede hacerlas sufrir con paciencia, y conservarse en la senda de la perfeccion. Estas pruebas son para las almas un crisol que las purifica y perfecciona.

§ I. — *De las tentaciones.*

2. Para una alma que ama á Jesucristo no hay pena mayor que las tentaciones; todos los otros males la conducen á unirse mas á Dios, aceptándolas con resignacion; mas las tentaciones la esponen á sepa-

rarse de Jesucristo, y le son por consiguiente mas amargas que todos los demas tormentos. Es preciso saber, no obstante, que las tentaciones no vienen nunca de Dios, sino del demonio, ó de nuestras malas inclinaciones [1]. El Señor permite no obstante algunas veces que las almas que mas tiernamente quiere, sean tentadas con mas violencia, para que conozcan mejor su debilidad y la necesidad que tienen de la gracia para no caer. Cuando un alma es favorecida de Dios, por medio de consuelos interiores, ya le parece ser bastante fuerte para resistir á las sugestiones del demonio, y para emprenderlo todo por la gloria de Dios. Mas en una recia tentacion, viéndose asombrada á dos dedos del precipicio, y cercana á caer en él, repara en su debilidad, y reconoce que no puede resistir si Dios no la socorre. Esto es precisa-

1 Deus enim intentator malorum est; ipse autem neminem tentat. *Jac.* 1, 13.

mente lo que sucedió á S. Pablo, el cual dice, que el Señor habia permitido fuese atormentado por una tentacion sensual, para que no se envaneciese de las revelaciones con que se habia visto favorecido [1].

3. Dios permite las tentaciones paraque vivamos mas desasidos de las cosas de la tierra, y anhelemos con mas ardor ir á gozarle en el paraiso. Las almas buenas, viéndose asaltadas en todo tiempo y en todo lugar por tantos enemigos, se fastidian de la vida [2], y suspiran por la hora en que podrán decir: *el lazo fué quebrado, y nosotros fuimos librados* [3]. Estas almas quisieran volar á Dios, pero un hilo las detiene sobre la tierra en donde viven sujetas á las tentaciones hasta que haya llegado la hora de salir de

1 Et ne multitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meæ, angelus satanæ qui me colaphizet. 2. *Cor.* 11, 7.

2 Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est. *Ps.* 119, 5.

3 Laqueus contritus est, et nos liberati sumus. *Ps.* 123. 7.

este mundo : he aquí porque las almas que aman á Jesucristo suspiran por la muerte que les libra del peligro de perder á Dios.

4. Dios permite tambien que seamos tentados para hacernos mas ricos en merecimientos, como se dijo á Tobías [1]. Cuando somos tentados, pues, lejos de temer estar mal con Dios, debemos al contrario creer que somos de él mas amados. El demonio, para engañar ciertos espíritus pusilánimes, les hace creer que las tentaciones son verdaderos pecados. No son los malos pensamientos los que nos hacen perder á Dios, sino el consentimiento que á ellos damos: por fuertes que sean las sugestiones del demonio, sean cuales fueren las fantasmas impuras que ruedan en nuestra imaginacion, si esto es á pesar nuestro, lejos de manchar el alma la vuelven mas pura, mas

1 Et quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te. *Tob.* 12, 13.

fuerte, mas agradable á Dios. Dice S. Bernardo, que cuantas veces salimos vencedores de la tentacion, hemos ganado una nueva corona [1]. Aun cuando un mal pensamiento perseverase en inquietarnos, no nos turbemos: basta que le aborrezcamos y que procuremos desterrarle de nuestro espíritu.

5. Dios es fiel, y no permite que seamos tentados mas allá de nuestras fuerzas [2]. El que resiste pues á la tentacion, no solo no pierde nada, sino que gana mucho. Por esto permite á menudo que las almas mas queridas suyas tengan tambien mas fuertes tentaciones, para hacerlas adquirir mas mérito en la tierra, y mas gloria en el cielo. El agua que está estancada muy luego se corrompe; asimismo el alma sin tentaciones está espuesta á perderse, por alguna vana compla-

1 Quoties vincimus, toties coronamur.

2 Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum. 1. *Cor.* 10, 13.

cencia en su propio mérito: pensando que ha llegado á la perfeccion, cesa de temer, entibia su fervor en la oracion y trabaja muy poco para asegurar su salud: mas cuando se siente agitada por la tentacion, y se ve en peligro de pecar, recorre al Señor y á su divina Madre, renueva su resolucion de morir antes que ofender á Dios; se humilla y se lanza en los brazos de la misericordia divina. Por este medio adquiere mas fuerza y se une mas estrechamente á Dios, como lo prueba la esperiencia.

6. No por esto debemos desear las tentaciones, antes bien pedir á Dios que nos preserve de ellas, y en especial de aquellas á las que sucumbiríamos (esto es lo que pedimos todos los dias en la oracion del *Padre nuestro ; y no nos dejes caer en la tentacion*) pero cuando Dios permite que seamos tentados, no nos inquietemos por los malos pensamientos que nos sobrevengan;

esperemos en Dios, pidámosle socorro, y no dejará de darnos la fuerza necesaria para resistir. Abandonémonos á Dios, y nada temamos; porque si permite que nos veamos espuestos á la tentacion, no se retirará de nosotros para dejarnos caer [1].

7. Examinemos ahora las medidas que debemos tomar para vencer las tentaciones. Muchas enseñan los maestros de la vida espiritual. Yo empero no hablaré aquí sino de la oracion, el mas necesario y el mas seguro de todos los medios. Cuando seamos tentados, recorramos á Dios, y digámosle con humildad y confianza: *Señor, ayudadme, y ayudadme en este momento.* Esta simple súplica bastará para hacernos vencer aunque sea todo el infierno reunido contra nosotros, pues Dios es infinitamente mas fuerte que todos los demonios. Dios sa-

1. Projice te in eum, noli metuere; non se subtrahet ut cadas. *S. Aug. Confess. l.* 8, *c.* 11.



be que no podemos resistir á las tentaciones; cuando estamos en peligro de sucumbir, Dios se ve obligado en darnos la fuerza de vencer, si se la pedimos [1].

8. ¿Como podríamos temer el no ser socorridos por Jesucristo despues de tantas promesas de su parte [2]? ¿Te ves apurado de la tentacion? dice el Señor, ven á mí y yo te ayudaré [3]. ¿Te ves rodeado de enemigos? llámame á tu ayuda, yo te libraré de sus manos, y tú me alabarás [4]. Entonces llamareis al Señor á vuestro socorro, y él os atenderá. Vosotros esclamareis: Presto, Señor, socorredme; y él os responderá: *Aquí me teneis pronto á*

1 Tenetur Deus, cum tentamur, nobis ad eum confugientibus, vires præbere, quibus possimus resistere, et actu resistamus. *Card. Gotti Theol. Schol. tom.* 2, *tract.* 6, *q.* 2, § 3, *n.* 30.

2 Venite ad me, omnes, qui laboratis et onoratis estis, et ego reficiam vos. *Matth.* 11, 28.

3 Et invoca me in die tribulationis, eruam te et honorificabis me. *Ps.* 49, 16.

4 Tunc invocabis, et Dominus exaudiet. Clamabis, et dicet: Ecce adsum. *Isa.* 58, 9.

socorreros [1]. ¿Se han nunca dirigido al Señor súplicas que haya desechado? Tan seguro estaba David de que la súplica le haria triunfar de sus enemigos, que decia: *Yo invocaré al Señor, y él me librará de mis enemigos* [2]. Porque sabia que Dios está cerca del que le ruega [3]. Y añade S. Pablo, que el Señor es generoso para todos cuantos le invocan [4].

9. Si siempre se invocase á Dios en las tentaciones, no se pecaria; mas se quieren satisfacer las pasiones, y se prefieren placeres de un instante á Dios, que es un bien infinito: así es que se peca, porque se quiere, pues demuestra la esperiencia que el que recorre á Dios no peca, y que el que á él no recorre peca infaliblemente, sobre todo cuando

1 Quis invocavit eum, et despexit illum? *Eccl.* 2, 12.

2 Laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero. *Ps.* 17, 4.

3 Prope est Dominus omnibus invocantibus eum. *Ps.* 144, 28.

4 Dives in omnes qui invocant illum. *Rom.* 10, 12.

se-trata de tentacion de incontinencia. Decia Salomon, que sabiendo que no podia ser casto si Dios no le daba la gracia para serlo, recorria al Señor en las tentaciones [1]. Cuando uno se ve tentado de impureza, ó contra la fé, no debe detenerse en combatir frente á frente, sino que desde un principio es menester rechazar el pensamiento indirectamente, haciendo un acto de amor de Dios, de contricion, y ocupándose en alguna cosa indiferente que pueda distraer: así pues apenas nos asalte algun pensamiento un poco malo, es preciso rechazarle desde luego, echarle por decirlo así la puerta por el rostro, sin detenerse á considerar lo que es, y tratarle como una centellita que hubiese caido sobre nuestra ropa.

10. Mas si la tentacion impura ha hecho ya alguna impresion en el

1 Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det... adii Dominum, et deprecatus sum illum, etc. *Sap.* 8, 21.

espíritu y en los sentidos, es preciso pedir socorro al Señor, invocando los sagrados nombres de Jesus y de María, que tienen una virtud particular contra este género de tentaciones [1]. Así que un niño descubre el lobo, corre á arrojarse en los brazos de su padre ó de su madre, y allí se cree seguro: imitémosle, dice S. Francisco de Sales: al aspecto de la tentacion, recorremos á Jesus y á María, y hagámoslo luego, sin perder tiempo en razonar con la tentacion. Léese en el libro de las Sentencias de los Padres § IV, que S. Pacomio oyó un dia como se jactaba un demonio de haber hecho caer á menudo un religioso, el cual, cuando le tentaba, le daba audiencia y no recorria á Dios; y oyó á otro que se lamentaba de no poder nada contra el religioso á quien tentaba, porque re-

1 Statim ut libido titillaverit sensum, erumpamus in vocem: Domine auxiliator meus. *S. Hier. Ep. 22. ad Eust.*

corria al momento á Dios, y por este medio quedaba siempre vencedor.

11. Si la tentacion es continua, guardémonos de turbarnos ni de indignarnos; pudiera aprovecharse el demonio de este momento de turbacion para hacernos caer; antes bien, resignándonos entonces humildemente á la voluntad de Dios, que permite la tentacion, digamos: *Señor, bien merezco en castigo de mis pasadas culpas el verme abandonado á semejante tentacion; mas por vuestra gracia, socorredme, y no permitais que yo sucumba á ella.* Invoquemos tambien á Jesus y á María en tanto que dura la tentacion. Tambien es bueno renovar entonces la resolucion de sufrir toda especie de tormentos, y la muerte misma, antes de ofender á Dios, sin cesar por esto de recomendarse á él. Cuando la tentacion es tan fuerte, que se corre grave riesgo de consentir en ella, preciso es redoblar las oraciones,

recorrer al Santísimo Sacramento, arrojarse á los pies de un Crucifijo, ó de alguna imágen de la Santísima Vírgen, rogar con mucho mayor fervor, gemir, suspirar, clamar socorro. Verdad es que Dios está pronto á escuchar al que le ruega, y la disposicion de Dios y no nuestra industria, es la que debe darnos fuerza para resistir; pero él quiere alguna vez que empezemos por hacer todos nuestros esfuerzos, supliendo él despues á nuestra debilidad, y haciéndonos obtener la victoria.

12. Es menester durante la tentacion hacer á menudo la señal de la cruz en la frente y en el pecho, abrir el corazon al Padre espiritual. Decia S. Felipe Neri que una tentacion descubierta es ya medio vencida. Es comun sentir de todos los teólogos, aun de los mas rigoristas, que aquellos que han llevado por largo tiempo una vida arreglada, siempre que estén seguros de no

haber consentido en alguna falta grave, deben estar persuadidos que no han perdido la gracia de Dios; porque es moralmente imposible que una voluntad, confirmada despues de muy largo tiempo en buenos propósitos, cambie de repente, y consienta en un pecado mortal sin conocerlo claramente. El pecado mortal es un monstruo tan horrible, que no puede, sin darse á conocer claramente, entrar en un alma que le ha aborrecido y detestado por mucho tiempo. Esto es lo que probamos mas estensamente en nuestra *Teologia moral*, Lib. VI, n. 476. vers. *item*. Decia Sta. Teresa: *Nadie se pierde sin saberlo, y nadie puede ser engañado sin quererlo ser.*

13. Así que, cuando se trata de una alma, de una conciencia delicada y de una virtud sólida, pero de otra parte tímida y molestada por tentaciones, especialmente contra la fé ó la castidad, hará bien el director algunas veces de prohibirle

que las descubra en confesion; pues para descubrirlas deberia examinar, y este exámen le seria peligroso, y pudiera aumentar su inquietud ó agitacion. Basta que el director esté moralmente seguro, que no consiente en tales sugestiones, para prescribirle como punto de obediencia el no hablar de ellas. Así lo hacia Sta. Juana de Chantal: habiendo tenido por muchos años que sostener grande número de tentaciones, sin que supiese haber consentido en ninguna, no las descubrió nunca en confesion, contentándose con decir, siguiendo el dictámen de su director: Nunca tuve yo un perfecto conocimiento de haber consentido: dando á entender con esto, que si bien le habia quedado alguna inquietud de escrúpulo sobre estas tentaciones, se tranquilizaba sobre la prohibicion que le habia prescrito el director de confesarse de estas dudas. Por lo demas, es muy conveniente descubrir las tentaciones

al confesor por las razones ya alegadas.

14. Pero repito, que el mas eficaz y el mas necesario de todos los remedios, es rogar y perseverar en la súplica en tanto que dura la tentacion. Sucede á menudo que el Señor nos ha destinado la victoria no á la primera, sino á la segunda, á la tercera y hasta á la cuarta oracion. En una palabra, vivid persuadidos que de la oracion depende todo nuestro bien; de la oracion depende el cambio de vida; de la oracion depende la victoria sobre las tentaciones; por la oracion se alcanza el amor divino, la perfeccion, la perseverancia y la salud.

15. Nadie se admire de verme recomendar con tanta frecuencia en mis obras el uso de la oracion, su importancia, su necesidad continua; yo, al contrario, temo no haber aun insistido bastante en este punto. Sé que el demonio no cesa dia y noche de tendernos lazos para hacernos

caer; sé que sin el socorro divino no somos capaces de resistirle, y por esto nos exhorta el Apóstol á revestirnos con la armadura de Dios [1]. ¿Y cual es esta armadura de Dios de que nos habla S. Pablo para resistir al demonio [2]? Son las súplicas contínuas y fervientes para que Dios nos ayude á vencer. Sin cesar se nos inculca en el antiguo y nuevo Testamento la necesidad de rogar: *Invocadme, yo os libraré* [3]. *Clamad á mí, y yo os escucharé* [4]. *Es preciso siempre orar, y no cesar jamás* [5]. *Pedid y se os dará* [6]. *Velad y orad* [7].

1 Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli; quoniam non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum. *Ephes.* 6, 11 *ét* 12.

2 Per omnem orationem et obsecrationem, orantes omni tempore in spiritu, et in ipso vigilantes in omni instantia. *Ephes.* 6, 18.

3 Invoca me, et eruam te. *Ps.* 49, 15.

4 Clama ad me, et exaudiam te. *Jerem.* 33, 3.

5 Oportet semper orare, et non deficere. *Luc.* 18, 1.

6 Petite, et dabitur vobis. *Matth.* 7, 7.

7 Vigilate et orate. *Joan.* 4. 2.

Rogad sin cesar [1]. Parecéme, pues, no haber hablado con demasía de la oracion.

16. Yo deseara que los Predicadores, los Confesores, y los autores de libros espirituales hiciesen de la oracion el asunto principal de sus discursos y de sus exhortaciones; su silencio en esta parte me parece ser un justo castigo de nuestros crímenes. Las predicaciones, las meditaciones, las comuniones, las mortificaciones son de una utilidad reconocida para la vida espiritual: pero á pesar de todos estos medios, si en tiempo de la tentacion no recorremos á Dios, sucumbirémos. Roguemos, pues, si queremos ser salvos cuando somos tentados; recorramos al Salvador, pidámosle, no solamente la fuerza de vencer la tentacion y la perseverancia en la gracia, sino tambien la gracia de rogar siempre. Recorramos tambien

1 Sine intermissione orate. *Thessalon.* 1, 5, 17.

á María, la dispensadora de las gracias, pues asegura S. Bernardo que la voluntad de Dios es que no recibamos gracia alguna que no pase por manos de María.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Jesus, mi divino Redentor; yo espero que por vuestros méritos me habreis perdonado mis pecados, y que de ello os daré gracias eternamente en el cielo. Reconozco, que si he tenido la desgracia de pecar y de recaer, es por haber olvidado el pediros la perseverancia. Ahora os pido, ó mi Dios, esta virtud: *no permitais que yo me separe de vos*. Hago la resolucion de pedírosla siempre, y sobre todo, cuando me veré tentado de ofenderos. Mas ¿de qué me servirá hacer resoluciones y prometer, si no me dais la gracia de recorrer á vos en la necesidad? ¡Ah! yo os pido esta gracia por los méritos de vuestra pasion: no me la ne-

gareis. María, mi reina y mi madre, yo os ruego por el amor que á Jesus teneis, que me obtengais la gracia de recorrer siempre á vuestro divino Hijo y á vos hasta la muerte.

§ II. — *De las desolaciones.*

17. Es un engaño, dice S. Francisco de Sales, cuando se quiere medir la devocion que se tiene, por los consuelos que se perciben en el servicio del Señor. La verdadera devocion consiste en una voluntad firme de hacer todo lo que place á Dios, y cabalmente por medio de las sequedades de espíritu es como Dios se une mas estrechamente á las almas. El obstáculo á la verdadera union con Dios es el apego á nuestras inclinaciones desordenadas. Cuando Dios quiere atraer una alma á su perfecto amor, procura despegarla de toda afeccion á los bienes de la tierra. Por esto la priva poco á poco de los placeres, de los

bienes y de los honores del mundo; de sus amigos, de sus parientes y de la salud; por estos medios la desprende de la criatura para hacerle poner todas sus afecciones en su Dios.

18. Con esta mira Dios, para aficionar el alma á los bienes espirituales, le hace gustar al principio muchos consuelos interiores acompañados de una abundancia de lágrimas; por el atractivo de estas dulzuras el alma se desprende de los placeres sensuales, y hasta se entrega á las penitencias, y á las mortificaciones, á los ayunos, á los cilicios y á las disciplinas. Entonces es cuando un director prudente debe moderar aquel ardor y negar, á lo menos en parte, las mortificaciones pedidas, que pudieran hasta llegar á ser dañosas á la salud. Cuando ve el demonio que uno se entrega á Dios, y que recibe de él en sus principios los ordinarios consuelos, sugiere todas estas peniten-

cias para hacer perder la salud, y con ella la práctica no solo de las penitencias sino tambien de la oracion, de la comunion, de todos los ejercicios de piedad, y hacerle despues volver á los antiguos desarreglos. El director debe entonces negar el permiso de hacer semejantes penitencias, y exhortar á las mortificaciones interiores, como á sufrir con paciencia los desprecios y las adversidades, á obedecer á los superiores, á abstenerse de toda curiosidad en la vista y en el oido, prometiéndole que cuando se halle bien ejercitado en estas mortificaciones interiores, le permitirá el uso de las esteriores. No por esto se diga que las mortificaciones esteriores son poco ó nada útiles: las mortificaciones interiores son mas necesarias á la perfeccion, pero las esteriores no dejan de tener sus ventajas. Dice S. Vicente de Paul, que el que no practica las mortificaciones esteriores no será jamás mor-

tificado ni esterior ni interiormente. S. Juan de la Cruz añade, que no se ha de tener confianza en un director que menosprecia las maceraciones de la carne, aun cuando este director fuese un taumaturgo.

19. Pero volvamos á nuestro objeto. El alma que empieza á darse á Dios, siente la dulzura de estas sensibles consolaciones, se desprende poco á poco de las criaturas, se va uniendo á Dios; mas como lo hace mas bien por el atractivo de las dulzuras que por una verdadera voluntad de agradar al Señor, cree falsamente que cuanto mas gusto encuentra en sus devociones, mas ama á Dios. De aquí resulta que cuando le es preciso dejar estos ejercicios de piedad, en los cuales tantas dulzuras hallaba, para cumplir con las obligaciones que le imponen la obediencia, la caridad ó el deber, se inquieta y se turba, porque tal es la debilidad humana, que en todas sus acciones no busca

sino la propia satisfaccion. Cuando no haya ya los mismos consuelos en aquellos ejercicios, los deja, ó á lo menos los acorta, y acortándolos de dia en dia, abandona al fin su práctica. Esto es lo que á muchas almas sucede. Fieles á la voz de Dios, entran en el camino de la perfeccion, y en él dan algunos pasos mientras duran las dulzuras espirituales; pero, ¿les faltan estas dulzuras? lo dejan todo, y vuelven á su antiguo género de vida. Es necesario, pues, persuadirse que el amor de Dios y la perfeccion no consisten en gustar consuelos y dulzuras interiores, sino en vencer el amor propio para no seguir sino la voluntad de Dios. Dice S. Francisco de Sales que Dios es tan amable cuando nos envia tribulaciones como cuando nos consuela.

20. Mientras se esperimentan consuelos, poca virtud se necesita para renunciar á los placeres sensuales, y soportar con paciencia las

afrentas y adversidades; pero muchas veces esta paciencia proviene de aquel estado de dulzura, y no de un verdadero amor de Dios. Por esto el Señor, para arraigar el alma en la virtud, se retira de ella y le quita todos sus consuelos, para desasirla del amor propio que se nutria con aquellas dulzuras. Así como al principio hallaba un placer en formar actos de ofrecimiento, de confianza y de amor, ahora no siente ya mas que pena y frialdad; se fastidia de todos los ejercicios de devocion, de la oracion, de la lectura espiritual, de la comunion; mas adelante no encuentra sino temores y tinieblas, parécele que todo esté perdido: teme siempre no haber rogado como se debe; vuelve á comenzar á cada instante su oracion, se aflige y cree que Dios se niega á escucharle.

21. Ved, pues, lo que hemos de hacer en iguales circunstancias: lejos de rechazar estos consuelos

divinos, como pretenden algunos falsos místicos, recibámoslos con reconocimiento, sin por esto detenernos en saborearlos y deleitarnos en ellos: esta complacencia la llama S. Juan de la Cruz una golosina espiritual; no agrada á Dios, desterremos pues de nuestro espíritu esta complacencia en los consuelos, y guardémonos de creer que el Señor nos favorezca con ella porque nos portamos mejor que los demás; este pensamiento le haria retirar súbitamente de nosotros, y nos dejaria en nuestras miserias. Estos consuelos espirituales son dones mucho mas preciosos que todas las riquezas y todos los honores del mundo; demos gracias al Señor por ellos; pero al mismo tiempo, lejos de complacernos en estas dulzuras, humillémonos y recordemos nuestras pasadas culpas: pensemos que estas gracias son puros efectos de la bondad de Dios, y que nos las envia tal vez para disponernos á sufrir

con paciencia grandes tribulaciones: ofrezcámonos pues entonces á soportar toda especie de penas interiores ó esteriores, enfermedades, persecuciones, diciendo á Dios: Señor, aquí me teneis, disponed enteramente de mí y de todo cuanto me pertenece; dadme la gracia de amaros y de cumplir perfectamente vuestra santa voluntad. Esto es todo cuanto os pido.

22. Por manera que, un alma, estando moralmente segura de hallarse en gracia de Dios, aunque quede de repente privada de los placeres del mundo y de los del cielo, queda en paz, porque sabe que ama á Dios, y que es recompensada con usura. Pero Dios, queriendo purificarla mas, y despojarla de toda satisfaccion sensible, para unirla enteramente á él por medio de un amor puro y perfecto, la pone alguna vez en el crisol de la desolacion que es la mas amarga de todas las penas interiores y esteriores; ofus-

ca su espíritu con tinieblas tan densas, que le pone en el caso de no reconocer si está en gracia, y le parece no poder volver á encontrar á Dios. Dios permite alguna vez que tenga fuertes tentaciones de impureza, acompañadas de movimientos de la parte inferior, ó pensamientos contrarios á la fé, á la esperanza y á la caridad, hasta de ódio contra Dios, de quien se cree abandonada. Como entonces por un lado las sugestiones del demonio son fuertes, y movida la concupiscencia, y de otro, el alma aunque resiste con la voluntad, no sabe en medio de tanta obscuridad descubrir lo bastante si resiste como se debe á tales tentaciones ó si consiente en ellas; todas estas circunstancias le hacen temer el haber sido infiel en sus diversas tentaciones, ó haber al mismo tiempo perdido á Dios y á la gracia. Aun pasa mas allá: cree tocar á su total ruina, no amar á Dios y haber incurrido en su indigna-

cion. Los santos mismos no se han eximido de estas desolaciones. Santa Teresa dice haberlas probado; añadiendo que la soledad, lejos de endulzar sus males, no hacia mas que exasperarlos, y que la oracion le parecia un infierno.

23. Estas desolaciones no deben aterrar un alma que ama, y mucho menos su director. Estas agitaciones sensuales, estas tentaciones contra las virtudes teologales, no son sino puros temores, tormentos del alma, esfuerzos del demonio, pero no actos voluntarios, ni por consiguiente pecados. El alma que ama de veras á Jesucristo resiste y no consiente en tales sugestiones; pero á causa de las sombras que la rodean queda en la confusion y en la duda; y como la gracia no se le manifiesta de una manera sensible, teme y se aflige. Mas ¿quereis conocer la verdadera situacion de esta alma? preguntadle aun en lo mas fuerte de su desola-

cion si cometiera un solo pecado venial con propósito deliberado; no vacilará en responderos que está pronta á sufrir no una sino mil muertes antes que ofender así al Señor.

24. Así que, una cosa es hacer un buen acto, como rechazar la tentacion, esperar en Dios, amarle y querer lo que él quiere; otra cosa es conocer que realmente se hace aquel acto de virtud. Este conocimiento de que se hace un acto bueno produce un contento interior, bien que el fruto y el precio de este acto consiste enteramente en la ejecucion. De esta manera se contenta Dios y priva el alma del conocimiento del buen acto que ella hace, para privarle la satisfaccion, que en el fondo nada añade al acto, pues que el Señor mas cuenta tiene de nuestro provecho que de nuestra satisfaccion. Esto es lo que escribia S. Juan de la Cruz á una persona para consolarla en tan triste situa-

cion: Nunca os habeis hallado en un estado mejor que ahora, porque nunca habeis sido tan humillada, ni desprendida del mundo, ni abyecta á vuestros propios ojos como lo sois ahora, ni nunca habeis estado tan distante de buscaros á vos misma. No creamos, en fin, que cuando sentimos mas consuelos interiores seamos mas amados de Dios; pues no en estos consuelos estriba la perfeccion, sino en la mortificacion de nuestra propia voluntad, y en una perfecta conformidad á la voluntad divina.

25. En el estado de desolacion no debe el alma dar oidos al demonio, que le dice que el Señor la ha abandonado, ni cesar por esto de hacer oración. Este es un lazo que el demonio le tiende para arrastrarla al precipicio. Por medio de la aridez y de las tentaciones, dice santa Teresa, prueba el Señor á los que ama; y aun cuando la aridez durase toda la vida, no debe por esto

abandonarse la oracion, porque tiempo vendrá en que todas estas penas serán pagadas á alto precio. Entonces debemos humillarnos con la idea de que así merecemos ser tratados á causa de nuestras pasadas culpas, y resignarnos enteramente á la voluntad de Dios, diciéndole: Aquí me teneis, Señor; si quereis que continue en la desolacion y en la afliccion toda mi vida, y hasta toda la eternidad, dadme vuestra gracia, haced que os ame, y disponed en seguida de mí como os plazca.

26. No os fatigueis inútilmente, no aumenteis vuestra inquietud y vuestra turbacion queriendo aseguraros que estais en gracia, que esta no es sino una prueba y no un abandono de Dios; porque entonces no quiere Dios que tengais este conocimiento, y no lo quiere para vuestro mayor bien, para humillaros, para que redobleis las oraciones y los actos de confianza en su divina mise-

ricordia. Vos quereis ver, y Dios no quiere que veais. Dice además S. Francisco de Sales que la resolucion de no consentir jamás en ningun pecado, por pequeño que sea, es una señal de estar en gracia con Dios. Mas ni aun esto puede conocerse claramente cuando se padece una desolacion profunda: entonces, pues, no debe pretenderse la evidencia de lo que se quiere: basta quererla con el simple deseo, y abandonarse entre los brazos de la divina bondad. ¡Cuan gratos son á Dios estos actos de confianza y de resignacion en medio de las tinieblas de un alma desolada! Pongamos en Dios toda nuestra confianza, pues, como dice Sta. Teresa, él nos ama mas de lo que nos amamos nosotros mismos.

27. Consolaos, pues, almas queridas de Dios, que estais firmamente resueltas de ser todas de Dios, y que os veis al mismo tiempo privadas de todo consuelo. Vuestro esta-

do de desolacion es una prueba que sois altamente amadas de Dios, y que os tiene preparado un lugar en el paraiso, en donde los consuelos son cumplidos é inmortales. Estad seguras que cuando mas habreis sido afligidas en esta vida, mas consuelo recibireis en la otra [1]. Sta. Juana de Chantal por espacio de cuarenta y un años tuvo que sostener terribles asaltos por parte del infierno, penas interiores, tentaciones, temores de estar en desgracia de Dios, y hasta de ser enteramente abandonada de él. Sus aflicciones eran tan grandes y tan contínuas, que decia, que solo el pensamiento de la muerte le daba algun alivio: El enemigo me ataca con tanto furor que no sé por que lado volverme. Paréceme á veces que la paciencia se me escapa, y que estoy á punto de perderlo y de dejarlo todo.

[1] Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationis tuæ lætificaverunt animam meam. *Ps.* 93, 19.

Son tan violentas las tentaciones, que de buena gana daria mi vida por verme libre de ellas, llegando á veces al estremo de hacerme perder el uso de los alimentos y el sueño.

28. Sus tentaciones aumentaron aun, y fueron mucho mas fuertes los ocho ó nueve últimos años de su vida. La madre de Chatel decia, que la santa madre de Chantal sufria dia y noche un continuo martirio interior durante la oracion, el trabajo, y hasta el reposo, lo cual le inspiraba una estrema compasion hácia esta Santa, la cual era tentada contra todas las virtudes, menos la castidad; suscitándole el demonio dudas, perplejidades y repugnancias sin cuento. Algunas veces le privaba Dios de sus luces, y se le parecia tan enojado contra ella, como dispuesto á arrojarla de su presencia: de modo que aterrorizada volvia sus miradas para hallar en otra parte algun con-

suelo; mas como no lo hallaba en parte alguna, se veia forzada á fijar otra vez sus ojos en Dios y abandonarse á su misericordia. Parecíale que á cada momento iba á sucumbir á fuerza de tentaciones. Aunque no cesase Dios de asistirla, su desolacion era tal, que se le figuraba la habia abandonado, viendo que la oracion, las lecturas piadosas, la comunion y demas ejercicios espirituales no le ofrecian la menor satisfaccion, sino únicamente fastidios y angustias. Su único recurso en un estado tal de abandono era mirar á Dios y dejarle hacer.

29. En todos mis abandonos, dice esta Santa, hallo una nueva cruz en la simple vida que llevo, y la impotencia en que me hallo de obrar viene á añadir mas peso á mi cruz. Parecíala hallarse como un enfermo agobiado de dolores, incapaz de volverse y de moverse en ningun sentido; sin palabra para descubrir sus males, y sin vista pa-

ra distinguir si se le presenta un remedio ó un veneno. Y derramando un torrente de lágrimas añadia: paréceme que estoy sin fé, sin esperanza y sin amor de Dios. No obstante conservaba siempre un semblante sereno, y mucha dulzura en la conversacion: tenia sin cesar fijas en Dios sus miradas, y reposaba enteramente en el seno de la voluntad divina. S. Francisco de Sales, su director, que conocia cuan hermosa era su alma á los ojos de Dios, habla así de ella: Su corazon era como un músico sordo, que aunque cantase bellísimamente bien, no podia percibir en ello el menor gusto. Escribia á la Santa en estos términos: Debeis servir á vuestro Salvador solamente por amor á su voluntad, en la privacion de todo consuelo, en medio de estos diluvios de aflicciones y de espanto. Así es como se llega á la santidad.

Los santos son como piedras preciosas que, como canta la Iglesia,

trabajadas á golpe de martillo, es decir, por medio de tentaciones, de temores, de dudas, de perplejidades y de otras penas interiores y esteriores llegan despues á merecer ser colocadas sobre tronos resplandecientes en el reino del paraiso.

AFECTOS Y SÚPLICAS.

Jesus, mi esperanza y mi amor, yo no merezco que me regaleis un consuelo y dulzuras: reservadlas para almas inocentes que siempre os han amado: pecador de mí yo no las merezco, ni os las pido: todo lo que os ruego es hacer que os ame y cumpla siempre vuestra santa voluntad; por lo demas, disponed enteramente de mí. Mis pasadas culpas me han merecido penas y aflicciones mucho mayores, me merecieron el infierno en donde me viera condenado á llantos y tormentos eternos sin poder amaros jamás. ¡Ah! esta pena es la única que os

ruego alejeis de mí; vos mereceis un amor infinito; con vuestros beneficios me habeis hecho un deber de amaros; no, yo no sabré vivir sin amaros. Yo os amo, ó soberano bien, yo os amo con todo mi corazon y mas que á mí mismo; yo os amo y no quiero amar sino á vos. Esta buena voluntad es un efecto de vuestra gracia; acabad vuestra obra, sed mi sostén hasta mi muerte, no me abandoneis á mí mismo; dadme la fuerza de vencer las tentaciones, sobre todo de vencerme á mí propio; y para que así lo logre, haced que me encomiende sin cesar á vos por medio de la oracion. Quiero ser todo de vos; os consagro mi cuerpo, mi alma, mi voluntad, mi libertad; no quiero vivir sino por vos y para vos solo, ó mi Criador, mi Redentor, mi amor, y mi todo! Quiero santificarme á todo precio, y así lo espero de vuestra bondad. Afligidme, privadme de todo, mas no me priveis de vuestra gracia y de vuestro amor.

Esperanza de los pecadores, ó María, en vos espero; vuestra intercesion todo lo puede acerca de Dios; por el amor que teneis á Jesucristo, ayudadme y conducidme al puerto de salud.

RESÚMEN.

DE LAS VIRTUDES INDICADAS EN ESTA OBRA, QUE DEBEN PRACTICAR LOS QUE AMAN Á JESUCRISTO.

1. Es menester sufrir con paciencia todas las tribulaciones de esta vida, las enfermedades, las dolencias, los dolores, la pobreza, la pérdida de los bienes, la muerte de los parientes, las afrentas, las persecuciones y todas las adversidades. Las aflicciones de esta vida nos indican que Dios nos ama y quiere salvarnos; y las mortificaciones involun-

tarias que Dios nos envia le son mas agradables que las voluntarias que tomamos por propia eleccion.

2. En las enfermedades procuremos resignarnos enteramente á la voluntad del Señor; esta disposicion agrada á Dios mas que toda otra práctica de piedad. Si no podemos entonces meditar, fijemos los ojos en el Crucifijo, y ofrezcamos á Jesus nuestros sufrimientos en union con los que padeció por nosotros en la cruz. Si se nos anuncia que la hora de nuestra muerte se aproxima, recibamos este aviso en paz y con un espíritu de sacrificio, es decir, queriendo morir para agradar á Jesucristo, pues esta voluntad es la que hizo todo el mérito de la muerte de los Mártires. Digamos pues á Dios: Señor, aquí me teneis: pronto estoy á hacer todo lo que vos querreis, á sufrir tanto como querreis, y á morir cuando querreis. No deseemos vivir mas para hacer penitencia: la mejor peniten-

cia es aceptar la muerte con una entera resignacion.

3. Conformémonos tambien á la divina voluntad cuando sintamos la pobreza y sus consecuencias, como el frio, el hambre, la fatiga, la confusion y las burlas.

4. Resignémonos tambien en la pérdida de los bienes de los padres ó amigos que pudieran sernos útiles. Acostumbrémonos a repetir en la adversidad estas palabras: El Señor lo quiere, yo tambien. En la muerte de nuestros prójimos, en vez de perder el tiempo en llorar, sin utilidad, empleémosle en rogar por las almas de los difuntos, ofreciendo entonces á Jesus la pena que sentimos por háberlos perdido.

5. Suframos con paciencia y con ánimo tranquilo los desprecios y las afrentas. Respondamos con bondad y dulzura al que nos insulte; pero si nos sentimos conmovidos, vale mas sufrir en silencio hasta que se haya restituido la calma en el espí-

ritu. Guardémonos de quejarnos con los otros por la afrenta recibida, sino ofrezcámosla á Jesucristo, que sufrió tantas por nosotros.

6. Seamos dulces y afables con todo el mundo, superiores, inferiores, nobles, plebeyos, deudos y estranjeros, pero sobre todo con los pobres y enfermos, y muy especialmente con nuestros enemigos.

7. Cuando damos alguna reprension, sea con dulzura: este es el mejor medio. Guardémonos, pues, de reprender á los otros cuando estamos indignados, entonces habria alguna acrimonía en las palabras ó en las maneras; guardémonos tambien de reprender una persona irritada, la correccion en este caso serviria mas para exasperarla, que para hacerla entrar en sí misma.

8. No envidiemos á los grandes del mundo sus riquezas, ni los honores, las dignidades y los aplausos que reciben de los hombres. Envi-

diemos santamente á los que aman á Jesucristo, los cuales están mas contentos de su suerte que los primeros monarcas de la tierra. Demos gracias á Dios por habernos hecho conocer la vanidad de los bienes terrenos que causan la perdicion de tantas almas.

9. En todos nuestros pensamientos y acciones no atendamos á nuestra propia satisfaccion, no busquemos sino el agradar á Dios: así, no nos turbemos cuando veamos trastornados nuestros planes, y aun cuando nos salgan bien, no busquemos los aplausos y las recompensas de los hombres. Si se habla mal de nosotros, no hagamos caso, á Dios y no á los hombres hemos de querer agradar.

10. Los principales medios para llegar á la perfeccion son: I.° Evitar todo pecado deliberado, por ligero que sea; pero si nos sucede desgraciadamente caer en alguna falta, guardémonos de irritarnos

contra nosotros mismos: entonces hemos de arrepentirnos, sin turbarnos, hacer un acto de amor á Jesucristo, prometiéndole no ofenderle mas, mediando su santa gracia.

11. II.º Desear llegar á la perfeccion de los santos, y sufrirlo todo para agradar á Jesucristo; si no tuviéramos este deseo, pedir á Dios que nos lo conceda; pues que sin un verdadero deseo de santificarnos, no podremos jamás adelantar en la perfeccion.

12. III.º Estar en una resolucion firme de llegar á la perfeccion. Este es el medio de superar todos los obstáculos y todas las repugnancias; sin esta resolucion quédase débil y se sucumbe á las menores dificultades.

13. IV.º Hacer dos horas ó una á lo menos de oracion mental todos los dias; y por fastidio, aridez ó agitacion que se sienta, no dejarla sin una verdadera necesidad.

14. V.º Comulgar algunas veces



la semana, con el permiso de un sabio director, pues no debe hacerse sin su consentimiento. Lo mismo debe decirse de las mortificaciones esteriores, como ayunos, cilicios; sin la obediencia estas mortificaciones podrian ó dañar la salud, ó venir á ser un motivo de vanagloria. Así pues, es necesario someterse en esta parte á un sabio director, que arregle su uso segun nuestras disposiciones.

15. VI.º En fin, rogar contínuamente, recorrer en nuestras necesidades á nuestro Señor Jesucristo, á la intercesion de nuestro fiel Angel custodio, de nuestros santos patronos, y sobre todo de la Santísima Vírgen, por cuyas manos concede Dios todas sus gracias. Hemos visto ya en el capítulo VIII, que de la oracion depende la salud. He aquí lo que debemos sobre todo pedir á Dios en la oracion: la perseverancia en la gracia: el que pide esta perseverancia la alcanza, y el

que no la pide no la logra, y se pierde; el amor de Jesucristo y la perfecta conformidad á su santa voluntad, cuidando siempre de no rogar sino en nombre de Jesucristo. Estas súplicas debemos hacerlas por la mañana al levantarnos; repetirlas durante la oracion mental, la comunion, la visita al Santísimo Sacramento, y por la noche en el exámen de conciencia. Pero principalmente cuando nos vemos tentados es cuando conviene pedir á Dios la fuerza de resistir; y sobre todo si se trata de impureza, invoquemos muchas veces los santos nombres de Jesus y de María. El que ruega, acaba por vencer; el que no ruega queda vencido.

16. En cuanto á la humildad, no debemos envanecernos de las riquezas, de los honores, de la nobleza, del talento, ni de cualquier otra buena calidad natural, y mucho menos aun de las que son puramente espirituales, porque todas

estas calidades nos vienen de Dios; debemos al contrario mirarnos como los mas perversos de los hombres, y amar por consiguiente vernos despreciados, sin parecernos á aquellos que dicen ser los mas culpables, y que quieren no obstante ser mejor tratados que los demas. De este modo recibimos con humildad las correcciones, sin escusarnos, aun cuando se nos acuse injustamente, con tal que no tengamos necesidad de defendernos para evitar un escándalo.

17. Guardémonos mucho mas asimismo de desear ser estimados y honrados en el mundo. Tengamos siempre á la vista aquella bella máxima de S. Francisco, que no somos nada mas de lo que somos á los ojos de Dios. Convendria menos aun á un religioso el buscar empleos honoríficos y superioridad; el honor de un religioso consiste en ser el mas humilde de todos, y el mas humilde es aquel que abraza con

mas alegría las humillaciones.

18. Despeguemos nuestro corazon de todas las criaturas. Jamás se podrá volar á Dios y unirse perfectamente á él, en tanto que se tendrá inclinacion al mas pequeño objeto terrestre.

19. Desterremos sobre todo de nuestro corazon el amor desarreglado de los parientes. Decia S. Felipe Neri: cuanto mas amamos la criatura, menos amamos el Criador. Para escoger un estado de vida estemos prevenidos contra la voluntad de los padres, pues estos atienden mas sus intereses que nuestra ventaja personal (*). Renunciemos al respeto hu-

(*) Para que se vea como entiende el santo autor esta proposicion, que por su generalidad pudiera alarmar á los padres justamente celosos de su autoridad, trasladamos á continuacion lo que acerca del mismo asunto esplica el propio santo autor en su bellisima obra titulada: *Instruccion al pueblo.* Debemos obedecer, dice, á los padres en las cosas que agradan á Dios, pero no en las que le disgustan. En cuanto á eleccion de estado ó de matrimonio, ó de vida célibe, ó de hacerse sacerdote ó religioso, el hijo, (segun doctrina de Sto. Tomás y otros moralistas) no está obligado á obedecer á los padres. En cuan-

mano, á la vana estimacion de los hombres, y principalmente á nuestra propia voluntad. Preciso es dejarlo todo, dice Tomás de Kempis, para lograrlo todo: *Totum pro toto.*

20. No nos enojemos jamás por motivo alguno. Si nos sentimos alguna vez conmovidos, cesemos de hablar y de obrar, hasta que estemos seguros que haya pasado la cólera. Por esto es muy á propósito el prepararnos de antemano en la oracion para todo evento que nos ponga en peligro de enfurecernos. Recordemos que S. Francisco de Sales decia, que cuantas veces se habia enojado, se habia luego arrepentido de ello.

to al matrimonio, empero, pecaria el hijo que quisiese contraer un enlace que deshonrase la familia. En cuanto al estado religioso, si los padres fuesen pobres y muy necesitados, y pudiese el hijo con su trabajo socorrerlos, no puede este abandonarlos haciéndose religioso.... Pecan tambien los padres si fuerzan los hijos á que se casen, cuando estos quieren guardar el celibato, ó si les impiden abrazar el estado religioso, etc. cap. 4.° Precepto 4.° *Honrar al padre y madre.*

21. Toda la santidad consiste en amar á Dios, y todo el amor de Dios consiste en hacer la voluntad de Dios. Debemos pues resignarnos enteramente á todo lo que Dios dispone, y de consiguiente aceptar tranquilos todos los sucesos prósperos ó adversos que place á Dios enviarnos. Tengamos por objeto principal en todas nuestras plegarias alcanzar la gracia de hacer la voluntad del Señor. Para asegurarnos de la voluntad divina sometámonos enteramente á la de nuestros superiores, si somos religiosos; ó á la de nuestro confesor, si vivimos en el siglo; seguros, decia S. Felipe Neri, que no debemos dar cuenta á Dios de todo cuanto háyamos hecho por obediencia, con tal empero que en esta no hubiese un pecado evidente.

22. Dos remedios hay contra las tentaciones, á saber: la resignacion y la súplica. La resignacion, porque las tentaciones de pecar no vienen de Dios, sino que Dios las per-

mite por nuestro bien ; no nos irritemos pues por molestas, por desagradables que sean las tentaciones; resignémonos á la voluntad de Dios que las permite : y para vencerlas, arméмonos de la oracion que es el medio mas seguro y mas poderoso de defendernos contra los ataques del enemigo. Los malos pensamientos no son pecados si no son consentidos. Invoquemos los santos nombres de Jesus y de María, y seremos invencibles. En el momento de la tentacion es muy bueno renovar el firme propósito de morir antes que ofender á Dios, hacer con frecuencia el señal de la Cruz, tomar agua bendita, y descubrir la tentacion al confesor; pero el mas necesario de todos los medios es el de orar, recorrer á Jesus y María.

23. En las desolaciones y pènas interiores, debemos 1.° humillarnos, reconociendo que tenemos bien merecido semejante tratamiento; 2.° resignarnos á la voluntad

del Señor, abandonándonos en los brazos de su divina misericordia. Cuando Dios nos consuela, preparémonos á las tribulaciones que siguen ordinariamente tras los consuelos; cuando nos envia cualesquiera aflicciones, humillémonos á la voluntad divina, y las aflicciones nos serán mucho mas ventajosas que los consuelos.

MÁXIMAS GENERALES

PARA BIEN VIVIR.

24. Todo sobre la tierra finirá, tanto los placeres como los sufrimientos; pero la eternidad no finirá jamás.

¿De qué sirven en la muerte todas las grandezas de la tierra?

Todo lo que viene de Dios, prosperidad, adversidad, todo es bueno y destinado á nuestro bien.

Es preciso despojarse de todo para alcanzarlo todo.

Sin Dios no puede haber una verdadera paz.

Lo único necesario al hombre es el amor de Dios y su salvacion.

La única cosa temible es el pecado.

Perdiendo á Dios todo se pierde.

El que nada desea de todo lo que hay en el mundo, es dueño del universo entero.

El que ruega, se salva: el que no ruega, se pierde.

Muramos enhorabuena si es necesario, con tal que agrademos á Dios.

Cueste lo que costare para lograr á Dios, será siempre muy poco.

Toda pena es ligera para quien ha merecido el infierno.

Basta mirar á Jesus clavado en cruz para alentarse á sufrirlo todo.

Todo lo que no se hace por Dios no es sino tormento.

El que á Dios solo quiere, es bastante rico.

Feliz el que puede decir de cora-

zon: ¡Mi dulce Jesus! á vos solo, quiero, y nada mas!

El que ama á Dios hallará placer en todo: el que no le ama no hallará placer en parte alguna.

ORACION

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN

para conservar la santa virtud de la pureza.

Por vuestra sagrada virginidad y por vuestra inmaculada concepcion, ¡ó Vírgen castísima! dignaos purificar mi corazon y mi carne. En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Así sea.

ORACION

AL ÁNGEL CUSTODIO,

A la cual N. S. P. el Papa Pio VI concedió una indulgencia de 100 dias aplicable á las almas del purgatorio, todas las veces que se rezare en cualquiera lengua que sea: una indulgencia plenaria, 1.º por la fiesta de los santos ángeles custodios, á los fieles que la habran rezado mañana y tarde durante todo el año: 2.º en el artículo de la muerte si se ha rezado exsactamente durante la vida.

Ángel de Dios, que sois mi fiel Custodio, y á cuyos cuidados he sido confiado por la bondad suprema, dignaos durante este dia (*por la tarde se dice* esta noche) iluminarme, guardarme, conducirme y gobernarme. Así sea.

CÁNTICO DE AMOR

Á JESUCRISTO,

COMPUESTO POR SANTA TERESO,

EN EL CUAL
OFRECE Á DIOS EL SACRIFICIO DE SU VIDA
DESPUES DE LA COMUNION.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

GLOSA.

Aquesta divina union,
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazon:
Mas causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero
Que muero porque no muero.
¡Ay! que larga es esta vida!
Que duros estos destierros!

Esta cárcel, y estos hierros,
En que el alma está metida!
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.
¡Ay! Que vida tan amarga
Dó no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga!
Quíteme Dios esta carga,
Mas pesada que de acero,
Que muero porque no muero.
Solo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte dó el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.
Mira que el amor es fuerte;
Vida no me seas molesta,
Mira que solo te resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.
Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera.

No se goza estando viva :
Muerte no me seas esquiva ;
Vivo muriendo primero ,
Que muero porque no muero.
  Vida, ¿qué puedo yo darle
Á mi Dios que vive en mí,
Sino es perderte á tí ,
Para mejor á él gozarle ?
Quiero muriendo alcanzarle ,
Pues á él solo es el que quiero ,
Que muero porque no muero.
  Estando ausente de tí ,
¿Que vida puedo tener?
Sino muerte padecer
La mayor que nunca ví :
Lástima tengo de mí ,
Por ser mi mal tan entero ,
Que muero porque no muero.
  El pez que del agua sale ,
Aun de alivio no carece :
Á quien la muerte padece ,
Al fin la muerte le vale :
¿Que muerte habrá que se iguale
Á mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.
  Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento ,
Me hace mas sentimiento
El no poderte gozar :

Todo es para mas penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.
  Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor:
Viviendo con tanto pavor,
Y esperando como espero
Que muero porque no muero.
  Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En es te lazo tan fuerte:
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.
  Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está:
O mi Dios, cuando será,
Cuando yo os diga de vero,
Que muero porque no muero.

OTRA GLOSA SOBRE LOS MISMOS VERSOS.

  Vivo ya fuera de mí,
Despues que muero de amor,

Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí:
Cuando el corazon le dí,
Puso en mí este letrero,
Que muero porque no muero.
Esta divina union,
Y el amor con que yo vivo,
Hace á mi Dios cautivo,
Y libre mi corazon;
Y causa en mí tal pasion,
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.
¡Ay! que larga es esta vida!
Que duros estos destierros!
Esta cárcel, y estos hierros,
En que está el alma metida!
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.
Acaba ya de dejarme
Vida, no me seas molesta;
Porque muriendo, que resta,
Sino vivir, y gozarme?
No dejes de consolarme
Muerte, que ansí te requiero,
Que muero porque no muero.

FIN.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.